Socialismo siglo XXI

¿Hay vida después del neoliberalismo?

Atilio A. Boron

Ediciones Luxemburg

Socialismo siglo xxi

Boron, Atilio A.
Socialismo siglo XXI : ¿hay vida después del neoliberalismo? . - 1a ed. - Buenos Aires : Luxemburg, 2008.
144 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-24286-2-4

1. Teorías Políticas. I. Título
CDD 324

Socialismo siglo xxi

¿Hay vida después del neoliberalismo?

Atilio A. Boron

Ediciones Luxemburg
Buenos Aires, Argentina

Socialismo siglo xxi ¿Hay vida después del neoliberalismo?
1º Edición, Ciudad de Buenos Aires, octubre de 2008

© 2008 Atilio A. Boron

© 2008 Ediciones Luxemburg
Tandil 3564 dpto. E, C1407HHF, Buenos Aires, Argentina
edicionesluxemburg@yahoo.com.ar
Teléfonos: (54 11) 4611 6811 / 4304 2703

Edición: Ivana Brighenti
Diseño editorial: Miguel A. Santángelo
Impresión: Imprenta de Las Madres

Distribución
Badaraco Distribuidor
Entre Ríos 1055 local 9 y 10, C1080ABE, Buenos Aires, Argentina
badaracodistribuidor@hotmail.com
Teléfono: (54 11) 4304 2703

ISBN: 978-987-24286-2-4

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Impreso en Argentina

Para Andrea,
por las muchas razones
que sólo ella y yo conocemos

Sumario

Introducción 11

Capítulo I
Duro de matar. El mito del desarrollo capitalista nacional en la nueva coyuntura política de América Latina 19
Una ruta clausurada | Críticas al pensamiento convencional | Derrumbe y resurrección de la ortodoxia | La "centroizquierda" latinoamericana y su apuesta al desarrollo del capitalismo | La persistencia de un mito | ¿Un capitalismo nacional sin "burguesía nacional"? | Lecciones de la historia económica | Repensar el socialismo

Capítulo II
¿Hay vida después del neoliberalismo? 43
La encrucijada civilizatoria | Resignación y chantaje: ¿cuál sería el modelo de recambio, si no hay alternativas? | Hacer lo obvio | Una hoja de ruta | La trama política

Capítulo III
El socialismo del siglo xxi: notas para su discusión 97
Valores | Proyecto | Sujetos | Conclusiones

Bibliografía 139

Introducción

El presente libro trata sobre las vicisitudes del capitalismo en América Latina. Su punto de partida es la constatación, a esta altura irrefutable, de que después de casi un siglo y medio de haberse instaurado como el modo de producción predominante en las mayores economías de la región y pese a haber experimentado períodos de altas tasas de crecimiento económico, nuestros países continúan sumidos en el subdesarrollo. Las principales economías de la región y aquellas que fueron la vanguardia de este proceso –nos referimos sobre todo a los casos de Argentina, Brasil, Chile y México– siguen debatiéndose con los problemas tradicionales del atraso: estructuras económico-sociales desequilibradas; grandes bolsones de pobreza, indigencia y exclusión social periódicamente crecientes; extrema concentración de la riqueza y los ingresos; vulnerabilidad externa; debilidad estatal; escandalosa regresividad tributaria y "democracias" más aparentes que reales, en las que brillan por su ausencia los más elementales derechos ciudadanos. Luego de tantas décadas de sacrificios y de soportar, por momentos, la más inaudita explotación, agravados casi invariablemente por prolongados períodos de represión y recurrentes baños de sangre, el capitalismo ha demostrado que no es

la tan proclamada ruta hacia el desarrollo para los países de la periferia, sino precisamente lo contrario: el camino más seguro para perpetuar el subdesarrollo. Algunos de aquellos países –especialmente Argentina y Brasil– siguen siendo, melancólicamente, las eternas "tierras del futuro"; tierras para las que, presuntamente, estaría reservado un porvenir luminoso que cada día se aleja más.

Visto desde una perspectiva histórica y geográfica más amplia, el capitalismo es el modo de producción que ha servido para que un pequeño grupo de naciones –de las cuales ninguna fue "subdesarrollada"– se desarrollasen, pero al precio de excluir de tales beneficios a todas las demás. Alguien podría objetar que en las últimas décadas países como España, Portugal, Grecia o Irlanda se equipararon a las economías más desarrolladas del capitalismo metropolitano. Pero hay un vicio en esa objeción: ninguno de esos fue jamás un país subdesarrollado. Pueden haber sido pobres, o haber caído en la ruina, pero su situación nunca fue ni remotamente comparable con la que caracteriza a la mayoría de las naciones del Tercer Mundo. España y Portugal, por ejemplo, fueron en su tiempo metrópolis de imponentes imperios americanos que llegaron inclusive a tener destacamentos de avanzada en África y Asia. Al dilapidar el producto de su saqueo colonial, se arruinaron y quedaron por largo tiempo sumidas en la pobreza, pero ningún historiador económico serio jamás las consideró como países subdesarrollados. Lo mismo puede decirse de Grecia e Irlanda, aunque en los años de la posguerra fueran naciones muy pobres. Y aunque antes incluso, al promediar el siglo xix, Irlanda fuera diezmada por las hambrunas y la emigración. Si estos países salieron del atraso y la pobreza fue porque, como preocupante periferia de una Europa opulenta, fueron desarrolladas "desde afuera" por las políticas de la Unión Europea, así como el Norte italiano lo hizo una vez con su atrasado Mezzogiorno.

¿La razón? El subdesarrollo es un concepto relacional que sólo hace su aparición cuando culmina la construcción del capitalismo como una estructura mundial, o una economía-mundo, en palabras de Immanuel

Wallerstein. Este proceso se produjo al promediar el siglo xix y no es casual que Marx y Engels observaran, en uno de los pasajes más luminosos del *Manifiesto Comunista*, cómo la burguesía recorría el mundo y lo recreaba a su imagen y semejanza. Esta economía mundial capitalista tiene invariablemente un centro integrador, un núcleo central, que se desarrolla en buena medida (si bien no exclusivamente) succionando plusvalor de la periferia. Por eso la literatura especializada con anterioridad a esta plena constitución del mercado capitalista mundial jamás utilizó el término subdesarrollo. Se hablaba de países pobres, atrasados, o de colonias, pero nunca de países "subdesarrollados".

Ahora bien: el reverso del desarrollo del capitalismo en las metrópolis es el subdesarrollo en la periferia. Esto no significa, como lo quieren algunas interpretaciones simplistas o quienes caricaturizan al marxismo hasta deformarlo por completo, negar la posibilidad de que a partir de dicho relacionamiento –como por ejemplo el que se dio entre el Reino Unido y países como Argentina, Brasil o Uruguay desde finales del siglo xix hasta la Primera Guerra Mundial– algunos sectores específicos de la economía, ligados al comercio exterior, experimenten un impetuoso crecimiento. Una versión de esta tesis sobre el desarrollo del subdesarrollo, planteada quizás de manera extrema, se encuentra en los trabajos pioneros de Andre Gunder Frank (1964) sobre Chile y Brasil en los que demuestra cómo la integración a los mercados mundiales de algunos sectores de las economías chilena –el nitrato, por ejemplo, y luego el cobre– y brasileña –el azúcar y el caucho, principalmente– produjo primero un período de auge y luego su crisis y brutal subdesarrollo. Sin llegar a los extremos que plantea Frank, es preciso reconocer, no obstante, que el crecimiento de esas exportaciones, por más que perdure durante décadas, no permite efectuar el salto del subdesarrollo al desarrollo. Y esta enseñanza de la historia es tan válida ayer como hoy, en contraste con lo que plantea el pensamiento económico convencional que exalta las virtudes del *export led growth*, el crecimiento basado en las ex-

portaciones. La Argentina tuvo un crecimiento excepcional a lo largo de casi medio siglo, entre 1880 y 1930, y cuando esta etapa se agotó, en medio de los fragores de la Gran Depresión de 1929, su estructura económica y social exhibía todos los rasgos definitorios del subdesarrollo: dependencia externa, vulnerabilidad ante los avatares de la economía mundial, profundos desequilibrios de su estructura económico-social producto de su "adaptación" a una división internacional del trabajo que la condenó a someterse a los dictados de las economías desarrolladas, debilidad del impulso industrial, polarización clasista y exclusión social de grandes mayorías. El caso argentino puso de manifiesto, de manera cristalina, la radical diferencia existente entre crecimiento y desarrollo económico. La economía creció, y mucho, durante cincuenta años. Pero no se desarrolló[1].

El capitalismo, por lo tanto, no es una receta universalizable ni mucho menos eterna. No es universalizable porque, si posibilitó el desarrollo de un puñado de naciones, las metrópolis, tuvo un efecto exactamente contrario en las colonias. Tampoco es eterno, porque esa misma fórmula tiene hoy limitaciones históricas insalvables. Por eso, a pesar de los discursos de los gobernantes de los países capitalistas, sus intelectuales, publicistas y técnicos, lo cierto es que al cabo de algo más de cien años hubo sólo un país que pudo traspasar las fronteras que dividen el desarrollo del subdesarrollo, y ese es el caso excepcional de Corea del Sur. Claro está

---

1 Pese a lo cual no son pocos los comentaristas actuales que recuerdan con nostalgia aquella época y afirman, en un alarde de temeridad, que la Argentina por entonces ya era un país desarrollado, o que tenía algunos índices socioeconómicos –por ejemplo, teléfonos o automóviles por 1.000 habitantes, extensión de las vías férreas, etc.– comparables con los de las cinco o seis naciones más avanzadas del mundo desarrollado. Pero este enfoque, típicamente burgués por su tendencia irresistible a la fragmentación y la consideración de la realidad social en términos de sectores, no puede sino inducir a graves equívocos. Entre ellos, concluir que la Argentina era ya una economía desarrollada. Un error semejante se produciría en nuestro tiempo si al considerar algunos índices de salud pública y educación en Cuba, tan buenos como los mejores de los países del capitalismo avanzado, concluyéramos que Cuba es un país altamente desarrollado.

que este país logró ese insólito suceso contraviniendo todas y cada una de las recetas recomendadas por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y toda la plétora de organizaciones, grupos de presión, medios de prensa y fuerzas políticas que le aconsejaban adaptarse humildemente a la "división internacional del trabajo", especializarse en producir y vender arroz para sus gigantescos vecinos asiáticos, olvidarse de la industrialización debido a que carecía de hierro y carbón, y adoptar las políticas de "libre mercado" que proponían los economistas ortodoxos. Por suerte para Corea del Sur, su dirigencia arrojó por la borda todos estos consejos y puso en marcha un programa de desarrollo basado en la expansión del mercado interno, fuertes aranceles proteccionistas, subsidios a las industrias nacientes, control de cambios, creciente papel del estado, manejo del gasto público y el déficit fiscal, promoción simultánea de las exportaciones y del mercado doméstico que, al cabo de varias décadas, logró lo que nadie más consiguió a lo largo del siglo xx.

Pero la hazaña coreana fue posible porque los surcoreanos hicieron todo lo contrario a lo que les dictaba el "saber convencional" del imperialismo y sus aliados. Y porque, pese a estar ocupados por fuerzas militares estadounidenses, la contraparte de la ocupación militar fue la completa autonomía que lograron las clases dominantes coreanas para manejar la política económica y social. Pero si nadie más repitió la hazaña, ¿por qué habrá sido?

La respuesta que trata de fundamentar este libro es que nadie más pudo lograrlo porque las condiciones económicas, sociales, políticas, militares e internacionales que permitieron el tránsito del subdesarrollo al desarrollo por la vía capitalista a lo largo del siglo xx desaparecieron por completo. Dados los avances de la mundialización ya no existe posibilidad alguna de un desarrollo capitalista autónomo, y lo que provoca esta heteronomía es la profundización de la dependencia y la perpetuación del subdesarrollo. Además, la clase fundamental que impulsó las primeras etapas del desarro-

llo del capitalismo en los países centrales, la burguesía nacional, se ha extinguido en la periferia y cualquier esfuerzo por resucitarla está condenado al fracaso, como lo demuestra sobradamente la experiencia argentina bajo los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner[2]. Esta problemática es la que se examina detalladamente en el primer capítulo del libro.

Así planteadas las cosas, el segundo capítulo se concentra en el examen de las posibilidades abiertas por la necesidad de encontrar una ruta de escape a la plaga neoliberal que afecta a nuestra región. En este capítulo se cuestiona el papel de los modelos preconcebidos y su papel, o no, como hacedores de la historia real de pueblos y naciones. Y, contrariamente al saber convencional, se plantea que, aun cuando no exista "un modelo de reemplazo" –una vez producido el descalabro del modelo soviético–, ello no cancela la necesidad y la posibilidad de realizar cambios de importancia en la estructura económica y social de nuestros países. Sin caer en el esquematismo de un modelo para imitar o para aplicar (porque, parafraseando a Mariátegui, las revoluciones no pueden ser calco ni copia), se enumeran una serie de reformas de fondo que, si fueran encaradas por los gobiernos, mejorarían sustancialmente la suerte de nuestros pueblos. Y se aclara, además, que no hay obstáculos insalvables en la medida en que exista la voluntad política para llevar adelante un programa de profundas reformas. Pero la sola existencia de esa voluntad política suscita grandes dudas, habida cuenta de la capitulación de los gobiernos de la "centroizquierda" latinoamericana. Y cuando aquella existe, como en los casos de Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador, el feroz hostigamiento del imperio plantea la cuestión de la capacidad de resistencia –no sólo de los gobiernos involucrados sino también

2 En relación a este punto, la burguesía nacional, es de estricta justicia recordar las precoces observaciones de Ernesto "Che" Guevara, quien afirmaba, a comienzos de los años sesenta, que era más preciso hablar de "burguesías autóctonas". Ver especialmente su "Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental", un texto de abril de 1967.

de la sociedad– ante tan rotundas amenazas, chantajes y extorsiones de todo tipo.

El capítulo tercero y final de esta obra se propone examinar las perspectivas de un futuro no capitalista para América Latina. La premisa que informa este argumento es que dentro del capitalismo no tendremos futuro alguno, sino la patética eternización de un presente plagado de toda clase de males. Si queremos conquistar un futuro será preciso hacerlo por una vía no capitalista. La vieja consigna acuñada por Engels en el *Anti-Dühring* y luego retomada por Rosa Luxemburgo, "socialismo o barbarie", es más actual hoy que ayer. De eso trata, precisamente, el socialismo del siglo xxi. Un socialismo remozado que capitaliza y madura a partir de las ricas y dolorosas experiencias de las revoluciones socialistas del siglo xx. El capítulo explora los tres grandes temas definitorios del nuevo socialismo: la cuestión de los valores, el proyecto político-económico y, por último, la problemática de los sujetos sobre los cuales recaerá la responsabilidad de llevar a buen término el proyecto del socialismo del siglo xxi.

Una última palabra acerca de las condiciones de producción de este libro. Como puede apreciarse a simple vista, el mismo es producto de una línea de investigación que el autor ha estado cultivando a lo largo de varios años acerca de la inviabilidad del capitalismo como modo de producción conducente al desarrollo en América Latina. Los sucesivos avances parciales de investigación fueron presentados en numerosos congresos científicos. En su forma original, luego convenientemente corregida y aumentada, los tres capítulos que conforman este libro, que se publica gracias al generoso esfuerzo de Ediciones Luxemburg, fueron presentados en los Encuentros sobre Globalización y Problemas del Desarrollo que año tras año organiza la Asociación Nacional de Economistas y Contadores de Cuba (ANEC) en La Habana. Mi mayor gratitud, entonces, hacia su presidente, Roberto Verrier Castro, quien tuvo la amabilidad de invitarme a exponer mis ideas incluso cuando las mismas no habían adquirido todavía la precisión

propia de un discurso científico. Quiero agradecer a quienes realizaron la edición por haber lidiado, una vez más, con las sucesivas versiones del texto sin perder su paciencia y contribuyendo eficazmente a hacer su lectura más llevadera y convincente. En el curso de estos años tuve la fortuna de poder discutir estas reflexiones con innumerables colegas y amigos, tanto en el marco de los encuentros de la ANEC como en otras reuniones académicas, en los paneles de las sucesivas ediciones del Foro Social Mundial y en innumerables charlas con distintos movimientos sociales de la región. Pretender nombrarlos a todos ellos sería una empresa imposible y con certeza injusta, porque aun el mejor registro dejaría en las sombras a muchos de ellos que con sus preguntas, comentarios o sugerencias enriquecieron significativamente este trabajo. Prefiero por eso mismo declarar que esta obra es producto de una genuina empresa colectiva en la que estamos empeñados todos quienes concebimos al capitalismo como un sistema inherentemente injusto e irreformable, y que coloca a la humanidad al borde de su propia destrucción. Las páginas que siguen pretenden ser un pequeño aporte en el intento por evitar tan deplorable resultado.

Capítulo I

Duro de matar. El mito del desarrollo capitalista nacional en la nueva coyuntura política de América Latina

Por otra parte, las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo si alguna vez la tuvieron y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de Revolución.

Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental
Ernesto Che Guevara

Una ruta clausurada

Hace casi medio siglo, cuando en las ciencias sociales de la época prevalecían sin contrapeso las teorías de la modernización y la de las "etapas del desarrollo económico", popularizadas por Walter W. Rostow en su famoso libro *Las etapas del crecimiento económico*, veía la luz un texto de Karl de Schweinitz Jr. en el que dicho autor planteaba una tesis radical, totalmente a contracorriente del consenso dominante de su tiempo. Sintéticamente, la misma sostenía que, en lo concerniente al establecimiento de una democracia liberal, el camino recorrido por Estados Unidos y los países más avanzados de Europa ya no podía ser transitado nuevamente por las naciones subdesarrolladas. Si bien su pronóstico sobre la industrialización era

un poco menos pesimista, entre líneas el mensaje era claro: el mundo de la periferia muy difícilmente podría emular la trayectoria industrial de las potencias metropolitanas. Refiriéndose especialmente al caso de la democracia, su diagnóstico era aún más terminante: "el desarrollo de la democracia en el siglo xix fue el resultado de una inusual configuración de circunstancias históricas que no pueden repetirse. La ruta 'euro-norteamericana' hacia la democracia está clausurada" (Schweinitz Jr., 1964: 10-11).

Críticas al pensamiento convencional

Por supuesto, el libro de Schweinitz –riguroso, documentado, persuasivo– fue olímpicamente ignorado por la academia, los intelectuales "bienpensantes" y los medios de comunicación de masas. El gran público ni se enteró, y en el mundo de la periferia las pesimistas ideas de nuestro autor –que contradecían abiertamente las rosadas expectativas cultivadas por la Alianza para el Progreso y, más generalmente, la autoimpuesta misión de la Casa Blanca de "exportar la democracia" a todo el mundo– fueron totalmente desconocidas. Estamos hablando de 1964. Eran las épocas en que la alternativa a la teoría de la modernización y las etapas del desarrollo económico era una vertiente crítica de la CEPAL, encabezada por Raúl Prebisch, o bien la elaboración de los teóricos de la dependencia que comenzaba a resonar con creciente fuerza en América Latina, estimulados ellos por la radicalidad de los pioneros planteamientos que André Gunder Frank expusiera en su clásico libro sobre el "desarrollo del subdesarrollo" en Brasil y Chile (Frank, 1964). Fuera del mundo académico y anticipándose a él, la Segunda Declaración de La Habana y el célebre discurso del Che en Punta del Este habían planteado con total claridad los límites infranqueables del desarrollo capitalista en la periferia[3]. Pero el impac-

3 El Che participó, como ministro de Industrias de Cuba, en la Conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES), un organismo dependiente de la OEA, que sesionó en Punta del Este en-

to de estas ideas en el debate de las ciencias sociales no sería inmediato. Su origen "extramuros" de la academia arrojaba sobre ellas un manto de sospecha que para la ortodoxia positivista dominante las descalificaba por completo. Sin embargo, con el paso del tiempo, tanto la Segunda Declaración como el discurso del Che habrían de convertirse en referencias insoslayables del nuevo pensamiento crítico latinoamericano. El libro de Rostow, cuyo título completo era *Las etapas del crecimiento económico* y cuyo subtítulo, privado de toda sutileza, era *Un manifiesto no comunista*, había sido publicado en inglés en 1960 y al año siguiente se traducía al español por el Fondo de Cultura Económica. Este libro ejerció una influencia arrolladora sobre las ciencias sociales latinoamericanas de aquellos años y, ni hablar, sobre los gobiernos y expertos en el área económica[4].

La idea básica del argumento rostowiano era que había un solo proceso de desarrollo y que este era lineal, acumulativo e igual para todos los países. La palabra "capitalismo" había sido cuidadosamente desterrada del texto, con el obvio propósito de reforzar la naturalización de este modo de producción: al describir sus leyes de desarrollo, el supuesto era que cualquier economía, sin excepción, debía enfrentarse a una serie de imperativos técnicos, no políticos. La consecuencia de todo esto era que había un solo modo de enfrentar los

---

tre el 5 y el 18 de agosto de 1961, a escasos cuatro meses de la fallida invasión a Playa Girón. En su primera intervención en la Conferencia, el Che pronunció un vibrante alegato denunciando los modestísimos alcances de un supuesto programa de desarrollo económico auspiciado por EE.UU., la fallida Alianza para el Progreso, representado en la Conferencia por su secretario del Tesoro, Douglas Dillon, que, por su énfasis en la construcción de redes cloacales, el revolucionario argentino-cubano denominó sarcásticamente como "la letrinización de América Latina". Los modestos objetivos que se proponía la Alianza, que ni siquiera fueron alcanzados por ningún país, contrastaban llamativamente con las grandes realizaciones que Cuba había logrado en dos años y medio de revolución y que la habían convertido, entre otras cosas, en el primer territorio libre de analfabetos de las Américas.

4 Para un análisis sobre la naturaleza y el impacto de las ideas de Rostow, ver Roffinelli y Kohan (2003).

problemas económicos, y que este modo estaba dictado por cuestiones técnicas que no admitían transgresión alguna. El proceso de desarrollo capitalista –con sus luchas, despojos y saqueos, que lo hacen llegar al mundo "chorreando sangre y barro por todos sus poros", como dijera Marx en *El Capital*– es así sublimado y descontextualizado hasta llegar a convertirse en un despliegue ahistórico, formal y lineal de potencialidades presentes en cada una de las formaciones sociales del planeta. Por eso, para esta tradición de pensamiento, los países hoy desarrollados fueron, en un tiempo no demasiado remoto, naciones pobres y subdesarrolladas. Este razonamiento se asentaba sobre dos falsos supuestos: primero, que las sociedades localizadas en ambos extremos del continuo compartían la misma naturaleza y eran, en lo esencial, lo mismo. Sus diferencias, cuando existían, eran de grado, como casi medio siglo después repetirían sin brillo y sin gracia Hardt y Negri, lo cual era –y es– a todas luces falso. Segundo supuesto: que la organización de los mercados internacionales carecía de asimetrías estructurales que pudieran afectar las chances de desarrollo de las naciones de la periferia. Para autores como los previamente mencionados, términos tales como "dependencia" o "imperialismo" no servían para describir las realidades del sistema y eran, antes que nada, un tributo a enfoques políticos, y por lo tanto no científicos, con los cuales se pretendía comprender los problemas del desarrollo económico[5]. En consecuencia, los llamados "obstáculos" al desarrollo no tenían fundamentos estructurales o restricciones ancladas en la economía mundial, sino que eran el producto de torpes decisiones políticas, de elecciones desafortunadas de

5 No deja se ser asombrosa la coincidencia de perspectivas entre la obra de un teórico conservador como Walter W. Rostow y la de quienes, desde una perspectiva presuntamente crítica, se inspiran en la obra de Hardt y Negri. En una entrevista concedida al matutino argentino *Página/12*, Cocco y Negri descalifican el concepto de imperialismo y juzgan como lamentable al "antiimperialismo". No podrían haber estado más de acuerdo con el teórico preferido de la Administración Kennedy (ver Gago, 2006).

los gobernantes o de factores inerciales fácilmente removibles. Las implicaciones conservadoras de este razonamiento, que descarta apriorísticamente cualquier otra forma de organización económica alternativa al capitalismo y que ignora olímpicamente la realidad del imperialismo y la dependencia, son tan evidentes que no requieren ninguna demostración más allá de su sola enunciación. Como se ve, el "pensamiento único" no es tan novedoso como se supone. Y su impacto sobre el pensamiento supuestamente contestatario fue tan deletéreo ayer como hoy[6].

Derrumbe y resurrección de la ortodoxia

En la década del sesenta el influjo ideológico de los paradigmas dominantes en las ciencias sociales se desvanece considerablemente: basta considerar la consolidación de la Revolución Cubana y su definición socialista luego de Playa Girón; el ascenso del movimiento popular en toda América Latina; el auge de la lucha de clases en Europa, que culminaría con las grandes conmociones de 1968; los impetuosos movimientos en favor de los derechos civiles en EE.UU. y la reafirmación de los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo, a todo lo cual se agregaría, poco después, el demoledor impacto de la Guerra de Vietnam que termina de hacer

---

6 Un ejemplo de nuestros días lo ofrece la obra de Hardt y Negri, *Imperio*, en la cual se asegura que países como Bangladesh y Haití se encuentran al interior del imperio puesto que este todo lo abarca. Pero ¿se hallan por eso en una posición comparable a la de EE.UU., Francia, Alemania o Japón? Si bien afortunadamente admiten que estos países no son idénticos desde el punto de vista de la producción y circulación capitalistas, Hardt y Negri concluyen, para estupor de los estudiosos, que entre "Estados Unidos y Brasil, Gran Bretaña y la India no hay diferencias de naturaleza, sólo diferencias de grado", tesis esta que suscribiría con entusiasmo el propio Rostow (Hardt y Negri, 2000: 307). Como bien recuerda Amin, las periferias del sistema mundial no son tan sólo "formaciones desigualmente desarrolladas", sino que se trata de formaciones sociales interdependientes precisamente en función de esa desigualdad. Para una crítica a la visión radicalmente equivocada y funcional al imperialismo de Hardt y Negri, ver Boron (2002).

saltar por los aires el laborioso andamiaje construido por las ciencias sociales norteamericanas desde finales de la Segunda Guerra Mundial. El colapso teórico del planteo rostowiano tiene su correlato en el derrumbe de la sociología parsoniana, la crisis de las teorías de la modernización y la bancarrota del conductismo en la ciencia política. En América Latina esta crisis teórica se acentúa por la presencia de la Revolución Cubana y el progresivo deterioro de la situación económica, social y política de los países de mayor desarrollo capitalista una vez agotado el ciclo de la industrialización sustitutiva, lo que promovió el breve auge de las diversas corrientes de la teoría de la dependencia. En sus distintas variantes, que van desde la ya mencionada obra de André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini y Theotonio dos Santos hasta Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, pasando por Aníbal Quijano, Agustín Cueva y tantos otros, la teorización de la dependencia tenía como rasgos unificadores la crucial relevancia asignada al carácter histórico del desarrollo capitalista, el papel de sus diversos agentes, la inserción de los países en un mercado mundial signado por profundas asimetrías y la centralidad de la problemática política y estatal. A mediados de los setenta la crisis política generalizada en la región, emblematizada por la violenta liquidación de la "vía chilena al socialismo" liderada por Salvador Allende y la Unidad Popular y del experimento radical democrático de Juan José Torres y la Asamblea Popular en Bolivia; el termidor sufrido por la revolución peruana con el desplazamiento de Velasco Alvarado; y el sangriento desenlace del retorno del peronismo en la Argentina, precipitó un nuevo cambio en el paradigma dominante. En este caso, se trató mucho menos de una derrota en el plano de las ideas que de las consecuencias del período más ferozmente represivo conocido por la América Latina contemporánea, lo que implicó que muchos de los teóricos de la dependencia y sus seguidores conocieran el exilio, la cárcel y, en no pocos casos, la muerte.

No es el propósito de este trabajo examinar los alcances y límites de las contribuciones de los dependentis-

tas, bien conocidas en nuestra región. Nos basta simplemente con resaltar la coincidencia entre sus pronósticos pesimistas acerca del desarrollo del capitalismo en la periferia, formulados desde una perspectiva de izquierda, y los que brotan de la pluma de Schweinitz, una nota desafinada en el monocorde ambiente de la academia norteamericana[7].

La "centroizquierda" latinoamericana y su apuesta al desarrollo del capitalismo

Si hemos sometido a la consideración del lector estas tesis pesimistas acerca de la imposibilidad del desarrollo en la periferia –¡que no quiere decir imposibilidad de registrar, por momentos, altas tasas de crecimiento económico!– es porque el devenir de la historia ha demostrado, transcurrido casi medio siglo, que los diagnósticos que se oponían al ingenuo mas no desinteresado optimismo de Rostow y sus colegas estaban en lo cierto. Actualizar esta certeza es bien oportuno en nuestros días, cuando proliferan una serie de gobiernos de "centroizquierda" que, en América Latina, proclaman con ciego entusiasmo su confianza en culminar exitosamente su marcha hacia el desarrollo –o entrar al Primer Mundo, como se decía en los noventa– transitando por una ruta que fue clausurada hace mucho tiempo[8].

---

7 Al momento de escribir su libro, nuestro autor era profesor de la Northwestern University, una universidad de elite radicada nada menos que en Chicago y muy influenciada por el prestigio intelectual que por entonces gozaba la Escuela de Chicago de la que surgiría, entre otros, uno de los grandes ideólogos de la contrarrevolución neoliberal de los años setenta. Nos referimos a Milton Friedman, por supuesto.

8 Antes de proseguir con nuestra argumentación se impone una aclaración. Las usinas ideológicas de la derecha, con el auxilio invalorable de algunos ex izquierdistas, han impuesto un lugar común que podría sintetizarse así: si bien se produjo en América Latina un "giro a la izquierda", Washington no debe reaccionar indiscriminadamente ante el peligro que esto podría entrañar para la "seguridad nacional" norteamericana, el normal funcionamiento de los mercados y la seguridad jurídica de las inversiones extranjeras en la región. Exis-

En este sentido, los gobiernos de la llamada "centroizquierda" se han llevado todas las palmas. Su fidelidad a las orientaciones generales del Consenso de Washington, fidelidad que no es desmentida por una cierta retórica "progresista" –estentórea, a veces, como en el caso argentino; aflautada, otras, como en los casos de Brasil, Chile y Uruguay–, les hace creer que si persisten en las políticas ortodoxas recomendadas por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio algún día, más pronto que tarde, llegarán a ser países como los europeos o EE.UU. Desde su tumba, el bueno de Schweinitz seguramente debe estar sonriendo burlonamente ante tamaño disparate. Y, si pudiera regresar al reino de los vivos, seguramente les preguntaría a los voceros de esos gobiernos acerca de las razones por las cuales hace ya casi un siglo que países como la Argentina, Brasil y México siguen siendo los depositarios de un luminoso futuro capitalista que nunca se concreta y que, al contrario, los aleja cada día más de los capitalismos desarrollados, perpetuando su condición de eternos "países del futuro". Antes de la Gran Depresión de 1929 el pensamiento convencional de las

---

ten, según los Castañedas, Vargas Llosas, Fuentes y tantos otros, dos izquierdas: una "seria y racional", que comprende la importancia de no interferir con la lógica de los mercados, y otra, anatemizada como "radical", "populista" o "demagógica" según los diversos autores, empeñada en contradecirla. La primera vertiente incluye como ejemplos paradigmáticos los casos de la Concertación chilena y el gobierno de Lula en Brasil, si bien hay otros en la región que también podrían encuadrarse en este modelo, como el de Tabaré Vázquez en Uruguay y Alan García en el Perú. Ejemplos rotundos de la segunda serían los de Cuba y Venezuela, a los que posteriormente se agregó el de Evo Morales en Bolivia y, más recientemente aún, el de Rafael Correa en el Ecuador. El caso de Kirchner ocupa un lugar muy especial porque, si bien por su retórica podría ser encasillado junto a Chávez y Evo, la orientación de sus políticas económicas –hecha excepción de la quita en los bonos de la deuda externa– se encuadra en los grandes lineamientos del Consenso de Washington. En realidad, cuando se habla de "izquierda" en América Latina, tal caracterización le cabe exclusivamente a los gobiernos de Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador. Los demás son, en el mejor de los casos, gobiernos de centro a los cuales el rótulo de "centroizquierda" les queda demasiado grande ya que constituye una distinción inmerecida en función de sus pobres desempeños en materia de justicia social.

ciencias sociales auguraba para la Argentina un futuro esplendoroso. Lo mismo ocurriría con Brasil luego de la Segunda Guerra Mundial, cuya alianza con EE.UU. y el envío de sus tropas para colaborar con la empresa bélica en los campos europeos supuestamente le abrirían de par en par las puertas de la colaboración norteamericana, lo que garantizaría una ruta segura a los niveles de desarrollo existentes en el Primer Mundo. La construcción de la planta siderúrgica de Volta Redonda a comienzos de los años cincuenta, con la ayuda de un crédito del Eximbank avalado por EE.UU., fue vista por muchos como una clara señal de que el proceso estaba en marcha y era irreversible. Medio siglo después, Argentina y Brasil siguen estando "condenados al éxito", como lo asegura con su inclaudicable optimismo uno de los principales científicos sociales de Brasil, Helio Jaguaribe, pero su realidad económica y social demuestra que, lejos de acortar su distancia con los países desarrollados, ocurrió exactamente lo contrario y ahora están más lejos que antes. Lo mismo puede decirse del caso mexicano, sin la menor duda: si algo hizo el TLC inaugurado el 1 de enero de 1994 fue ensanchar el hiato que separaba a la economía mexicana de las de EE.UU. y Canadá.

Pese a esta abrumadora evidencia, el mito del desarrollo capitalista nacional y su premisa, la existencia de una burguesía nacional, siguen ejerciendo un enfermizo atractivo en la dirigencia "progresista" latinoamericana, a punto tal que en fechas recientes esta patología concitó la atención de un distinguido estudioso marxista, Vivek Chibber, quien sobre la base de una evidencia comparativa internacional demolió inmisericordemente tales tesis (Chibber, 2005). Este ascendiente revela los alcances de la victoria ideológica del neoliberalismo en la "batalla de ideas": si en la segunda mitad de la década del sesenta habían tomado cuerpo una teorización y una propuesta política en torno a una "vía no capitalista de desarrollo" que se manifestó de diversas maneras en los distintos países –con Salvador Allende y Radomiro Tomic en las elecciones presidenciales chilenas de 1970; en el régimen de Velasco Alvarado en el Perú de finales de los sesen-

ta; en la tentativa de Juan José Torres en la Bolivia de la Asamblea Popular de 1971, siendo los casos más importantes–, a partir de la contraofensiva capitalista lanzada desde mediados de los setenta esa alternativa fue barrida con un baño de sangre. El resultado es que hoy gran parte de la "centroizquierda", producto de aquella derrota en el crucial terreno de las ideas, renueva su creencia en el desarrollo capitalista nacional impulsado por una figura espectral: la "burguesía nacional".

La persistencia de un mito

Veamos algunos ejemplos extraídos de la presente coyuntura. En la Argentina, por ejemplo, el presidente Néstor Kirchner reafirma su decisión de construir un "capitalismo serio", alentando la constitución de una "burguesía nacional" capaz de conducir la maltratada economía argentina hacia el puerto seguro del desarrollo. Esa fue una de sus primeras definiciones programáticas en el discurso inaugural de su mandato, el 25 de mayo de 2003, cuando ante la Asamblea Legislativa decía que "en nuestro proyecto ubicamos en un lugar central la idea de reconstruir un capitalismo nacional que genere las alternativas que permitan reinstalar la movilidad social ascendente".

Esta obstinación habría de acentuarse con el paso de los años, lo que quedó en evidencia en su viaje a la Asamblea General de la ONU, en Nueva York, en el mes de septiembre de 2006, ocasión en la cual tanto Kirchner como la senadora Cristina Fernández de Kirchner, su eventual sucesora en la Casa Rosada, dieron muestras de su incondicional adhesión al capitalismo y al mito del desarrollo capitalista nacional. En esa ocasión el presidente aceptó una invitación de la Bolsa de Valores de Nueva York (NYSE) para visitar su sede y disfrutar del dudoso privilegio de tocar la campana que indica el cierre de las operaciones del día. En dicha oportunidad Kirchner dijo, evidenciando un sincero arrepentimiento: "agradezco el gesto del mercado de invitarnos aquí. La Argentina está volviendo al lugar del que nunca de-

bió haber salido" (Rodríguez Yebra, 2006). Lo curioso del caso es que, de hecho, la Argentina jamás se había marchado de ese lugar. Por el contrario, siempre estuvo allí, por lo menos desde mediados de la década del cincuenta, como uno de los países más endeudados del planeta y jugosa presa de todo tipo de operaciones especulativas y de pillaje realizadas desde ese sagrado recinto: desde el doloso "megacanje" de la deuda externa de la época de De la Rúa-Cavallo, hasta las fraudulentas privatizaciones y la apertura indiscriminada de los mercados ordenadas por Menem-Cavallo, pasando por innumerables tropelías y latrocinios de ese tipo. ¿Ignoraba Kirchner al pronunciar sus palabras que cerca del 95% de las operaciones que tienen lugar en el sistema financiero internacional –del cual Wall Street es su corazón– son de carácter especulativo, razón por la cual una investigadora como Susan Strange, nada sospechosa de propensiones izquierdistas, bautizó a dicho sistema como "capitalismo de casino", parasitario e irresponsable, depredador de mercados y naciones, cuya febril búsqueda de lucro no se detiene ante nada o ante nadie sembrando a su paso crisis, destrucción y muertes? Similares declaraciones expresó Kirchner bajo el amparo de un organismo como el Council of the Americas, uno de los principales sostenes ideológicos del imperio, despejando cualquier duda que pudiera subsistir sobre la naturaleza de su gobierno: una variedad de "centroizquierda", por momentos vociferante pero siempre inquebrantablemente identificada con la perpetuación del capitalismo en la Argentina y, pese a gestos y retóricas estridentes, cada vez más dócil ante los dictados de la Casa Blanca.

Hay que agregar que, ya con anterioridad a esta fecha y en numerosas ocasiones, Kirchner se había referido reiteradamente a la necesidad de implantar en la Argentina un capitalismo "serio", "nacional" e "inteligente", adjetivos estos que supuestamente obrarían el milagro de convertir a un régimen basado en la explotación del trabajo asalariado en una fraternal comunidad de iguales. Uno de los problemas con que se enfrenta el presi-

dente es que en la Argentina el capitalismo nada serio sino, por el contrario, "sonriente", "irresponsable", "de los compinches" (*croony capitalism*), "transnacionalizado" y torpe, en vez de inteligente, produjo espléndidos resultados para los capitalistas, con tasas exorbitantes de ganancias y con la consolidación de extraordinarios privilegios que ningún burgués "serio" pensaría que es razonable abandonar por más que lo solicitara el primer mandatario. ¿Cómo convencer a quien se encuentra instalado en el 10% más rico de la Argentina –y cuyos ingresos en 2003 eran 56 veces superiores a los del 10% más pobre– de que es urgente y necesario pasar a un capitalismo "serio", que evite tan flagrante e intolerante injusticia? Lo más probable es que el capitalista en cuestión considere "poco seria" la preocupación presidencial por la "seriedad" de un capitalismo que produce tan magníficos resultados, recompensando a los empresarios y a los inversores con tan fenomenales ganancias.

Esta explícita voluntad de situar los parámetros fundamentales de la sociedad capitalista fuera de cualquier posible impugnación, no así sus manifestaciones más aberrantes, fue ratificada en ese mismo viaje en una conferencia dictada en la Universidad de Columbia por la senadora Cristina Fernández de Kirchner. En esa ocasión, la esposa del presidente –sin duda, una de sus más autorizadas voceras– declaró que las políticas del gobierno de Kirchner se situaban del lado del capitalismo. "¿Qué es el capitalismo?", se preguntó. Su respuesta: lo que hizo caer el muro del Berlín no fue "el poderío de Estados Unidos sino que el capitalismo es una mejor idea que el comunismo, y si el capitalismo se distingue frente a otras doctrinas es por la idea del consumo". Las críticas al Fondo Monetario Internacional se apoyan en la inconsistencia de sus prédicas con el supuesto núcleo del capitalismo, sus "mejores ideas", dado que "con sus políticas de ajuste lo primero que hace es restringir el consumo" y, en consecuencia, debilitar el impulso capitalista (Baron, 2006).

¿Un capitalismo nacional sin "burguesía nacional"?

Volviendo al discurso inaugural de Kirchner, ¿qué grado de realismo tiene hoy, en un mundo de mercados transnacionalizados y de impetuosa mundialización de los procesos productivos, comerciales y financieros, apostar a un desarrollo capitalista nacional? Pregunta indispensable sobre todo en una formación social como la argentina, en la cual el grado de extranjerización de la economía ha avanzado a ritmo desenfrenado y es uno de los mayores de toda la región. Respuesta: ningún grado de realismo. Es pura fantasía. Raúl Zibechi, en un texto sumamente interesante que desnuda el anacronismo de esta opción, cita una categórica afirmación de Samir Amin: "ya no hay más una burguesía nacional". Afirmación un tanto excesiva pero que contiene importantes elementos de verdad (Zibechi, 2003). Excesiva, decimos, porque algunos países de las metrópolis capitalistas todavía se caracterizan por la presencia de ciertos conglomerados empresariales equivalentes a una "burguesía nacional", si bien diferentes al modelo clásico de esta clase tal cual aparecía en la segunda mitad del siglo xix y comienzos del xx. Tal es el caso de EE.UU., Japón, Corea y los principales países europeos, cuyas grandes empresas, si bien operan a escala planetaria y su horizonte de acumulación trasciende con creces las fronteras nacionales, tienen sus casas matrices en esos países, se protegen con sus jueces y sus leyes, cuentan con sus gobiernos para acudir en defensa de sus intereses cuando estos son amenazados y es hacia allí donde canalizan las ganancias que obtienen en los mercados mundiales. Agrega además Amin que "el último intento de burguesía nacional que hubo en la Argentina fue Perón. No creo que haya actualmente una burguesía nacional en Argentina. Existe una burguesía compradora que imagina su enriquecimiento, como proyecto, en el marco del capitalismo global tal como es, sin ambición alguna de modificar los términos de este capitalismo". Amin no duda de que puedan existir "proyectos de bur-

guesía nacional en los países ex socialistas. Principalmente: Rusia y China [...] pero no hay un proyecto de burguesía nacional en ningún otro país, sean los países más industrializados como Argentina, Brasil, Egipto e India o países menos industrializados, como los de África subsahariana. ¡Ya no hay más burguesía nacional!". Sin entrar en polémicas, insistimos: lo que señala Amin es indiscutible para la periferia, pero mucho más debatible cuando concentramos nuestra atención en el capitalismo mundializado (Roffinelli y Kohan, 2003)[9].

Podría argüirse que, a diferencia de la Argentina, en el caso de Brasil esta expectativa sobre las potencialidades desarrollistas de la "burguesía nacional" tiene un cierto fundamento. Después de todo Brasil fue, junto con México, uno de los dos únicos países de América Latina que contó con una pujante "burguesía nacional". En la Argentina una formación relativamente similar existió entre 1870 y 1930: se trataba de una clase de grandes propietarios agrarios aburguesados íntimamente asociados a una "burguesía compradora" fuertemente anglófila y estrechamente ligada a la economía británica. Pero cuando este proyecto se agotó con el derrumbe capitalista de 1929, la "burguesía nacional" que tenía que dar un paso al frente para establecer su hegemonía brilló por su ausencia. Y si bien el peronismo trató de insuflarle los bríos necesarios para cumplir con su supuesta "misión histórica", esa clase –en realidad,

9 Sobre este tema remitimos al lector al trabajo de Alberto J. Pla (1971), uno de los primeros en examinar comparativamente y desde una perspectiva histórica la problemática de la burguesía nacional en América Latina. Una revisión reciente sobre la situación de las burguesías en diferentes países de la región se encuentra en la compilación organizada por Basualdo y Arceo (2006). En relación al caso argentino, ver el interesante dossier publicado en 2004 por la revista *Realidad Económica*, que incluye artículos de Eduardo M. Basualdo, Pablo Galetti, Jorge Schvarzer y Marcelo Rougier y, además, los trabajos de Schorr y Wainer (2005) y Katz (2004b). El trabajo de Schvarzer (2004: 37) abre un interesante campo de reflexión teórica al proponer una ampliación del concepto de burguesía que trascienda al empresariado e incorpore también "a los intelectuales que promueven su avance, a los funcionarios públicos que la apoyan, a los políticos y a otras capas sociales dispuestas a acompañarla".

un agrupamiento heteróclito de empresarios sin ninguna visión de conjunto ni proyecto nacional– se reveló como extraordinariamente débil y para nada dispuesta a luchar contra el imperialismo y sus poderosos aliados locales. Capituló con ignominia a los pocos años, en 1955, a manos de una alianza oligárquico-clerical que supo movilizar el resentimiento de los vastos sectores medios que se sentían amenazados por las políticas de promoción social impulsadas por el peronismo que habían dotado a los sectores populares de una gravitación económica y social sin precedentes. Dicha alianza, hay que decirlo, contó con el discreto apoyo del imperialismo norteamericano, que en 1945 se había opuesto frontalmente a Perón. Pero ahora le temía menos a las políticas económicas del peronismo, que a esas alturas ya estaban "alineadas" con las directivas imperiales, que a los eventuales desbordes populares que podrían producirse ante la descomposición del régimen y que, se decía en los pasillos oficiales de Washington, corrían el riesgo de tener un desenlace revolucionario[10].

En el caso del Brasil, la persistencia de este mito (unido a la necesidad de edulcorar su imagen de sindicalista combativo) impulsó al candidato del PT para las elecciones de 2002, Luiz Inácio "Lula" da Silva, a forjar una alianza tan desmovilizadora como anacrónica con un representante de la "burguesía nacional" brasileña, un sector supuestamente identificado con el desarrollo económico y el fortalecimiento del mercado interno, la expansión del empleo y, por esta vía, una cierta redistribución del ingreso. Sin embargo, la presencia del empresario José Alencar no traspasó los límites de lo

---

10 Recordar la visita de Milton Eisenhower a la Argentina, testificando el cambio en las relaciones con EE.UU., luego de que el gobierno peronista admitiera el ingreso de las firmas petroleras norteamericanas y abandonara las políticas heterodoxas utilizadas en el período 1946-1951. Para testimoniar esa reorientación, que implicaba un primer acercamiento al FMI, Eisenhower, enviado personal de su hermano Ike, a la sazón presidente de EE.UU., fue condecorado con la medalla de la lealtad peronista, el máximo galardón otorgado por el partido a quienes sobresalían en su lucha por los principios de justicia social que supuestamente encarnaba el peronismo.

meramente ornamental: fue durante la primera presidencia de Lula que el capital financiero obtuvo las más fabulosas tasas de rentabilidad de toda la historia del Brasil, con el previsible impacto devastador sobre los restos de una "burguesía nacional" absolutamente impotente para torcer el rumbo de la política económica ultraneoliberal que, con al aval de Lula, la estaba destrozando. En ese sentido, los reiterados lamentos del vicepresidente por los efectos de las políticas del superministro fueron penosos testimonios de la incapacidad política de una clase que, a pesar de los nostálgicos, ya hacía tiempo que había perdido los atributos que en el pasado le posibilitaran ejercer un papel más decoroso en el escenario nacional.

Claro está que los casos de Brasil y México tampoco son idénticos. Tal como lo argumentara hace ya muchos años Agustín Cueva, México fue sede de la única revolución burguesa triunfante en América Latina. Otras tentativas, según Cueva, como Guatemala en 1944 o Bolivia en 1952, fracasaron en ese intento. La primera, ahogada en sangre por la invasión de Castillo Armas, orquestada por la CIA; y la segunda, producto de la ferocidad de la reacción termidoriana que puso fin a la insurgencia popular de los mineros y campesinos bolivianos. El caso de México obliga a introducir una distinción que reiteradamente propusiera Lenin para comprender la peculiaridad de las revoluciones burguesas en los capitalismos periféricos: una cosa son las fuerzas motrices de la revolución y otra bien distinta las fuerzas dirigentes de la misma. En México, las fuerzas motrices de la Revolución Mexicana fueron el campesinado y, en menor medida, los sectores populares urbanos; pero las fuerzas dirigentes fueron la pequeña burguesía y un incipiente sector burgués que, montado sobre la oleada revolucionaria proveniente "desde abajo", liquidó el viejo orden y sentó las bases para un vigoroso desarrollo económico, una de cuyas consecuencias sería la creación de la más pujante "burguesía nacional" de América Latina. En el caso de Brasil, Florestan Fernandes ha señalado que la revolución burguesa asumió más bien las características

que Gramsci sintetizara en su concepto de "revolución pasiva", es decir, una tentativa de fundar un orden burgués pero sin un proceso revolucionario que movilizara a las clases y capas subalternas para destruir los cimientos del viejo orden. Revolución burguesa tardía, porque comenzó simultáneamente con la rápida transnacionalización del capitalismo de posguerra que produciría el agotamiento del proyecto de desarrollo capitalista nacional; y débil, además, porque la representación de los intereses "nacionales" de los sectores burgueses –acosados por la dinámica imperialista tanto como por una impetuosa movilización popular– tuvo que descansar en manos de las fuerzas armadas. Esto dio lugar a una suerte de "cesarismo regresivo", para utilizar una vez más una categoría de análisis gramsciano, en donde la "burguesía nacional" brasileña, para reafirmar su predominio, tuvo que subordinarse a –y no sólo hacerse representar por– las fuerzas armadas durante veinte años, con la irremediable distorsión de su lógica de acumulación. La caída del régimen militar puso en evidencia los límites de esta estrategia[11].

Lecciones de la historia económica

Las enseñanzas que pueden extraerse de estos ejemplos, sucintamente presentados, son inequívocas. A comienzos del siglo xxi, tanto Brasil como México –y en mucho mayor medida, la Argentina– atestiguan, por una parte, la acelerada descomposición de la "burguesía nacional";

---

11 El superministro de las fuerzas armadas brasileñas en ese período no fue otro que Delfim Netto, quien en la actualidad se cuenta como uno de los principales asesores del presidente Lula. Este ha señalado repetidamente la excelente vinculación que lo une con el ex funcionario del régimen militar. En una entrevista reciente, Lula afirmó: "pasé más de 20 años criticando a Delfim [cuando Lula militaba en el sindicato metalúrgico y luego en la Central Única de Trabajadores] y ahora él es mi amigo y yo soy su amigo". Luego aseguró que "quien va más de derecha, va quedando más de centro. Quien está más de izquierda, va quedando más socialdemócrata, menos a la izquierda". En esa misma entrevista, Lula declaró que, habiendo cumplido 60 años, "ya no está en edad para ser de izquierda" (*Clarín*, 2006).

por la otra, que por más que haya habido prolongados períodos de crecimiento económico estos no fueron suficientes para hacer que aquellos países superasen las fronteras del subdesarrollo.

En México la etapa del "desarrollo nacional-burgués" culminó en 1976. Se abrió en ese momento un interregno que se prolongó hasta agosto de 1982, cuando el catastrófico default mexicano precipitó la crisis de la deuda en todo el mundo. Comenzó entonces un período signado por la progresiva imposición de las políticas neoliberales y, a partir de 1988, en el sexenio de Salinas de Gortari, por la capitulación incondicional del PRI y la burguesía mexicana ante el capital norteamericano y el desmantelamiento de casi todas las conquistas de la Revolución Mexicana, línea esta que habría de continuarse y profundizarse en los gobiernos del PAN que le sucedieron. El triunfo de este partido en las elecciones presidenciales de 2000 y el del candidato de la derecha radical Felipe Calderón en los fraudulentos comicios de 2006 no hicieron sino ratificar en el plano de las estructuras políticas y estatales la creciente subordinación *de facto* de México a los dictados de Washington y el sometimiento de la herida de muerte "burguesía nacional" a manos del capital extranjero. La privatización de las empresas públicas y la absorción de las privadas nacionales –amén de la competencia desigual facilitada por la firma del TLC– hizo que grandes conglomerados transnacionales fundamentalmente estadounidenses tomaran bajo su control casi todos los sectores estratégicos de la economía mexicana, socavando el basamento material de lo que en sus épocas de gloria fuera la "burguesía nacional" más poderosa de América Latina.

Un proceso semejante se ha vivido en el Brasil, donde la transnacionalización de su atractivo mercado interno –potencialmente enorme– ha ido desplazando a los viejos sectores burgueses nacionales hacia las áreas menos rentables de la economía. Las grandes empresas públicas fueron privatizadas o bien desmanteladas para su venta por partes, y las políticas de atracción del capital extranjero a cualquier costo, facilitadas por la es-

tructura federal del estado brasileño, impulsaron una suicida *race to the bottom* ("corrida hacia el fondo") de los gobiernos estaduales que ofrecían un espiral ilimitado de exenciones tributarias y fiscales a las empresas extranjeras a fin de atraerlas para que se radicasen en su territorio, arrojando por la borda no sólo eventuales ingresos fiscales sino también controles medioambientales y laborales de diverso tipo. La Argentina, por su parte, ostenta el dudoso honor de ser el país con mayor grado de extranjerización de su economía, donde todo fue malvendido y enajenado durante el fatídico decenio del capitalismo salvaje presidido por Carlos S. Menem. Venezuela, Bolivia, Colombia, además de Brasil y México, se las ingeniaron para preservar el control estatal de la riqueza petrolera; en Argentina, en cambio, YPF fue privatizada. Y si México pudo hasta hoy conservar el control público sobre la Comisión Federal de Electricidad, en la Argentina su homóloga fue seccionada en dos partes y privatizada a precio vil. Lo mismo ocurrió con el gas, los teléfonos, la aeronavegación, el agua y un sinfín de empresas públicas que habían sido fundadas con los ahorros de los argentinos y que, en medio de un festival sin precedentes de corruptelas de todo tipo, fueron transferidas a manos extranjeras. En algunos casos, a empresas estatales extranjeras, como lo era Repsol cuando se adueñó de YPF. En otros, se pergeñaron las condiciones para que la segunda empresa petrolera argentina, de capitales privados, fuese adquirida por una empresa pública como Petrobrás, lo que contradecía flagrantemente el discurso neoliberal acerca de la "ineficiencia" propia de las empresas públicas. De ahí que la extranjerización de la economía argentina sea hoy un dato grotesco para un país cuyas empresas del estado fueron, en su mejor momento, puntales del desarrollo nacional, cumpliendo importantísimas funciones económicas y sociales que la pusilánime "burguesía nacional" nunca se preocupó por asumir y que el gobierno actual no tiene intenciones de recuperar.

Para resumir: la sucinta enumeración anterior ilustra con elocuencia el proceso de descomposición e irre-

versible debilitamiento de las "burguesías nacionales", fenómeno que, como asegura Chibber (2005), se reproduce por doquier en la periferia del sistema. En las tres economías más grandes de América Latina se verifica el mismo proceso de debilitamiento/descomposición, y nada autoriza a pensar que en las demás la tendencia histórica se mueva en una dirección contraria. Los avances de los diversos TLC (bilaterales: con Chile, Colombia, Perú; o multilaterales, como los de las economías centroamericanas y República Dominicana) si algo van a hacer es practicar con fruición la eutanasia del empresariado nacional y concentrar los negocios en manos de los grandes conglomerados norteamericanos que impulsan los proyectos que ejecuta la Casa Blanca.

Pero hay además otra cuestión que debe ser considerada: en los casos de Brasil y México, los dos países con las más poderosas "burguesías nacionales", el proceso de acumulación que estas supieron impulsar de ninguna manera logró que aquellos accedieran al rango de capitalismos desarrollados[12]. México conoció un período de extraordinario crecimiento económico entre 1940 y 1976, "el desarrollo estabilizador", un desempeño económico extraordinario sostenido por un inusualmente prolongado período de tiempo. Sin embargo, después de tanto esfuerzo, lo que se encontró al final del camino no fue el límpido cielo del desarrollo sino la tremenda crisis de 1982 y, luego, la recomposición regresiva y reaccionaria del capitalismo mexicano bajo la égida del capital financiero, las empresas transnacionales y la presión de la Casa Blanca. Por lo tanto, lo que esto demuestra es que, pese a las elevadas tasas de crecimiento sostenidas durante 36 años, el capitalismo periférico fue incapaz de dar el salto que le permitiera superar la barrera que separa subdesarrollo de desarrollo. Resultado similar se obtuvo luego

12 Pese a que, bajo fuerte presión de EE.UU., la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) le confirió esa condición a México una vez que firmó el TLC con EE.UU. y Canadá. Pero se trató de una maniobra propagandística del imperio y nada más. Los 500 mil mexicanos que cada año arriesgan su vida para cruzar la frontera demuestran con elocuencia la falacia de esa calificación.

del mal llamado "milagro económico" de los militares brasileños, que por algunos años registró tasas elevadas de crecimiento. Y otro tanto ocurrió en la Argentina, a comienzos de los años noventa y, de modo aún más rotundo, en los últimos cuatro años, cuando el país, luego de la gran crisis del período 1998-2002 –que tuvo su clímax en las grandes movilizaciones populares de diciembre de 2001–, se embarcó en un período de cinco años de crecimiento económico ininterrumpido con tasas tan elevadas con, o comparables a, las de China, y sin embargo los problemas crónicos del subdesarrollo, que afectan a Brasil y a México, también se exhiben con singular nitidez en la Argentina: pobreza, exclusión social, desempleo, altas tasas de analfabetismo abierto y funcional, baja productividad media, profundos desequilibrios regionales, debilidad estatal para imponer reglas de juego en la economía, retraso tecnológico, vulnerabilidad externa, fragilidad de las instituciones democráticas (cuando las hay) y múltiples formas de dependencia económica de los centros imperialistas del poder mundial[13].

En síntesis: en estos tres países hubo crecimiento económico; y en algunos casos el crecimiento, evidentemente con discontinuidades, llegó a ser realmente impresionante. Sin embargo, ninguno dejó de ser un país subdesarrollado y por eso al día de hoy exhiben los rasgos que caracterizan tal situación. Hubo una sola excepción en la historia económica contemporánea: Corea, el único país que en el siglo xx trascendió las fronteras que separan subdesarrollo de desarrollo. Uno de los pocos, también, que, a diferencia de los países de América Latina, jamás aplicó los "buenos consejos" del FMI, el BM y

13 Es preciso recordar que, más allá de las etapas de altas tasas de crecimiento de corta duración, un país como la Argentina registró muy elevados índices durante el período 1880-1914, sin que ello fuera suficiente para dar lugar a un capitalismo desarrollado. Otro tanto ocurrió con Brasil y México a lo largo de gran parte del siglo xx, y los resultados fueron los mismos. Está fuera de toda discusión el hecho de que el crecimiento produjo una transformación económica importante en la periferia del sistema, pero en ningún caso ese desempeño sirvió para instalar a esos tres países en el selecto club de los capitalismos desarrollados.

el Consenso de Washington y que, por eso mismo, fue el último en subirse al tren del desarrollo capitalista antes de que se alejara definitivamente de la estación a mediados del siglo xx. Todos los demás llegaron tarde y ahora quedarse a esperar su regreso constituye un arrebato de nostalgia destinado inexorablemente al fracaso[14].

Repensar el socialismo

La conclusión de estas breves reflexiones sobre la historia económica comparada es la siguiente: quien quiera hoy hablar de desarrollo tiene que estar dispuesto a hablar de socialismo; y si no quiere hablar de socialismo, debe callar a la hora de hablar del desarrollo económico. La experiencia internacional es taxativa: países considerados "la gran promesa", poseedores de un futuro brillante en el concierto capitalista mundial, se debaten en medio del subdesarrollo, la pobreza y la dependencia un siglo después de aquellos pronósticos tan favorables. Los gobiernos y el público en general tienen que admitir que, como dijera Schweinitz, esa ruta está clausurada y que es necesario crear una opción nueva. La declaración del presidente Hugo Chávez Frías según la cual dentro del capitalismo no hay solución para los

---

14 Alguien podría aducir, sin embargo, que el desarrollo de España, Portugal, Grecia e Irlanda demuestra que el tren del desarrollo capitalista retorna recurrentemente posibilitando que nuevos países se incorporen al mundo desarrollado. Pero, en realidad, esto no es así. España y Portugal fueron grandes metrópolis imperiales durante siglos, y su prolongada decadencia de ninguna manera puede equipararse a la situación de cualquiera de las sociedades coloniales de América Latina y el Caribe. Grecia fue durante siglos volátil botín del Imperio Otomano, Francia, Inglaterra y Rusia, e Irlanda fue una provincia sometida de la corona británica pero integrada a ese espacio económico. En todo caso, el desarrollo de estos cuatro países es una proyección del proceso de acumulación capitalista en curso primero en las grandes potencias europeas y, posteriormente, en la Unión Europea. Lo que esta ha hecho es equivalente a lo ocurrido cuando, por ejemplo, Italia aplicó desde los años sesenta una política específica para promover el desarrollo de sus regiones más atrasadas, el Mezzogiorno. Lo mismo hizo la UE con los cuatro países mencionados. En el caso de América Latina, ¿quién está interesado en promover y financiar nuestro desarrollo?

problemas de América Latina sintetiza adecuadamente el resultado de numerosos estudios e investigaciones. Si hay una solución –y si tenemos tiempo de encontrar una solución, dada la amenaza de holocausto ecológico que se cierne sobre el planeta–, habrá que buscarla fuera del capitalismo, en el campo del socialismo[15].

Por lo tanto, la propuesta de avanzar en la construcción del socialismo del siglo xxi es una invitación que no debe ser desechada. Claro está que, en el terreno económico, se trata de un socialismo superador de la anacrónica antinomia "planificación centralizada o mercado incontrolado" y que, en cambio, abre espacios para la imaginación creadora de los pueblos en la búsqueda de nuevos dispositivos de control popular de los procesos económicos, dotados de la flexibilidad suficiente para responder con rapidez al torrente de innovaciones que día a día modifica la fisonomía del capitalismo contemporáneo. Un socialismo que potencie la descentralización y la autonomía de las empresas y unidades productivas y, al mismo tiempo, haga posible la efectiva coordinación de las grandes orientaciones de la política económica. Un socialismo que promueva diversas formas de propiedad social, desde empresas cooperativas hasta empresas estatales y asociaciones de estas con capitales privados, pasando por una amplia gama de formas intermedias en las que trabajadores, consumidores y técnicos estatales se combinen de diversa forma para engendrar nuevas relaciones de propiedad sujetas al control popular. Uno de los problemas más serios que tuvo la experiencia soviética, y todas las que en ella se inspiraron, fue el de confundir propiedad pública con propiedad estatal. Uno de los desafíos más grandes del socialismo del siglo xxi será demostrar que existen formas alternativas de control público de la economía distintas a las del pasado. Pero es preciso tener en claro que, tal como lo dijera en su tiempo

---

15 Existe ya una abundante bibliografía en torno a la cuestión del socialismo del siglo xxi. Además de las diferentes intervenciones del presidente Hugo Chávez Frías, consultar Katz (2004a; 2006), Kohan (2002), Martínez Heredia (2005), Monedero (2005), Petras (2006), Puerta (2006), Regalado Álvarez (2005) y Valdés Gutiérrez (2006).

Rosa Luxemburgo, el futuro, especialmente para los sobrevivientes del holocausto social del neoliberalismo, es el socialismo o, en caso de que no logremos construirlo, lo que resta es ser testigos de la perpetuación y agravamiento de esta barbarie que pone en peligro la sobrevivencia misma de la especie humana.

Estamos ante una situación crítica en la cual, como dijera Simón Rodríguez, "o inventamos o erramos". No hay modelos por imitar. Puede haber experiencias que sirvan como fuentes de inspiración, pero nada más. Una China que alimenta a diario a 1.300 millones de personas seguramente tendrá algo digno de ser aprendido en el terreno de la producción agraria. Un Vietnam que renace de las cenizas de la destrucción de que fuera objeto a manos de EE.UU. también tiene algo que enseñarnos. Los extraordinarios logros de Cuba en materia de salud y educación contienen valiosísimas lecciones que los países subdesarrollados deben estudiar con suma atención. Pero la construcción del socialismo del siglo xxi, condición necesaria para el desarrollo de nuestras sociedades, no puede ser producto de actos imitativos. Fidel dijo reiteradamente que "cada vez que copiamos nos equivocamos", subrayando la sabiduría contenida en la sentencia de Simón Rodríguez. Y un gran teórico marxista latinoamericano, José Carlos Mariátegui, ya había advertido los alcances de este desafío cuando dijera que el "socialismo en América Latina no puede ser calco y copia sino invención heroica de nuestros pueblos". Es con este predicamento que nuestros pueblos deberán construir el socialismo del siglo xxi, condición necesaria para salir definitivamente del subdesarrollo.

Capítulo II

¿Hay vida después del neoliberalismo?

Fuera de la globalización no hay salvación, dentro de la globalización no hay alternativa.

Fernando H. Cardoso
Ex presidente de Brasil

There is no alternative.

Margaret Thatcher
Ex primera ministra del Reino Unido

Es gibt keine Alternativen.

Gerhard Schröeder
Ex canciller de la República Federal Alemana

La encrucijada civilizatoria

Es cada día mayor el número de personas, desde intelectuales como Noam Chomsky hasta estadistas como Fidel Castro, e instituciones, como las Naciones Unidas y toda una pléyade de asociaciones voluntarias, que manifiestan su preocupación por el futuro de la humanidad en el planeta Tierra. Lo que hasta hace apenas una generación hubiera sonado como una suerte de neomalthusianismo trasnochado hoy resuena como la sensata advertencia lanzada por individuos e instituciones que vislumbran

un futuro catastrófico para nuestra especie a menos que se abandone el rumbo por el cual hemos venido transitando desde hace ya unas tres décadas.

En efecto, las esperanzas depositadas en las promesas de la globalización y en la paz y la seguridad que se instalarían en el mundo una vez desaparecida la así llamada amenaza soviética fueron hechas añicos. Los "dividendos de la paz" con los que muchos analistas de la política internacional se ilusionaron luego de la implosión de la Unión Soviética, soñando con el advenimiento de un mundo pacificado una vez que el campo socialista se hubiera derrumbado –lo que suponía que la existencia de ese campo era la culpable de tantas guerras–, jamás fueron efectivizados. El gasto militar mundial no descendió sino que, gracias al desorbitado crecimiento del armamentismo norteamericano, llegó a niveles desconocidos. No sorprende comprobar que nunca el mundo ha sido más inseguro que hoy, cuando se combinan la prepotencia del unilateralismo norteamericano y la mortífera nueva doctrina militar de la "guerra infinita" con la proliferación de armas nucleares en manos de diversos actores privados –desde mafias hasta organizaciones políticas fundamentalistas de diverso tipo, pasando por toda una vasta gama de formaciones intermedias–, lo que eleva el riesgo de un holocausto nuclear, por causas fortuitas o premeditadas, a límites jamás alcanzados anteriormente.

Pero no es esa la única amenaza que se cierne sobre la humanidad. Siendo esta importante está lejos de ser la única, puesto que hay un holocausto social ya en marcha, silencioso pero letal, que según cálculos estimativos de comienzos de la presente década ya cobraba algo así como 100 mil vidas humanas por día a causa del hambre y enfermedades curables. Esto significa aproximadamente 40 millones de vidas por año, con lo que en poco más de un año y medio se iguala la totalidad de muertos, militares y civiles, ocasionados por la carnicería de la Segunda Guerra Mundial. Pero estas muertes se producen sin el estruendo de cañones y bombas y nunca llegan a la primera plana de los diarios, o a las noticias

de último momento de los noticieros radiales o televisivos. En cuatro años se supera la cifra de las víctimas de todas las guerras que se libraron en el siglo xx. Un lento holocausto, decíamos; un sacrificio producido por la intensificación sin precedentes de las características predatorias de un modo de producción, el capitalista, que, al concebir a los hombres y mujeres, y a la naturaleza, como meras mercancías, como valores de uso que al mercantilizarse se convierten en fuentes de inagotables ganancias, pone en peligro la sobrevivencia misma de la especie en nuestro planeta. Una España, una Colombia, una Argentina desaparecen por año de la faz de la tierra como consecuencia de la imposición omnímoda del capitalismo en el mundo. Con la implosión de la Unión Soviética y la desintegración del campo socialista, la sola presencia de China, Cuba y Vietnam no logra construir un contrapeso efectivo a las tendencias predatorias, homicidas y ecocidas del capitalismo. Y sin aquel recurso, este da rienda a su voracidad infinita, frente a la cual no hay barreras ni límites que valgan.

Al promediar el siglo pasado, un destacado historiador, Karl Polanyi, escribió un libro clásico, *La gran transformación*, en el cual replanteaba desde una óptica ligeramente diferente la visión pesimista mantenida por Marx acerca de los resultados que ocasionaría el auge sin contrapesos de un tipo de organización económica que retenía como rehenes a la sociedad y a la naturaleza. Polanyi decía, al examinar la evidencia histórica británica y en parte europea, que desde los albores del capitalismo las diversas sociedades habían hecho todo lo posible para evitar el despotismo de los mercados, sabedoras de que en tal caso las condiciones de su propia viabilidad como especie estarían severamente amenazadas. La idea de un mercado libre les resultaba absurda y temeraria, y fue por eso que idearon toda suerte de dispositivos para impedir que su lógica egoísta y destructora prevaleciera en la vida social (Polanyi, 1992).

Estos controles sobrevivieron durante largo tiempo, pero a partir de la segunda mitad del siglo xix hubo un sostenido proceso de debilitamiento que culminó, a fi-

nales de siglo, con el fugaz triunfo del liberalismo económico –en realidad, mejor llamado "liberismo" en la medida en que amalgamaba las libertades económicas con modelos políticos fuertemente autoritarios y para nada liberales en el sentido filosófico-político del término. Sus manifestaciones fueron la *belle époque* y el optimismo ilimitado en las virtudes del capitalismo, sostenido en la absurda creencia de que el patrón oro, la hegemonía financiera de la City londinense, la división internacional del trabajo y el reparto del mundo entre las grandes potencias eran tan inconmovibles como los montes del Himalaya. Esos sueños se convirtieron abruptamente en una horrorosa pesadilla en Sarajevo y se desvanecieron por completo con la carnicería de las dos guerras mundiales, la Gran Depresión, la Revolución Rusa y el auge de los fascismos. Esta nueva guerra de los treinta años, como oportunamente caracterizara este período Immanuel Wallerstein, finalizó con la mayor atrocidad jamás conocida hasta ahora en la historia de la humanidad: las dos bombas atómicas arrojadas sobre dos ciudades indefensas, Hiroshima y Nagasaki, todo un símbolo de la barbarie que se instalaría pocas décadas más tarde, ya hacia finales del siglo xx.

Pese a sus empeños, la restauración capitalista de la posguerra fracasó en su intento de retrotraer el reloj de la historia hacia comienzos del siglo. La sola existencia de la URSS y el campo socialista era un factor decisivo en la correlación mundial de fuerzas que impedía que el capitalismo diese rienda suelta a sus inclinaciones más profundas, aquello que un economista como Joseph Schumpeter sublimó bajo el nombre de "destrucción creadora". El fin del monopolio nuclear norteamericano; el auge de los partidos comunistas en algunos países de Europa occidental; la formidable recuperación de la economía soviética; el triunfo de la revolución socialista en China; la heroica lucha de los vietnamitas resistiendo el colonialismo francés, la ocupación japonesa y luego la intervención estadounidense; el triunfo de la Revolución Cubana y el auge de los procesos de descolonización en África y Asia definieron un escenario en

el cual el capitalismo tuvo que aceptar a regañadientes moderar sus impulsos, firmar una suerte de armisticio o tregua con sus tradicionales antagonistas y consentir el lanzamiento de una serie de reformas, inadmisibles e impensables hasta hacía poco tiempo, que cristalizaron en una verdadera "edad de oro" del capitalismo, el período que se extiende entre 1948 y 1973. Nunca antes este modo de producción había crecido tan rápido, en tantos países y por tanto tiempo. Nunca antes había admitido una democratización relativa de sus estructuras como la que se produjo en esos años, dando lugar a lo que hoy se denomina el "Estado keynesiano de Bienestar". Fue en esos años que el capitalismo dio origen, al decir de Ellen Meiksins Wood, a lo mejor que podía ofrecer. Pero no porque ello fuese un "resultado natural" de su lógica de funcionamiento y de sus estructuras, sino porque la presencia de poderosos movimientos sindicales, grandes partidos de masas de izquierda y una correlación mundial de fuerzas que le era desfavorable hizo posible que las contradicciones que se agitaban en su seno se resolvieran por el lado positivo. El resultado: grandes reformas económicas, nacionalizaciones, regulación de los mercados, derechos laborales y ciudadanos universales, redistribución de ingresos, expansión de los sistemas educativos, mejoras en los programas asistenciales y de salud, florecimiento de las libertades públicas y tantas cosas más (Meiksins Wood, 1995).

Pero, como nos recuerda esta autora, eso se acabó hace bastante tiempo y ya nunca más el capitalismo volverá a ofrecer un espectáculo como el que viéramos en los años de la posguerra. Esos fueron sus logros pero también sus límites, infranqueables aun en las condiciones prevalecientes en esos años. Es más: en el terreno propiamente político, teóricos como Colin Crouch han afirmado que debemos acostumbrarnos a vivir en una edad francamente "pos-democrática". Que la democracia de la era keynesiana es un recuerdo nostálgico del pasado porque, como ya lo anticipara Gore Vidal, ha sido secuestrada por las grandes corporaciones (Crouch, 2004). Desde otro ángulo, Gianni Vattimo plantea una

tesis similar cuando en un lúcido trabajo reciente concluye que "todo el sistema de democracia modelo, como la norteamericana, es un testimonio estrepitoso de la traición de los ideales democráticos a favor de la pura y simple plutocracia" (Vattimo, 2006: 102). Por lo tanto, no hay nada que esperar de la democracia dentro de la camisa de fuerza del capitalismo. Confiar en que hoy el capitalismo pueda reproducir, para no decir superar, aquellos resultados no es utópico sino quimérico, una diferencia que conviene tener muy en cuenta. Lo último indica lo que no puede existir: un círculo cuadrado; lo primero se refiere a lo que todavía no existe, pero que bien podría hacerlo: una sociedad de hombres y mujeres libres o, en el siglo xviii, una jornada laboral de ocho horas. Pensar hoy en un capitalismo democrático, con mercados rigurosamente regulados, con un extenso abanico de derechos ciudadanos, que "profundice" los logros de los años de la posguerra, es simplemente quimérico. Es tan realista como suponer que podemos volver a los tiempos de los gremios y las corporaciones medievales, o a la producción comunal de las aldeas campesinas. El capitalismo demostró ser incorregible y, por eso mismo, irreformable. Los avances sociales, económicos y políticos que se dieron en un breve intervalo a mediados del siglo pasado no fueron producto del espíritu capitalista sino de la fortaleza de las fuerzas sociales adversarias que pudieron aprovechar, después de la Segunda Guerra Mundial, un momento de reflujo y debilidad de los poderes constituidos para obtener significativas y, fundamentalmente, transitorias concesiones.

En este cuadro, ante el debilitamiento y la posterior crisis de las fuerzas sociales y políticas que se le oponían y ante la desaparición de su contrapeso en el sistema internacional, la Unión Soviética, el capitalismo se despojó de todas sus molestas mediaciones civilizatorias y ciudadanas y se replegó sobre su núcleo duro, su instinto primigenio: la maximización del lucro a cualquier precio, aunque en su frenética búsqueda se destruyan sociedades y medio ambiente. El neoliberalismo es la expresión ideológica de esta etapa; personajes como

Bush, Berlusconi y Aznar, o Menem, Moscoso, Flores y Fujimori, son la clase de políticos que se necesitan para llevar este proyecto a término; y regímenes "democráticos" al estilo norteamericano –en realidad, sistemas políticos secuestrados por los grandes capitales y manipulados a voluntad por la industria de la publicidad–, el tipo de "democracias" que requiere esta nueva fase, ¿suicida, terminal?, del capitalismo actual (Chomsky, 2004: 29-33; 2005: 24-25). Es en este marco que se nos repite, insistentemente, que "no hay alternativas" y que la resignación es la única actitud racional ante un mundo que marcha aceleradamente hacia su propia destrucción. Se nos convoca, por lo tanto, a la pasividad y al fatalismo frente a un proyecto que conduce inexorablemente a un callejón sin salida para la humanidad. Para colmo de males, como bien lo recuerda reiteradamente Franz Hinkelammert, esta conducta es alabada como "racional" por los exégetas del imperio.

Resignación y chantaje: ¿cuál sería el modelo de recambio, si no hay alternativas?

La pregunta que los beneficiarios y defensores del capitalismo neoliberal nos formulan, con una mezcla de desdén y arrogancia, es siempre la misma: bien, pero ¿cuál es el modelo de recambio, cuál es vuestra propuesta? Implícita en la pregunta, siempre planteada en tono desafiante y altanero, está la certidumbre de que no hay alternativas. La formulación que hiciera célebre Margaret Thatcher cuando dijera "*TINA, there is no alternative*" sigue siendo ahora tan inapelable como entonces y lo único sensato es una diligente adaptación al estado de cosas existente. Sorprende constatar que teóricos que construyeron su reputación mundial oponiéndose –en nombre de la libertad y de la autonomía de los sujetos sociales– al supuesto "determinismo" del pensamiento marxista ahora prediquen con insólito fervor su adhesión al rígido determinismo economicista del neoliberalismo que postula la inexistencia de alternativas.

Y lo que es más sorprendente aún es que estos profetas de la resignación no parecen notar incoherencia alguna en su pensamiento, que antes combatía al "determinismo" marxista y ahora aplaude a rabiar el determinismo economicista neoliberal. En lugar de posmodernos o "renegados", como solía decirse, se los podría calificar, siguiendo a Russell Jacoby, de "post-coherentes" (1999: 140-141). Se impone, nos dicen, actuar con "realismo" y archivar las utopías del pasado. Debemos "olvidar" todo lo que hemos dicho y escrito, o escuchado y leído. Los gobernantes latinoamericanos hicieron suyo el eslogan publicitario de Margaret Thatcher, y no cesaron de asegurar con fingido realismo, y apelando a una "sensatez" incapaz de disimular que el rey está desnudo, que lo que se está haciendo es lo único que se puede hacer. Para esto cuentan con el asesoramiento de un ejército de ideólogos y publicistas del capital transnacional, en no pocos casos reciclados "izquierdistas" que, con el paso del tiempo, encontraron nuevas avenidas para encauzar más provechosamente su incurable devoción por los dogmas y, de paso, abultar considerablemente sus cuentas bancarias.

Según el "pensamiento único" la globalización impuso un modelo de gestión inexorable que, presuntamente, es el que prevalece en los capitalismos desarrollados. O nos adecuamos a sus mandatos y "entramos al Primer Mundo", como decía el presidente Menem antes de precipitar a la Argentina la peor crisis de su historia, o nos condenamos a la autoexclusión, la decadencia y, finalmente, a un desenlace apocalíptico. No hay escapatoria ante los tentáculos de la globalización: o se acepta la realidad tal cual es, como producto de fuerzas incontrolables, o se paga un precio carísimo al ignorar sus exigencias. No hay otra opción que escoger entre Bill Gates y Abimael Guzmán; Tony Blair o Pol Pot; o entre Vicente Fox y Enver Hodja. "Dentro de la globalización no hay alternativas", repetía el presidente Fernando H. Cardoso, "y fuera de la globalización no hay salvación". En realidad, la alternativa no es entre la paz y el progreso, que supuestamente ofrecería el actual "orden" mundial,

o el caos y la anarquía que produciría cualquier tentativa de modificarlo, sino entre la aberrante inhumanidad del mundo actual y la promesa, en consonancia con las tesis marxistas, de comenzar a escribir, por vez primera, la verdadera historia de la humanidad, dejando atrás una milenaria prehistoria de opresión y explotación.

Pero, se nos dice, los gobiernos tienen las manos atadas y, si son sensatos y responsables, lo único que pueden hacer es acompañar este proceso de la mejor manera posible, "adaptándose" a las nuevas realidades y tratando de sacar partido de las oportunidades que la globalización ofrece a los más audaces y desprejuiciados en ciertos "nichos" específicos del comercio internacional, confiando además en que la población no será intimidada por las lúgubres connotaciones de aquel término. En suma: la política económica nacional fue sustituida por las cotizaciones de la bolsa de Nueva York, Tokio y Londres. Lo que queda es el camino de una serena y constructiva resignación. Parafraseando un viejo adagio de la política, en la visión del neoliberalismo "los estados reinan y los mercados gobiernan". Fue por eso que George Soros recomendó a los brasileños no excitarse demasiado ante las perspectivas de la elección de Lula porque, decía, a la larga "gobernarían los mercados, que son quienes votan todos los días". Lamentablemente los hechos parecen haberle dado la razón, pero no había nada de fatal e inexorable en tan lamentable desenlace.

La pregunta con la cual abrimos este capítulo, ¿cuál es el modelo de recambio?, no es para nada inocente pues contiene varias trampas. Una, la de postular que la historia se mueve en función de un plan previamente elaborado. Así, el capitalismo se habría desarrollado porque algún todavía ignoto teórico del Renacimiento europeo habría diseñado las líneas generales de su desarrollo y diligentes actores sociales se encargaron de llevar ese libreto a la práctica. Es una especie de Vulgata hegeliana en donde todo el devenir histórico está contenido en una Idea (así, con mayúscula) que se encarna en un Sujeto predestinado a ser el portador de la historia, tal como aquel Napoleón a quien Hegel viera

desfilando sobre su caballo blanco. Por lo tanto, si no hay plan, o boceto, no hay historia. No hace falta perder demasiado tiempo para refutar este absurdo. Ni el capitalismo se desarrolló de esa manera, ni el socialismo, que representa en la historia la introducción de una alternativa racional y consciente, lo hizo de igual modo. Las revoluciones socialistas no las hicieron masas que previamente habían leído y meditado profundamente las tesis expuestas en los tres tomos de *El Capital*. Que algunos de sus protagonistas sí lo habían leído no está en cuestión. Pero la dinámica de masas que produjo el advenimiento del socialismo en Rusia, China, Vietnam y Cuba nada tuvo que ver con la aplicación de un plan, de una Idea hegeliana que de súbito se hizo carne en los pueblos. No fue otra la razón por la que el joven Gramsci escribió, en 1917 y en medio de los fragores de la Revolución Rusa, su famoso artículo "La revolución contra *El Capital*", tomando distancia de la escolástica que postulaba que la revolución no podía ser otra cosa que la puesta en estado práctico de lo que una buena teoría planteaba en unos libros. La historia real es mucho más compleja que eso.

En segundo lugar, el reformismo keynesiano, que permitió la salida de la Gran Depresión en el período de entreguerras y, fundamentalmente, hizo posible la reconstrucción capitalista en la posguerra, no fue producto de la cuidadosa lectura que los líderes europeos y Franklin D. Roosevelt en los Estados Unidos hicieran del clásico texto de Keynes: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Entre otras razones, porque ese libro recién se publicaría en 1936, mientras que los gobiernos de los distintos países, no sólo en el mundo capitalista desarrollado sino también en América Latina, comenzaron a implementar políticas que luego se llamarían keynesianas antes de que el eminente profesor de Cambridge diera a conocer su famoso texto. Con esto no queremos decir que Keynes no hizo otra cosa que codificar las políticas que su atenta mirada observaba en diferentes países. Pero, sin duda, los procesos reales que se estaban desenvolviendo ante su vista ju-

garon un papel insoslayable en su brillante elaboración teórica. Después –en realidad, mucho después– las ideas de Keynes terminaron dando nacimiento a una suerte de consenso keynesiano que, en las postrimerías de su hegemonía teórica, hizo decir a Richard Nixon que "hoy todos somos keynesianos".

Por último hay que aclarar que lo que suele denominarse "modelos" son en realidad simplificaciones académicas de realidades muy complejas. Pero, siendo rigurosos, ¿se puede realmente hablar de "un modelo" capitalista en la posguerra? ¿Fue lo mismo la experiencia norteamericana, basada en una mínima intervención estatal y en el mayor grado de desigualdad de ingresos del mundo desarrollado, que lo ocurrido en el ámbito de las socialdemocracias escandinavas, en Europa continental o en la península ibérica bajo los regímenes de Franco y Salazar? ¿Cuál era "el modelo", para ni hablar de lo que estaba ocurriendo en Japón o en Corea del Sur? Y en el período de la globalización neoliberal, ¿es posible hablar de "un modelo" válido para todos los países? Nuevamente: ¿es lo mismo EE.UU., de Reagan en adelante, que los famosos capitalismos "renanos" basados en fuertes sindicatos y amplias, si bien cambiantes, modalidades de intervención estatal en la economía? Y entre las economías alternativas, ¿es lo mismo Cuba que China, o que Vietnam? Por lo tanto, cualquier pretensión de que antes de cambiar este mundo tengamos que definir exactamente cuál es el modelo de lo que vamos a hacer debe ser rechazada tajantemente, como se hace con cualquier tentativa extorsiva. Se podría responder a tan insolentes preguntas, para decirlo con las palabras de nuestra querida Violeta Parra en *Mazúrkica Modérnica*, con una paráfrasis de Antonio Machado: "caminante no hay modelo, se hace el modelo al andar".

Hacer lo obvio

Porque, vistas las cosas en perspectiva, la salida del neoliberalismo se reduce ni más ni menos que a hacer lo obvio. ¿Qué es lo obvio? Primero que nada, abandonar de-

finitivamente las políticas inspiradas en el Consenso de Washington. Su fracaso es evidente en todas partes. No sólo en América Latina, sino también en Europa, EE.UU. y el Sudeste Asiático. Allí donde se impuso, fracasó en promover el crecimiento económico. Y si su capacidad de generar un patrón de crecimiento autosostenido fue mínima, las consecuencias sociales de su hegemonía fueron desastrosas en todos los países sin excepción. Produjo sociedades más desiguales, con más iniquidades, con mayores índices de exclusión social y marginalidad. Para los ricos y poderosos fue, y todavía es, una experiencia muy beneficiosa. Fueron ellos los grandes ganadores del ajuste neoliberal. Pero para la sociedad en su conjunto, y sobre todo para los pobres y explotados, fue, y es, una desgracia. Dio origen a sociedades precariamente integradas y en las cuales la exclusión y la intensificación de la explotación originaron una espiral de violencia que aumentó paso a paso con el afianzamiento de las ideas neoliberales. Además, el desgarramiento producido por el neoliberalismo debilitó, quizás irreparablemente, la legitimidad y solidez de las instituciones democráticas. Las sucesivas encuestas de opinión levantadas por Latinobarómetro en 18 países de América Latina demuestran concluyentemente la íntima conexión existente entre la extendida insatisfacción con la economía de mercado, la vulnerabilidad económica experimentada por las mayorías y la debilidad de las creencias democráticas de nuestras poblaciones[16].

Ante esta exigencia no faltarán las voces de quienes, influidos por el pensamiento único pese a que en sus corazones anhelen poner fin a la pesadilla neoliberal, aseguren que no hay espacio para desoír sus preceptos; que el predominio de EE.UU., sobre todo en América Latina, torna imposible el abandono de un patrón de políticas macroeconómicas que no sólo tiene la bendición de la Casa Blanca sino el respaldo económico, político, ideológico y propagandístico de una poderosísima alianza

16 Para acceder a un examen detallado sobre este tema, ver los trabajos recientes de Boron (2007a; 2007b).

de clases dominantes a escala mundial. Esta sensación de impotencia se ve favorecida por la extraordinaria difusión que en el campo de las fuerzas progresistas y de izquierda de la región han tenido ciertas teorizaciones actualmente de moda. Mencionemos entre ellas dos: en primer lugar, la concepción sobre el imperialismo entendido como un benévolo y vaporoso "imperio" en la alucinada visión de Michael Hardt y Antonio Negri. En un libro donde se compendia una formidable acumulación de errores históricos y de apreciación económica y política, se sugiere también la idea de un imperio que es a la vez invencible e inexpugnable, con la consiguiente desmoralización y desmovilización de las fuerzas que se le oponen (Hardt y Negri, 2000). En segundo término, cabe señalar la obra de John Holloway, quien en su trabajo más reciente exhorta a los militantes anticapitalistas a renunciar por completo a la toma del poder, a partir de un análisis, no menos equivocado, sobre el presunto fracaso de todas las revoluciones socialistas –todas sin excepción, lo que constituye una tremenda injusticia– acaecidas a lo largo del siglo xx (Holloway, 2002). En ambos casos estamos frente a un discurso que, a partir de premisas teóricas y políticas fuertemente identificadas con el proyecto de crear una sociedad comunista, terminan por consagrar la futilidad de las luchas contra el capital o la inconveniencia e inmoralidad de proponer una estrategia de conquista del poder del estado. El corolario práctico de estos errores es la resignación ante la globalización neoliberal y el reforzamiento de la idea de que nada puede cambiarse y que no hay alternativas. Nada podría ser más beneficioso para perpetuar el dominio del capital que la proliferación de este tipo de ideas surgidas de las plumas de representantes de la izquierda.

"Hacer lo obvio" significa, entre otras cosas, tomar nota de la amplia variedad de respuestas políticas suscitadas por la globalización neoliberal. Si así no fuera, ¿cómo entender que en un mundo así de "globalizado" y unificado los japoneses hayan tenido, hasta antes de su crisis y por un extenso período histórico, una tasa de desempleo del 3% y los argentinos una que osciló entre

el 15 y el 23%? ¿Por qué Alemania puede tener un mercado laboral muy regulado y ser competitiva mientras se aduce que Brasil, por ejemplo, "no es competitivo" por la supuesta rigidez de su mercado laboral? ¿Por qué los países "reformados" de América Latina saludan el advenimiento de la globalización liquidando sus sistemas estatales de seguridad social, mientras que un país como Singapur, muchísimo más integrado a los flujos del capitalismo globalizado que cualquiera de nuestra región, ha mantenido hasta la fecha un sistema estatal de seguridad social? ¿Por qué Corea del Sur, el único país que en el siglo xx cruzó la frontera que separa el subdesarrollo del desarrollo, lo hizo con agresivas políticas de recomposición del mercado interno, redistribución de ingresos y aumento de los salarios reales y del gasto público, mientras que en América Latina se decía que esas políticas eran incongruentes con las aspiraciones de crecimiento económico? ¿Por qué en Noruega y en la mayor parte de los países de la Europa nórdica el estado sigue teniendo un papel central, que no cesa de afianzarse, mientras que entre nosotros la destrucción del estado fue el grito de guerra de los partidarios del ajuste neoliberal? Y, dentro mismo de América Latina, ¿por qué hubo países en los cuales se privatizaron las empresas estatales productoras de petróleo, como en la Argentina, mientras que en otros, como México, Brasil y Venezuela, el torrente neoliberal no alcanzó para asegurar la enajenación de este tipo de empresas al capital extranjero? O también, ¿por qué hubo países, principalmente Uruguay, en los cuales los gobernantes convocaron a múltiples referendos y plebiscitos para decidir la suerte de las empresas públicas, mientras que en la mayoría de los demás la decisión de privatizar se tomó a puertas cerradas, sin transparencia alguna y bajo generalizadas sospechas de corrupción? Respuesta general: porque el impacto de la "globalización" está siempre mediado por las luchas de clases, la correlación de fuerzas sociales y las políticas públicas que adopten los gobiernos. Corolario: aun dentro de las limitaciones que plantea la globalización neoliberal, hay alternativas.

Muchas más si se opta por cambiar las respuestas que los gobiernos ofrecen ante los desafíos de la globalización. Muchas más si se piensa que no hay nada fatal e inexorable que nos condene a que esta sea la única globalización posible. Un mundo globalizado no tiene porqué ser necesariamente un mundo capitalista y neoliberal. ¿O es acaso imposible imaginar que, como dice el *motto* del Foro Social Mundial, "otra globalización es posible"? Hay otras alternativas, no sólo posibles sino urgentes e imprescindibles, como lo prueba sobradamente la magnífica compilación de François Houtart y François Polet, *L´autre Davos. Mondialisation des résistences et des luttes* (1999). A continuación ofrecemos una visión panorámica del tipo de iniciativas –concretas, viables, posibles– que deberían informar cualquier propuesta de constituir una alternativa posneoliberal.

Una hoja de ruta

Llegados a este punto queremos intentar esbozar un breve listado de iniciativas que podrían adoptar los gobiernos de la región si se decidieran a abandonar definitivamente el Consenso de Washington y sus conocidas recetas que tantos males han acarreado para nuestros pueblos. Esta enumeración no tiene pretensión alguna de exhaustividad puesto que apenas se propone identificar algunas áreas prioritarias en las cuales se requieren urgentes medidas para enfrentar la crisis.

a) *Reconstrucción del estado* y sus agencias y creación de una genuina burocracia estatal profesional. El neoliberalismo se ha impuesto en América Latina destruyendo al estado. ¿De qué forma? Desmantelando agencias gubernamentales; rematando o malvendiendo empresas públicas, en muchos casos superavitarias; derogando legislaciones y normas de regulación de la actividad económica concebidas para garantizar un mínimo de equidad y protección para los ciudadanos; mediante el despido masivo de empleados públicos, pagando en ciertos casos la correspondiente indemnización contra-

yendo deuda externa con el Banco Mundial; desjerarquizando la carrera administrativa; satanizando moral y políticamente al estado, concebido como una esfera intrínsecamente corrupta y necesariamente ineficiente de la vida social, contrapuesta a la supuesta pureza del mercado y la sociedad civil; convalidando su crónica fragilidad financiera, asentada sobre su ancestral incapacidad para cobrar impuestos a los ricos.

La conclusión irrefutable es que con un estado en estas condiciones no es posible gestionar con un mínimo de racionalidad la acumulación capitalista, y ni hablar de tratar de construir un paradigma de políticas económicas y sociales alternativo. Como lo prueba la experiencia del África subsahariana, luego de la obra destructiva del Consenso de Washington los restos que quedan del estado ni siquiera son capaces de canalizar la ayuda de la cooperación internacional hacia la masa de los indigentes generados por el neoliberalismo. En tal situación, los estados de América Latina no pueden ni recaudar donde deben (como ocurre en los países del capitalismo metropolitano, que tienen una estructura progresiva de tributación en la cual los más ricos pagan más impuestos); ni gastar juiciosamente lo poco que recaudan (la prueba la otorgan las voluminosas partidas no ejecutadas que, año tras año, se acumulan en los presupuestos de los estados); ni asegurar un nivel elemental de administración racional de la vida social (garantizando, por ejemplo, acceso a agua potable, servicios sanitarios, salud pública, educación, seguridad, justicia, etcétera). La refundación del estado, en consecuencia, es un imperativo insoslayable de la hora actual.

Podría objetarse que un estado capitalista "debe" funcionar de esta manera, porque así es funcional a las necesidades de una burguesía rapaz y predatoria y a la estrategia del imperialismo. Y que mientras no se modifiquen radicalmente las condiciones políticas prevalecientes en la región, abriendo la posibilidad de construir un estado de nuevo tipo, cualquier tentativa de reforma estatal que no reconstruya al estado desde su raíz adolecerá de los mismos defectos. En otras palabras: la reconstrucción

del estado puede hacerse –luego de la gran crisis social, económica y política experimentada en nuestros países y que colocó al neoliberalismo en una postura defensiva–, pero a condición de que la misma repose sobre nuevas premisas que potencien la presencia de los intereses populares, viabilicen el fortalecimiento de la ciudadanía y posibiliten un control efectivo de los mercados y de los agentes sociales del imperialismo y la reacción. Suponer que estas tareas pueden ser postergadas hasta un eventual triunfo de una revolución socialista equivale a convalidar el gigantesco holocausto social y ecológico actualmente en curso en nuestros países. Debemos plantearnos una estrategia de salida de la crisis sin más dilaciones. Si es mediante una alternativa revolucionaria tanto mejor; pero si tal camino estuviera por ahora bloqueado, entonces deberemos hacerlo impulsando una agenda audazmente reformista que sirva para instalar en otro nivel las luchas sociales de nuestro tiempo.

b) *Anulación de la deuda externa*. Se trata de un asunto en el que la evidencia es abrumadora. Según Eric Toussaint, entre 1980 y 2000 los pueblos del Tercer Mundo enviaron a sus acreedores del Norte ¡una suma equivalente a 43 planes Marshall! Los países de América Latina y el Caribe han pagado entre cinco y seis veces la deuda externa original, y sin embargo están más endeudados que antes. Este perverso "milagro económico" ha tenido gravísimas consecuencias sobre la región, al aumentar exponencialmente el número de pobres e indigentes y comprimir los horizontes vitales de la gran mayoría de nuestra población, aun de aquellos que se hallan por encima de la raquítica "línea de la pobreza" usualmente considerada para discriminar quienes son pobres e indigentes y quienes no lo son. Resulta que entre los últimos hay grandes sectores sociales que, habiendo escapado al flagelo de la pobreza y la indigencia, viven aún muy por debajo de las condiciones en que podrían hacerlo dadas las posibilidades que hoy ofrece el desarrollo de las fuerzas productivas. Tal como lo asegurara el presidente Fidel Castro en 1985, la deuda externa se ha convertido

en una verdadera hemorragia económica y financiera de extraordinarias proporciones, en una absurda obligación totalmente impagable, cualesquiera sean los sacrificios que los gobernantes impongan a sus pueblos para hacerlo. Las exacciones derivadas de una deuda ilegal, inmoral y tramposa son superiores inclusive a las impuestas a Alemania al finalizar la Primera Guerra Mundial. Pero la deuda externa ha también significado, en la práctica, un eficaz mecanismo mediante el cual el mundo desarrollado, y principalmente EE.UU., succiona excedentes de nuestros países para sostener su crecimiento y financiar su déficit y sus niveles de consumo. Por otro lado, la deuda ha sido asimismo un oportuno instrumento de disciplinamiento de los países deudores, obligados a adherir a los preceptos del Consenso de Washington por las "condicionalidades" incorporadas en los diversos préstamos de las mal llamadas "instituciones financieras internacionales", como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, en realidad dóciles tentáculos del Departamento del Tesoro de EE.UU. Doble función pues de la deuda externa: dispositivo de succión de excedentes y mecanismo de sujeción política de los países de la periferia. Es preciso cortar este nudo gordiano de raíz.

Diversos estudios realizados en los últimos tiempos, especialmente el que presenta Eric Toussaint en *La bolsa o la vida* (2004), demuestran concluyentemente lo anterior. También, la falacia del chantaje que suele esgrimirse para forzar a los gobiernos del Tercer Mundo a "honrar sus compromisos" so pena de ser "responsables" del colapso del sistema financiero internacional, ocultando el hecho de que algo más del 90% de toda la deuda existente en dicho sistema se origina en EE.UU., la Unión Europea y Japón. El default simultáneo de todos los países del Tercer Mundo daría lugar a un pequeño ajuste. El problema real, lo que podría causar el desplome del sistema financiero internacional, es el endeudamiento del Norte; pero hasta hace poco tiempo era de muy mal gusto hablar de estas cosas. La fenomenal crisis desencadenada en EE.UU. por las hipotecas *sub-prime* está comenzando

a demostrar dónde reside realmente la falla geológica del sistema financiero internacional, y no es precisamente en el Tercer Mundo donde esta se localiza.

Por último, conviene recapitular las enseñanzas que deja la guerra de Irak. La Casa Blanca, con la ayuda de sus adláteres europeos, se apresuró a condonar la deuda pública de ese desgraciado país arrasado por la rapiña imperialista. Para ello acudieron al expediente de la "deuda odiosa". Sin embargo, haciendo gala de una desfachatez pocas veces vista en la escena internacional, y de un escandaloso "doble standard" para juzgar idénticas situaciones, la deuda contraída por las dictaduras latinoamericanas –desde Haití a la Argentina y Chile, pasando por casi todos los demás países– no puede acogerse a los beneficios que entraña la tesis de la "deuda odiosa" y por lo tanto debe ser pagada puntualmente. En síntesis: no hay criterios "serios y objetivos" para el tratamiento de la deuda externa sino simples conveniencias económicas y políticas. La anulación unilateral de la deuda es, pues, una medida concreta, viable, posible y necesaria si nuestros países quieren cambiar el rumbo de la historia. En este sentido, las lecciones que pueden extraerse de la experiencia argentina posterior al *default* declarado a fines de 2001 son sumamente ilustrativas: pese al griterío de las instituciones financieras internacionales y sus voceros, que alertaban sobre los riesgos de un colapso inminente del país, la economía comenzó a recuperarse vigorosamente de la crisis sin la "ayuda" que otrora le prestaban los capitales que acudían en tropel atraídos por las extravagantes tasas de interés ofrecidas por las autoridades monetarias. El repudio de buena parte de la deuda fue, en la práctica, uno de los motores más importantes de la reactivación económica de estos últimos años.

c) *Políticas de combate a la pobreza, no a los pobres.* Un rasgo decisivo de una política económica posneoliberal debe ser la voluntad y firme decisión de situar al combate contra la pobreza como una de las prioridades absolutas de la agenda gubernamental. Esto significa elabo-

rar e implementar una política de ingresos, con carácter universal, que reconstituya el nivel de vida de grandes sectores de las sociedades latinoamericanas que padecen el flagelo de la pobreza con todas sus secuelas: exclusión social, superexplotación, marginalidad, inseguridad, discriminación, etc. Es imprescindible abandonar las orientaciones predominantes hasta ahora en la mayoría de los países –con las conocidas excepciones de Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador, que están ensayando otras fórmulas– que, en línea con lo aconsejado por el BM, adoptan esquemas "focalizados" para atacar un problema que en varios casos afecta a más de la mitad de la población[17]. Sin la protección social establecida en los marcos del estado keynesiano, el capitalismo se ratifica como lo que es: una máquina imparable de fabricar pobreza. Sólo la intervención consciente del estado puede compensar las tendencias polarizantes y pauperizantes de la lógica de los mercados, recomponiendo ingresos, expandiendo el empleo o garantizando el acceso universal, por una vía no mercantil, a bienes y servicios básicos. La teoría del "derrame" proclamada por los teóricos del neoliberalismo ha demostrado ser una maligna superstición destinada a engañar a los ingenuos y manipular la conciencia del común de las gentes. Uno de los estudios más citados sobre este tema demuestra que a lo largo de quince años de ajuste neoliberal, entre 1980 y 1995, el 1% más pobre de las sociedades latinoamericanas pasó de ganar 184 dólares (valores constantes del año 1985) a ganar 159 de la misma moneda en 1995, mientras que el 1% más rico crecía de 43.685 a 66.363 en el mismo período. Si al inicio de este prolongado pe-

17 Si en lugar de las medidas convencionales utilizadas por el BM (y, a partir de su ejemplo, por casi todas las agencias y consultoras dedicadas al tema) para medir la pobreza y la indigencia que se basan en dos dólares y un dólar diarios respectivamente –o, como sucedáneo, una "canasta básica" de alimentos concebida por organismos oficiales con gruesas subestimaciones de los consumos necesarios para una vida razonablemente digna– se empleasen criterios más realistas y exigentes, la proporción de pobres e indigentes en América Latina superaría fácilmente, en conjunto, las dos terceras partes del total de la población. En relación con este tema ver Reddy (2007).

ríodo el 1% superior obtenía un ingreso anual 237 veces superior al del 1% inferior, con la maduración del ajuste neoliberal esta diferencia había crecido a 417 veces, desmintiendo categóricamente todas las posibles fantasías acerca de un "efecto derrame" que beneficiaría a los más pobres. Tendencias similares se observan en otras mediciones aportadas por estos mismos autores. Por ejemplo, estimaciones realizadas demuestran que entre 1980 y 1995 el decil inferior en la distribución de ingresos en América Latina pasó de percibir el 1,1% del ingreso nacional a captar el 0,8%, al tiempo que el decil inmediatamente superior también bajó de 1,9 a 1,7%. Tendencias semejantes se muestran en los tres deciles siguientes, con lo cual se puede concluir que durante el auge de las políticas neoliberales la mitad más pobre de las sociedades latinoamericanas vio declinar su participación en el ingreso nacional desde un 14,5 a un 13,4% entre 1980 y 1995 (Londoño y Székely, 1997: 9-13)[18].

Ahora bien: si el costo de las actuales políticas de ajuste fue un holocausto social sin precedente, ¿qué juicio merecen las políticas sociales "ortodoxas" ensayadas para reducirlo? Por sumario que sea el balance, lo menos que puede decirse es que el paradigma de la política social impulsado desde Washington adoleció de gravísimos defectos que contribuyeron en no menor grado a empeorar la situación. Su fracaso ha sido estruendoso, pues de otro modo la pobreza no hubiera escalado sus números como lo ha hecho. Los recortes en los presupuestos públicos, la supresión lisa y llana de viejos programas, la focalización y la privatización de la gestión de las políticas sociales y la descentralización parecen haber sido impotentes no ya para erradicar la

18 Lamentablemente, el sugestivo trabajo de Juan Luis Londoño y Miguel Székely no fue continuado en la década siguiente por el BID. En general, lo que nota el estudio es que trabajos detallados sobre la pobreza y la desigualdad de ingresos han sido progresivamente sustituidos por estudios mucho más genéricos sobre la pobreza, con mediciones muy discutibles y que, en realidad, ocultan más de lo que enseñan. Si los datos de Londoño y Székely fueran actualizados, seguramente arrojarían resultados aún más escandalosos.

pobreza, sino apenas para impedir que siga aumentando. La economista Laura Tavares señaló las principales insuficiencias y limitaciones de las políticas ortodoxas, entre las cuales cabe destacar las siguientes:

- En primer lugar, la filosofía que preside el paradigma ortodoxo de las políticas sociales cuya premisa es que no es competencia del estado garantizar el bienestar de los individuos, sino que esa es una responsabilidad de los propios individuos, sus familias y los grupos privados a los que los sujetos pertenecen. Consecuentemente, no es una tarea de la que deba hacerse cargo el gobierno, salvo en casos extremos y siempre de manera transitoria. De ahí que bajo el influjo del paradigma de políticas sociales del neoliberalismo las limitadas intervenciones gubernamentales estén siempre presididas por una voluntad privatizadora, manifestada de diversas maneras: desde la "tercerización" de prestaciones sociales hasta el financiamiento a entidades privadas, las "ONG", para que se hagan cargo de la administración de las políticas sociales focalizadas, pasando por esquemas en los que se subsidia módicamente a los beneficiarios para que, con los *vouchers*, elijan al actor privado que habrá de satisfacer sus necesidades.
- La mala distribución y la baja cobertura de los programas sociales, en contextos en los cuales la pobreza afecta a más de la mitad de la población, cuestión esta que hace que programas altamente segmentados, focalizados y descentralizados (en países de fuerte tradición centralista, y en los cuales las autoridades locales no disponen siquiera de los recursos más elementales) sean incapaces de responder a las necesidades societales.
- El carácter insolidario de los esquemas de seguridad social, que excluye a los no contribuyentes, en condiciones en que la mayoría de la población económicamente activa de la región se desempeña en la informalidad, la precarización laboral o el trabajo "en negro".

- La existencia de una antidemocrática estratificación de los beneficiarios de la seguridad social y la protección médica según el valor de las contribuciones aportadas, lo que reproduce la desigualdad social preexistente e inhibe la función redistributiva y ciudadanizante que deberían tener dichos programas.
- La ausencia de protección económica en situaciones de desempleo, que condena a grandes masas de la población latinoamericana a la indigencia. Cabe destacar que no sólo la proporción de los desempleados que recibe un seguro de desempleo es muy reducida, sino que el monto del mismo es también insuficiente.
- Por último, no puede dejar de mencionarse la inadecuada financiación existente para estas rudimentarias políticas sociales. Se trata de recursos financieros obtenidos mediante mecanismos de tipo regresivo, que descargan parte de su peso en las propias víctimas del sistema y que son a la vez insuficientes y altamente inestables. En no pocos casos esos financiamientos provienen de empréstitos del BM o del BID que van a abultar el monto de la deuda externa de nuestros países (Tavares, 2003).

Ante esta situación es preciso no perder de vista que el empleo es la fuente casi exclusiva de ingreso de la abrumadora mayoría de la población. El empleo es un intermediario de los derechos sociales, asegura la capacitación profesional, la identidad personal y la inserción social. El adecuado tratamiento de la problemática del empleo es, por ello, de vital importancia. Dadas las conocidas insuficiencias de los mercados en todo lo atinente al trabajo, le cabe al estado una responsabilidad fundamental en el diseño de una política integral que responda a los grandes desafíos emanados de las transformaciones ocurridas en el mundo del trabajo en las últimas décadas. Entre ellas, se cuenta la tendencia a la expulsión de un número cada vez mayor de personas del proceso económico, lo que genera la presencia de una masa de "ciudadanos redundantes" que no sólo consti-

tuye una flagrante injusticia sino que también origina significativas pérdidas económicas al paso que deteriora seriamente la legitimidad del orden democrático. El aumento de la productividad deja de ser un elemento positivo cuando sus ganancias tienen como resultado la reducción de la demanda de empleo, la desvalorización del trabajo y la disminución de los costos laborales. Por otra parte, la ampliación y diversificación de los modos de organización familiar y cultural (fuera del proceso económico y, por ende, no valorados en una relación capitalista de empleo) añaden nuevas tensiones sobre el mercado de trabajo que requieren la asistencia de adecuadas políticas estatales.

d) *Reforma tributaria*. Adoptar un nuevo paradigma de política social supone garantizar los recursos necesarios para su financiamiento. América Latina y el Caribe es la región del planeta con mayores índices de desigualdad e inequidad social, verdad esta reconocida inclusive por las usinas ideológicas del neoliberalismo y por todas las agencias internacionales, aun las más cautelosas en sus denuncias sobre la situación imperante en la región. Sin embargo, un espeso manto de silencio se extiende sobre el escandaloso carácter regresivo de la estructura tributaria de nuestra región. Se trata de un tema sobre el cual apenas se habla, pero que clama al cielo. Una somera revisión de la literatura especializada producida por la CEPAL, el BID y otras instituciones afines al Consenso de Washington es suficiente para comprobar los alcances del inmenso vacío de estudios y trabajos existentes sobre este tema. Se estima que, por ejemplo, el impuesto a las ganancias corporativas, que en los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) asciende a una proporción que oscila en torno al 15% del PBI, en nuestra región apenas si orilla el 3%. En cada uno de nuestros países el gasto público se financia principalmente con impuestos al consumo, que no discrimina entre ricos y pobres, ocupados y desempleados, integrados y excluidos. Las recomendaciones del Consenso de Washington se dirigen exclusivamente

a ampliar la base tributaria de los sectores asalariados y capas medias, pero nunca a redefinir el perfil de la tributación de una manera progresiva. Por lo tanto, ante esta situación, los estados latinoamericanos lidian permanentemente con una alarmante fragilidad financiera que les impide contar con los recursos indispensables para encarar las tareas que les son propias.

Según diversos estudios en América Latina, la proporción de impuestos indirectos sobre el total viene creciendo ininterrumpidamente desde comienzos de la década del noventa. En una reciente intervención en el Foro América Latina-Unión Europea, el secretario ejecutivo de la CEPAL, José Luis Machinea, planteó que en nuestra región la carga impositiva alcanza en promedio 18% del PIB (22% cuando se incluyen otros recursos mayoritariamente provenientes de la renta de los recursos naturales), muy por debajo del 40% de la UE y del 35% de la OCDE. Además, el peso de los impuestos indirectos –eminentemente regresivos– en América Latina es mucho mayor que en Europa, llegando aproximadamente al 70% de la recaudación. La consecuencia es que la distribución del ingreso después del pago de impuestos en América Latina es similar, en promedio, a la distribución de ingresos antes del pago de impuestos; por su parte, en los países de Europa, el coeficiente de Gini de la distribución de ingresos mejora alrededor de 6 puntos después del pago de impuestos. Por otro lado, en América Latina el gasto público mejora el coeficiente de Gini de la distribución del ingreso en poco más de 2 puntos, mientras que en Europa lo mejora en alrededor de 13 puntos. En otras palabras, las transferencias vía el sector público son la principal fuente de redistribución en Europa y tienen un impacto menor en América Latina[19]. En consecuencia, la cuarta medida de un programa de salida de la crisis debe ser, por razones de justicia, equidad y eficacia administrativa, la introducción de

19 Ver más detalles sobre estos datos en Inwent - Capacitación y Desarrollo Internacional, Alemania <www.inwent.org>.

una reforma tributaria que acabe con la iniquidad del sistema imperante.

Para que esto sea posible se necesita implementar una política de alianzas encaminada a aislar a los sectores más concentrados del capital, grandes beneficiarios de la situación actual. Por supuesto, la reacción de "los mercados", es decir, de los monopolios y oligopolios que los controlan a su antojo, será sumamente violenta. Pero, eso va de suyo, cualquier gobernante de la región debería saber que, por más inocua e inocente que sea una medida, basta con que la misma despierte la sospecha o la suspicacia de las clases dominantes, o que su mera retórica no sea de su agrado, para que se ponga en marcha una infernal operación política que no excluye la seducción, el soborno, el chantaje, la cooptación, atentados terroristas y amenazas de todo tipo. En línea con lo que hace casi cinco siglos observara Nicolás Maquiavelo, quien pretenda "gobernar bien", es decir, en nombre del bien común y de los intereses generales de la sociedad, deberá estar preparado para enfrentarse a la lucha sin cuartel de los representantes del viejo orden. En América Latina, "gobernar bien" significa gobernar con los pobres y en contra de los ricos y los poderes establecidos. Por eso, cuando el presidente Hugo Chávez reúne en su contra a la Embajada de EE.UU., las grandes cámaras empresariales, los monopolios mediáticos, las centrales sindicales corruptas y la desprestigiada jerarquía de la iglesia católica, estamos frente a una clara indicación de que el gobierno de la Revolución Bolivariana va por el buen camino.

e) *Relanzamiento de una política de inversiones públicas* en educación, salud, infraestructura, vivienda, recreación, seguridad social, etc. La reconstitución del estado, sus agencias y aparatos, y la reorganización y jerarquización de su personal, unidas a un acrecentado flujo de recursos genuinos como producto de la reforma tributaria, exigen relanzar el languideciente gasto público en la región. A nadie se le escapa que como producto de la debacle financiera, detonada por la crisis de la

deuda y agravada por las políticas ortodoxas de ajuste y estabilización, el gasto público de nuestros países se destaca por su insuficiencia. Por supuesto, hay variaciones significativas entre los diferentes casos nacionales, pero la tendencia general es la misma. La inversión en educación, por ejemplo, ha declinado si se la considera en términos per cápita. Nuestra región se compara desfavorablemente con los países del Sudeste Asiático en ese rubro y, en algunos casos, las cifras son inclusive inferiores a las que registran algunos países de África y Asia meridional. ¿Hay alguna razón por la cual no se pueda poner fin a esta situación? Ninguna. Se trata, simplemente, de una cuestión financiera. El estado carece de recursos. Y eso ocurre porque, como se dijo anteriormente, recauda poco y mal entre quienes menos tienen. Dado que para salir del subdesarrollo uno de los factores más importantes es el aumento del nivel general de educación y preparación de la fuerza de trabajo, la penuria de los presupuestos educativos no hace sino perpetuar el círculo vicioso de la pobreza y el subdesarrollo.

Idénticas consideraciones podrían hacerse en relación al gasto en investigación científica y desarrollo tecnológico, salud, seguridad social, justicia, infraestructura y toda una serie de ítems en los que los indicadores demuestran el rezago de los países de la región. La brecha entre los países de la OCDE y los de América Latina medida por la inversión en investigación y desarrollo tecnológico es mucho mayor que la que existe cuando esta es medida por indicadores como el ingreso per cápita. La mejoría que demuestran algunos indicadores de salud, como por ejemplo la disminución de la tasa de mortalidad infantil, queda desmentida cuando se observan otros de carácter más general y que hablan de una población subalimentada, víctima de enfermedades medievales y para la cual la atención médica, en rápido proceso de mercantilización, se convierte cada vez más en una alternativa inaccesible. Una somera indicación de las deficientes condiciones de la alimentación y la salud de la población la ofrece la paupérrima performance de los deportistas de los países más poblados del continente en los últimos juegos olím-

picos de Grecia en 2004, sobre todo cuando se la compara con los logros obtenidos por su contraparte de Cuba. Esta, pese al criminal bloqueo al que se ve sometida desde hace casi medio siglo, obtuvo un número de medallas incomparablemente superior al de los demás países de la región, aunque su población sea sólo una fracción de la de aquellos. ¿Cómo explicar que, bajo esas condiciones, la tasa de mortalidad infantil de Cuba sea tan baja y, en algunos casos, incluso inferior a la de los países desarrollados? Un reciente informe de UNICEF demuestra que en 2005 la tasa de mortalidad de los menores de un año en Cuba era de 6 por mil, mientras que en Argentina era 15 por mil, en México 22 por mil y en Brasil 31 por mil. Canadá tenía una tasa de 5 por mil, Japón de 3 por mil y EE.UU. –¡sin bloqueo!– presentaba una tasa exactamente igual a la cubana: 6 por mil (UNICEF, 2007: 102-105).

¿Cómo explicar este "milagro" cubano? La respuesta: porque en Cuba existe una voluntad política de combatir ese flagelo y, aun bajo las durísimas condiciones impuestas por el bloqueo, esos logros son posibles. ¿Por qué no se evidencian avances semejantes en el resto de América Latina? Porque al tope de las prioridades de las sedicentes "democracias latinoamericanas" no figura la salud pública sino la necesidad de atraer capitales, nacionales y extranjeros, y de seducirlos con políticas cuya contrapartida es el deterioro de las condiciones de vida de la población. Consideraciones semejantes podrían hacerse rubro por rubro, pero no es este el objetivo de nuestro trabajo. Queda, como conclusión, la necesidad de relanzar el gasto público y las inversiones del estado, revirtiendo la tendencia del último cuarto de siglo que exaltaba las virtudes de la "retirada" del estado, del achicamiento del mismo y de la "privatización" de los servicios y de antiguos derechos ciudadanos. Un componente esencial de la agenda posneoliberal lo constituye, precisamente, el aumento del gasto público y el creciente y diversificado papel del estado en la vida económica y social.

f) *Reforma agraria*. Si algo ha demostrado el desarrollo de las luchas de clases en la región en los últimos años

ha sido el papel cada vez más importante de los movimientos indígenas y campesinos. Estos han tenido un rol protagónico en países como Bolivia y Ecuador, en los cuales la insurgencia de aquellos ocasionó la caída de los gobiernos de Sánchez de Lozada y Bucaram y Mahuad, respectivamente. En algunos otros países la presencia de organizaciones campesinas también ha sido sumamente significativa, especialmente en Guatemala, Nicaragua, Colombia y Perú. En Brasil, los trabajadores sin tierra constituyen hoy por hoy el más formidable movimiento de masas de toda América Latina. Su composición incluye, además de los campesinos tradicionales, a los trabajadores rurales sin tierra, una formación socioeconómica distinta pero cuyas reivindicaciones coinciden con las de los primeros. Situación más o menos similar se vive en Paraguay. En otros países los movimientos de base indígena han adquirido una presencia notable ante la relativa pasividad de las clases populares agrarias. El ejemplo más notable en este sentido es la lucha del pueblo mapuche en Chile. En México, en el otro extremo del continente, el componente campesino e indígena se hace presente en la totalidad de las diversas corrientes de protesta y movilización que agitan a ese país desde el ingreso al NAFTA, siendo el caso de los zapatistas aquel en el cual esta presencia ha adquirido mayor notoriedad.

Lo que se desprende de esta ojeada panorámica en torno a los problemas que plantea la "nueva ruralidad" en la región (Giarracca y Levy, 2004) es que el problema de la tierra sigue siendo de fundamental importancia y gran actualidad para América Latina. La acelerada penetración del capitalismo en el campo, lejos de haber disuelto la cuestión agraria, no ha hecho sino exacerbarla cada vez más. Los problemas no sólo no se solucionaron, sino que se agravaron. Quienes esperaban que la llamada "modernización neoliberal" y los vientos de la globalización propiciaran el surgimiento de una vigorosa capa de *farmers* latinoamericanos no pueden disimular su frustración. En lugar de ello, el inventario de dificultades con que se enfrenta el agro latinoamericano es apabullante: creciente concentración y extranjerización de la propie-

dad de la tierra; dominio incontestado del agronegocio; inexistencia de créditos para los pequeños y medianos productores; masiva expulsión de campesinos, pequeños propietarios y trabajadores rurales, que agravan el gigantismo de grandes metrópolis como Ciudad de México y San Pablo; avance incontenible de la erosión de la tierra, producida por monocultivos para la exportación como la soja; destrucción de la selva tropical; crisis en el aprovisionamiento de agua; desequilibrios ecológicos causantes de inundaciones, deslaves y sequías, que cobran numerosas víctimas entre los sectores populares; introducción de transgénicos y creciente "patentamiento" de los recursos naturales, con las consecuencias que de ello se derivan. ¿Quién dice pues que la cuestión agraria "ha salido" de la agenda de las luchas populares en América Latina? Una reforma agraria es hoy más necesaria que nunca (Chonchol, 2004). Así lo ha entendido, en fechas recientes, el gobierno del presidente Hugo Chávez en Venezuela. Así lo entendió la Revolución Cubana desde los inicios de su gestión. Reforma agraria que no significa tan sólo el reparto de la tierra, condición necesaria pero insuficiente para encarar la problemática del agro. Significa también expansión del crédito para pequeños y medianos productores, regulación del uso de la tierra y las aguas, y reforma de los mecanismos de comercialización de la producción agropecuaria, entre otras cuestiones fundamentales.

g) *Reconstrucción de los marcos regulatorios de los mercados*. Este es uno de los temas cruciales que también exige urgente respuesta. Las políticas neoliberales no sólo desmantelaron estados y destruyeron agencias gubernamentales. También entregaron el control de la vida económica a las grandes empresas y los monopolios, sea por la vía de las privatizaciones como por medio de la desregulación de los mercados. En abierto contraste con lo que ocurre en el mundo de los capitalismos desarrollados, donde aun los gobiernos más recalcitrantemente neoliberales mantienen estrictos controles sobre el funcionamiento de los mercados, en la periferia el avance del neoliberalismo significó la destrucción de

casi toda forma de control y regulación. Agencias encargadas de controlar medicamentos y alimentos fueron suprimidas y las que sobrevivieron fueron privadas de recursos y personal para cumplir su misión; los marcos normativos que regulaban las actividades económicas fueron "flexibilizados" hasta convertirlos en totalmente irrelevantes; los controles de calidad y precio de los servicios privatizados se quedaron en el plano meramente retórico, y así sucesivamente.

Especial mención merece el tema de la desregulación financiera, que al abrir la cuenta de capitales expuso a las economías de la periferia a los avatares del sistema financiero internacional. Como se sabe, este es de naturaleza eminentemente especulativa. Según Peter Drucker, un hombre estrechamente ligado al mundo de los negocios de EE.UU., el 95% de las operaciones del sistema financiero internacional son netamente especulativas y se encuentran totalmente disociadas de las necesidades de los procesos productivos. Tal como lo hemos expuesto ampliamente en otros escritos, la desregulación de la cuenta de capitales ha sido el vehículo principal a partir del cual el capital financiero pasó a comandar el proceso de acumulación a escala mundial, lo que hoy en día llamamos "globalización" (Boron, 2001: 31-62). Como oportunamente señalan Panitch y Gindin en un artículo publicado en la *Socialist Register 2004*, fue precisamente la desregulación financiera el mecanismo económico que permitió consolidar la hegemonía de EE.UU. al interior del bloque imperialista mundial. El otro elemento, sin duda, fue la aplastante superioridad tecnológica y logística de las fuerzas armadas norteamericanas, únicas capaces de operar con cierta eficacia a escala planetaria (Panitch y Gindin, 2005: 41-48). Un modesto correctivo de las distorsiones y perturbaciones ocasionadas por la desregulación financiera es ofrecido por la tasa Tobin. En efecto, la aplicación de un impuesto de apenas 0,5% sobre las transacciones que tienen lugar en los mercados cambiarios internacionales –que mueven cada día una cifra que oscila, en una estimación conservadora, los 2 millones de millones (es decir, dos billones en

lengua española) de dólares (la abrumadora mayoría de las cuales, como asegura el propio Drucker, son de carácter netamente especulativo)– serviría para crear recursos genuinos del orden de los 500.000 millones de dólares anuales. Esta cifra equivaldría, en dinero actual, a aproximadamente seis planes Marshall por año, y si bien estos no resolverían todos los problemas que hoy abruman a las naciones del Tercer Mundo, pocas dudas caben de que sería de gran ayuda. Sostenida a lo largo de los años, una tasa Tobin tan insignificante desde el punto de vista de los capitales, como la del 0,5%, podría potencialmente ser un instrumento de gran eficacia para combatir la pobreza, atacar enfermedades y defender el medio ambiente, todo lo cual se vería facilitado por la gran concentración de las operaciones cambiarias en un puñado de grandes centros financieros internacionales.

Va de suyo que la tasa Tobin no podría ser considerada como una medida de tipo socialista, ni tampoco es una iniciativa que pueda adoptar unilateralmente un gobierno. La coordinación internacional de esfuerzos es una condición ineludible. Pero, mientras esto se logra, sería importante que los gobiernos pugnaran por introducir nuevas regulaciones en los mercados financieros internacionales. La eventual aplicación de la tasa Tobin, un tema que ya comienza a estar en la agenda pública de varios gobiernos europeos –y que, por lo tanto, no habría que considerar como una idea excéntrica–, implicaría un gran avance ante la actual "irracional exhuberancia de los mercados", como dijera nada menos que el ex *chairman* del Federal Reserve Board de EE.UU., Alan Greenspan. Además, señalaría un saludable cambio de tendencia en las relaciones económicas internacionales puesto que tendría la virtud de romper un tabú, sometiendo a discusión un tema que se encuentra herméticamente sellado y que puede ser el punto de partida para medidas más radicales que tengan por finalidad controlar el capital financiero internacional[20].

---

20 Para ahondar en esta temática, nos permitimos sugerir la lectura de un notable texto del politólogo finlandés Heikki Patomäki (2002),

En todo caso, y yendo más allá de los detalles específicos del caso, es imprescindible instituir un nuevo modelo de regulación. Como bien lo señalara Samir Amin, la llamada "desregulación" del neoliberalismo no es otra cosa que la regulación que los grandes conglomerados empresariales imponen sobre los mercados, disimulada tras el manto ideológico de una supuesta "desregulación". De lo que se trata es de que aquella sea instituida por un estado democrático atendiendo a las necesidades del bienestar general de la población y no, como ocurre con la regulación empresarial actualmente en vigor, a las de la rentabilidad del capital en detrimento de los pueblos y el medio ambiente.

h) *Una nueva estrategia de desarrollo*. Cualquier gobierno que aspire a superar el penoso legado del neoliberalismo deberá impulsar una nueva estrategia de desarrollo basada en la reconstitución del mercado interno. Ningún país ha crecido ni se ha desarrollado sobre la base del crecimiento de las exportaciones. En este sentido, el veredicto de la historia es inapelable: tanto en los capitalismos metropolitanos como en la hasta ahora única y excepcional experiencia exitosa de tránsito del subdesarrollo al desarrollo, el caso de Corea del Sur, lo que hizo posible tales logros fue la combinación de un agresivo desempeño exportador con un sostenido fortalecimiento del mercado interno. Por si las comparaciones internacionales no fuesen suficientes, la historia latinoamericana desde finales del siglo xix hasta mediados del siglo xx aporta antecedentes irrebatibles que demuestran las insalvables limitaciones del "crecimiento hacia afuera". ¿No fueron acaso, en su momento, países como Argentina, Chile y Uruguay señalados como destinados a alcanzar gracias a sus éxitos en materia de exportaciones agro-mineras los niveles de desarrollo existentes en Europa y EE.UU. en las primeras décadas del siglo xx? Tal como lo documentara a mediados de los años cincuenta

---

quien examina detalladamente las posibilidades abiertas por la aplicación de la tasa Tobin a las transacciones financieras internacionales.

Aníbal Pinto en su brillante trabajo sobre la experiencia chilena, el de esos países fue "un caso de desarrollo frustrado": las exportaciones se multiplicaban, pero la economía no se desarrollaba y su vulnerabilidad externa se acrecentaba día a día (Pinto, 1957). La distancia entre esos "casos exitosos" del crecimiento hacia afuera latinoamericano y las economías capitalistas metropolitanas se agrandaba día a día. Y esto ocurría porque aquel carecía de un sustento interior que lo colocase al abrigo de las permanentes oscilaciones de los mercados internacionales, mucho más pronunciadas hoy que ayer. Era, para decirlo con las palabras de Agustín Cueva, un desarrollo "oligárquico-dependiente" que profundizaba la sujeción de las economías periféricas a los intereses y prioridades de los centros y que no tenía capacidad alguna para autosustentarse. ¿Hay alguna evidencia que nos permita inferir que hoy la situación se ha modificado radicalmente? Pensemos simplemente qué ocurriría si, como consecuencia de una crisis, el mercado norteamericano se cerrase súbitamente para países como los de Centroamérica y el Caribe, México, Colombia, Ecuador y, en menor medida, Chile. No hace falta ser un premio nobel de Economía para vaticinar que los resultados serían catastróficos. Bajo estas condiciones, ¿cómo no poner en cuestión la sabiduría convencional de la ciencia económica que celebra alborozada los "éxitos" de economías cada vez más dependientes, vulnerables, endeudadas y extranjerizadas? ¿O de economías que, en un número creciente de casos, han suprimido sus propias monedas o establecido regímenes cambiarios que, en la práctica, implican exactamente lo mismo?

Una estrategia posneoliberal de salida de la crisis tiene que partir del reconocimiento de las insalvables limitaciones que caracterizan al desarrollo del capitalismo en la periferia. Esto remite a un tema más amplio que, si bien no podemos tratar aquí, quisiéramos al menos esbozar en los siguientes términos: ¿es razonable suponer hoy, habida cuenta de toda la experiencia acumulada a lo largo de los últimos 150 años, que una estrategia de desarrollo capitalista podrá superar el subdesarrollo, la pobreza y la

espeluznante desigualdad que caracterizan a los capitalismos latinoamericanos? Nuestra tesis es que no; que, tal como lo apuntáramos en otro lugar, el capitalismo ya dio sus mejores frutos en un lugar, el mundo principalmente europeo, y en un tiempo, los "años dorados" de la segunda posguerra. Ese fue el mundo milagroso del "capitalismo keynesiano", pero ni aquel fue el lugar de América Latina y el Caribe, ni este es nuestro tiempo histórico. Entre nosotros la "modernización" del capitalismo ha significado profundizar los rasgos aberrantes que hoy lo tipifican: pobreza, exclusión, desigualdad, iniquidad, destrucción del medio ambiente, opresión, despotismo, sexismo, racismo, discriminación y así sucesivamente. Por ello, una salida de la crisis actual implica, necesariamente, acotar, recortar y, en la medida en que la correlación de fuerzas lo permita, suprimir los privilegios del capital, lo que en la práctica significa comenzar a construir el socialismo. No habrá resolución alguna de la crisis que nos agobia si no se pone en funcionamiento una estrategia que limite efectivamente el despotismo de los mercados y la primacía de los oligopolios y el imperialismo. De ahí que cualquier planteamiento que pretenda avanzar por el camino de un modelo alternativo de desarrollo sin confrontar con los capitalistas sea meramente ilusorio. Por eso mismo, pensar que se puede "gobernar bien" hoy en América Latina y el Caribe sin desafiar el poder de las grandes empresas que controlan los mercados a su antojo es una aspiración condenada de antemano al fracaso.

La trama política

Esta somera presentación nos permite visualizar la inconsistencia del discurso descalificador que sugiere que los críticos del neoliberalismo carecen de un proyecto alternativo. Los llamados "modelos" de política económica se organizan en torno a un núcleo de ideas esenciales que cumplen la función de establecer la orientación general de las políticas gubernamentales, fijar los objetivos concretos y puntuales impuestos en la coyuntura e identificar los instrumentos de política que deberán ser

utilizados para lograr las metas así determinadas. Surgido como producto de la Gran Depresión y el desempleo de masas, el paradigma "keynesiano" tenía como objetivo supremo el pleno empleo, y era la necesidad de garantizarlo lo que estructuraba el conjunto de políticas sociales y económicas de los gobiernos. Bajo el paradigma neoliberal, en cambio, los objetivos supremos son la estabilidad monetaria y la valorización financiera. Consecuentemente, todo el abanico de políticas públicas se redefine en función de estas metas. El posneoliberalismo gira en torno a un núcleo de valores tales como la justicia, la democracia, el bienestar público y el crecimiento económico, y es a partir de estos que debe elaborar un paradigma de políticas públicas apto para honrarlos.

La cuestión de las alternativas de salida al neoliberalismo plantea, por consiguiente, un problema que va más allá de la economía y que se resuelve en el plano de la política. Si las políticas neoliberales se sostienen es debido a que hay una correlación nacional e internacional de fuerzas que resulta muy difícil de neutralizar. El desarrollo reciente de un capitalismo cada vez más globalizado ha cambiado, en un sentido desfavorable para los intereses de las clases y capas populares, el escenario de las luchas de clases. Si bien estas nunca se libraron, en un sentido estricto, tan sólo en el ámbito nacional –recordemos, si no, las enseñanzas de la Comuna de París y la fulminante internacionalización de la lucha de clases en Francia–, en la actualidad la penetración de los factores internacionales es mucho más marcada. Y si esta tendencia es evidente en general, en el caso latinoamericano la presencia de EE.UU. como gendarme de las estructuras tradicionales de dominación y dependencia hace que su amenazante sombra se proyecte sobre los conflictos sociales de todos los países, sin distinción de tamaño o gravitación internacional. La larga historia de intervenciones militares norteamericanas en la región, a la que se suma la aún más voluminosa crónica de sus intervenciones encubiertas, es prueba suficiente de ello.

La ominosa presencia de factores internacionales tan negativos no significa, sin embargo, que los avances que

se registren en el tablero nacional de la lucha de clases estén condenados a la irrelevancia. Como lo hemos expresado en otro lugar (Boron, 2002), nada sería más erróneo que concluir que el imperialismo es invencible o inexpugnable. La heroica resistencia de Cuba a casi medio siglo de agresiones y hostilidades confirma la veracidad de esta tesis. El difícil avance de la Revolución Bolivariana en Venezuela aporta otro ejemplo sumamente importante en la misma dirección, y otro tanto puede decirse de los procesos en marcha en Bolivia y Ecuador, donde las políticas de desestabilización e inducción de crisis por parte del imperialismo en alianza con la reacción local comenzaron ya antes de que Evo Morales y Rafael Correa dieran inicio a sus gobiernos. La historia de América Latina y el Caribe es rica en procesos emancipatorios que, durante un tiempo al menos, lograron sostener políticas económicas y sociales inspiradas en valores y proyectos antagónicos al imperialismo: la Guatemala de Arévalo y Arbenz, Bolivia en 1952, Chile en 1970 y el triunfo del Sandinismo en Nicaragua en 1979 son otros tantos ejemplos de que hay alternativas y que el mundo puede ser reconstruido de otra manera. La derrota de estas experiencias –pues no se trató de un fracaso sino de una derrota, cosas muy distintas que a veces se confunden– se produjo bajo circunstancias que, si bien no han desaparecido del todo, son difícilmente reproducibles hoy. Una evaluación realista del imperialismo nos lleva a concluir que algunos de sus instrumentos tradicionales, como por ejemplo el golpe militar, son de muy escasa utilidad en el momento actual. Otros han surgido en su reemplazo: por ejemplo, la manipulación y el control mediáticos o el enorme peso del chantaje económico, los llamados "golpes de mercado". Pero ninguno de ellos ha logrado clausurar la historia.

El canto de sirena del "posibilismo" y el "reformismo"

Hechas estas consideraciones, cabe ahora preguntarse si, en la coyuntura actual, hay espacio para ensayar

políticas posneoliberales[21]. Los mandarines del pensamiento único insisten en decir que no. La respuesta, en realidad, tiene que ser matizada. En algunos casos es a todas luces positiva; en otros también, si bien con algunas reservas. Veamos el caso de Brasil. Los defensores del desdichado rumbo seguido por los gobiernos de Fernando H. Cardoso y Lula en política económica dicen que, debido al endeudamiento público y externo de Brasil y a su fragilidad financiera, el país necesitaba ganarse la confianza de los inversionistas internacionales para desencadenar un flujo de capitales que estabilizara al sector externo de la economía brasileña. A tal efecto el gobierno del presidente Lula designó como presidente del Banco Central del Brasil –¡asignándole luego, por primera vez en la historia brasileña, las prerrogativas e inmunidades inherentes a un cargo en el gabinete ministerial con el objeto de evitar que fuera a prisión!– a Henrique de Campos Meirelles, ex gerente general del Fleet Boston, "séptimo en importancia en los Estados Unidos y segundo en cuanto a la jerarquía de acreedores brasileños". No es un dato menor que, como lo recuerda Toussaint, Meirelles hiciera en 2002 campaña a favor de José Serra en la primera y también en la segunda vuelta electoral, a punto tal que el día de su designación al frente del Banco Central del Brasil su sitio de Internet todavía conservaba el llamado a votar por el rival de Lula en las elecciones presidenciales de 2002 (Toussaint, 2004: 328). En todo caso, la designación de este personaje y el rumbo adoptado por la política económica brasileña con el nuevo gobierno fueron señales inequívocas de la capitulación de Brasilia a los dictados del capital financiero internacional y los acreedores externos.

No sorprende, por lo tanto, leer el lapidario juicio emitido por el habitualmente sobrio historiador inglés Perry Anderson sobre este caso.

---

21 Esta sección retoma alguna de las ideas centrales que hemos desarrollado en "La izquierda latinoamericana a comienzos del siglo xxi: nuevas realidades y urgentes desafíos" (Boron, 2004a).

> El régimen de Lula podría ser considerado desde un cierto punto de vista como *la mayor desilusión sufrida por la izquierda mundial en este período*. El PT fue el último partido obrero de masas que surgió en el siglo xx […] Llegado al poder en el país más grande del continente, después de ocho años de una administración neoliberal que denunciara, el partido no ha conseguido romper con las mismas ortodoxias que han hecho de los bancos y a las instituciones financieras los grandes beneficiarios de su gobierno. Ninguna bolsa del mundo ha contabilizado ganancias tan estratosféricas como la de San Pablo, que se disparó hasta un 900% en el intervalo de cinco años (2008: 22-23).

Lo que seguiría en Brasil sería más de lo mismo, ratificándose el rumbo neoliberal adoptado por sucesivos gobiernos brasileños, si bien con un ligero matiz, especialmente al final del primer mandato de Lula: la extensión de la "bolsa familia", un esquema clientelístico que le aseguró los votos de los sectores más pauperizados y desorganizados del Brasil –especialmente en el nordeste– como contrapeso a su declinante influencia entre los sectores mejor organizados y más conscientes de las clases populares. Una expresión gráfica de esta tendencia surge prístinamente de las siguientes cifras: entre 1992 y 2002 la participación de los asalariados en el ingreso nacional brasileño descendió de 45 a 27%, al paso que pese a esta fenomenal reducción ellos aportan 55% de todo lo recaudado por concepto de impuesto a la renta en el Brasil (Toussaint, 2004: 331). Datos más recientes, aportados en una comunicación personal por Plinio de Arruda Sampaio, profesos titular de Economía en la Universidad de Campinas, demuestran que el programa benefició a 11,2 millones de familias y que su contrapartida fue el congelamiento de los gastos en salud y educación, que permanecen prácticamente en el mismo nivel, en términos reales, que en 1995. Según el Instituto Brasileño de Geografía y Estadísticas, 54 millones de personas se hallaban debajo de la línea de la pobreza hacia 2005, y unos 102 millones percibían un ingreso mensual por hogar inferior a un salario mínimo. Todo esto viene

a refutar la tesis del ex ministro de Hacienda de Lula, Antonio Palocci, cuando dijera, a poco de asumir su cargo: "vamos a cambiar esta economía sin cambiar la política económica". Lo sucedido en Brasil comprueba irrefutablemente que no se puede cambiar la primera sin hacer lo propio con la segunda.

La pregunta que surge inevitablemente es la siguiente: ¿no tenía el gobierno de Lula posibilidades de aplicar otra política? ¿No había alternativas? La resignación que impone el "posibilismo conservador" es insostenible a la luz de la experiencia práctica, porque, si hay un país que tiene todas las condiciones para ensayar exitosamente una política posneoliberal en el mundo, ese país es Brasil. Porque, si se llegara a demostrar que Brasil no puede, ¿quién podría? ¿El Ecuador de Rafael Correa? ¿El Frente Amplio en el Uruguay? ¿Evo Morales en Bolivia? ¿Fernando Lugo en Paraguay? ¿La Argentina de Cristina Kirchner? Brasil, en cambio, por sus inmensos recursos –agricultura, ganadería, competitividad industrial, tamaño territorial, población, desarrollo tecnológico, etc.–, si quiere, puede. Una evaluación realista de la supuesta racionalidad de la actual orientación de la política económica brasileña debería hacerse a la luz de lo ocurrido en la Argentina en los últimos años. Esto demostraría que lo que condujo a este país a la peor crisis de su historia no fue su actitud desafiante y "rebelde" ante el Consenso de Washington sino precisamente la total subordinación de la voluntad política y la gestión del estado a los caprichos y la codicia de los mercados.

Tal como reconocíamos en un análisis efectuado antes de la asunción de Lula a la presidencia, la tentación posibilista está siempre al acecho de cualquier gobierno animado por una vocación transformadora (Boron, 2003b). Ante la inmadurez de las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución, nota que caracteriza al momento actual no sólo de Brasil sino de la región, una mal entendida cordura impulsa a los reformistas "blandos" a contemporizar con los adversarios de clase y buscar en los entresijos del sistema alguna ruta de escape que evite una capitulación *tout court*. El pequeño problema

que presenta esta estrategia es que la historia nos enseña que después es imposible evitar el tránsito de este falso "realismo posibilista" al inmovilismo y, luego, a una catastrófica derrota política, aunque esta no necesariamente se exprese en lo inmediato en la arena electoral. Esto es lo que enseña la experiencia argentina con el gobierno de supuesta "centroizquierda" de la Alianza y, más generalmente, con los de la socialdemocracia en España, Italia y Francia. En el caso italiano, además, reiterado pocos meses atrás con el retorno de Silvio Berlusconi al poder por tercera vez y, poco después, con la elección de Gianni Alemanno para alcalde de Roma, candidato de un partido fascista.

En términos más generales, esta fue también la conclusión teórica a la que llegara nada menos que Max Weber al afirmar, en el párrafo final de su célebre conferencia "La política como vocación", que tal como "lo prueba la historia [...] en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez" (Weber, 1982). Las lúcidas palabras de Weber, tal vez la expresión más elevada del liberalismo conservador europeo, son tanto más importantes en un continente como el nuestro, marcado a fuego por la presencia inmediata del imperialismo norteamericano y unas clases dominantes que hicieron del despotismo y la intolerancia sus señas de identidad más conspicuas. Un continente en donde las enseñanzas de la historia demuestran de modo inapelable que hubo que intentar lo imposible para lograr modestos avances sociales; que se necesitaron verdaderas revoluciones para instituir algunas cautelosas reformas en las estructuras sociales de la región más injusta del planeta; y que, sin una utopía política audaz y movilizadora, los impulsos reformistas se extinguen, los gobernantes capitulan y sus gobiernos terminan asumiendo como su misión fundamental la decepcionante administración de las rutinas cotidianas, tarea que suelen encomendar a algunos de los economistas profesionales favoritos del *establishment* convenientemente amaestrados en alguna universidad norteamericana.

Conviene aclarar, dado lo escabroso del tema, que las esperanzas depositadas en un vigoroso reformismo, posible si hay voluntad política, no significan hacer oídos sordos a las sabias advertencias de Rosa Luxemburgo[22]. Al observar el panorama europeo, decía que las reformas sociales, por genuinas y enérgicas que sean, no cambian la naturaleza de la sociedad preexistente. Lo que ocurre es que, al no estar la revolución en la agenda inmediata de las grandes masas de América Latina y el Caribe; es más, al no estar la revolución instalada en el "clima de época" como sí lo estaba en los años cincuenta y sesenta, la reforma social se convierte, en la coyuntura actual, en la única alternativa disponible para hacer política. Pero la reforma, bien recordaba nuestra autora, no es una revolución que avanza lentamente o por etapas hasta que, con la imperceptibilidad del viajero que cruza la línea ecuatorial –para seguir con la famosa metáfora de Eduard Bernstein–, se llega al socialismo. Quienes abriguen excesivas ilusiones acerca de la productividad de las reformas deberían recordar las lecciones que arroja un siglo de reformismo socialdemócrata en Occidente: a pesar de todos los esfuerzos, estas no fueron capaces de "superar" el capitalismo. Produjeron cambios importantes, sin duda alguna, pero siempre "dentro del sistema", fracasando rotundamente en su declarada intención de "cambiar el sistema" y dar luz un nuevo modo de organización económico-social superior. Para colmo, los cambios introducidos no fueron, en casi ningún caso, irreversibles, y los logros obtenidos luego de largas luchas fueron, en gran medida, cancelados por la reacción neoconservadora y neoliberal de los años ochenta y noventa.

Pese a estas desalentadoras conclusiones, en la actual coyuntura nacional e internacional signada por el reflujo del impulso revolucionario de las masas y el radical debilitamiento del mundo socialista, un reformismo radical, intransigente, aparece como el único camino por el cual avanzar, mientras las fuerzas popu-

22 Hemos examinado *in extenso* el tema del reformismo en Boron (2003a).

lares se esfuerzan por modificar las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para ensayar alternativas más prometedoras. Tal vez resulte excesivo, pero no estaría de más comparar la situación presente con la que predominaba en la década del treinta, cuando el auge de los fascismos precipitó la conformación de grandes alianzas reformistas y policlasistas –la conocida táctica del Frente Único Antifascista de la III Internacional– concebidas como la única alternativa frente a la mortal amenaza que planteaban los regímenes fascistas en Europa y Asia. ¿La situación actual no guarda acaso algunas significativas similitudes con la imperante en la década del treinta? ¿O es que el gobierno de George W. Bush representa un peligro menos grave para la paz, la seguridad, la democracia, la libertad y la justicia que el que en su tiempo representaran Hitler, Mussolini y los demás déspotas europeos y asiáticos? ¿La doctrina nazi del *lebensraum* ("el espacio vital") es muy diferente de las formulaciones abiertamente imperialistas de la nueva Doctrina de Seguridad Nacional anunciada por la Casa Blanca en septiembre de 2002 y ratificada, con rasgos aún más ominosos, en el discurso inaugural del presidente norteamericano el 20 de enero de 2005?

Vivimos, por lo tanto, en tiempos de reflujo, en los que el reformismo es una "segunda mejor" alternativa ante la temporaria clausura de la ruta revolucionaria. El error de muchos reformistas, no obstante, ha sido el de confundir necesidad con virtud. Porque aun cuando en el momento actual –signado por la agresividad sin precedentes del imperialismo, la lenta y demorada recomposición de las fuerzas populares luego de los retrocesos experimentados a finales del siglo pasado, el acrecentado predominio de los monopolios en la economía y los medios de comunicación, la hegemonía ideológica del neoliberalismo, etc.– el camino de las reformas aparezca como el único que se encuentra abierto, esto no lo convierte en un instrumento adecuado para la construcción del socialismo. No obstante, si las reformas se dieran bajo una cierta forma –potenciando la presencia popular en el estado, la economía y la vida social; forta-

leciendo la organización y concientización de las clases explotadas; actuando rápidamente y estableciendo salvaguardas que garanticen la irreversibilidad de las mismas; diseñando una lógica acumulativa que ponga en movimiento una suerte de "reformismo permanente"–, ellas podrían constituir un peldaño nada despreciable para avanzar en dirección al socialismo.

El problema con el reformismo es que en un mundo barbarizado como el del capitalismo neoliberal se requieren transformaciones de fondo y no tan sólo ajustes marginales. Si, como dicen los zapatistas, "de lo que se trata es de crear un mundo nuevo", tal empresa excede con creces los límites cautelosos del reformismo. Pero, por otro lado, por decepcionante que este sea, los movimientos populares no pueden permanecer cruzados de brazos hasta que llegue el "día decisivo" de la revolución. El problema de algunos sectores de la izquierda latinoamericana radica precisamente en la persistencia de un "revolucionarismo abstracto", huérfano de eco entre las masas pero dotado de virtudes balsámicas capaces de apaciguar con la radicalidad de sus consignas los espíritus dominados por una ardiente impaciencia que los lleva a pronosticar una y mil veces la inminencia del estallido revolucionario. Pero la historia no la cambian las consignas a menos que estas se encarnen en el sujeto popular. "Pan, tierra y paz" se convirtió en una fuerza motora de la Revolución Rusa no en virtud de la sencilla elocuencia de su formulación sino porque, en un momento exacto del desarrollo de las luchas de clases en la Rusia zarista, Lenin interpretó cabalmente el sentir y las aspiraciones inmediatas y no negociables de soldados, campesinos y obreros. En ausencia de esta encarnadura social, el "revolucionarismo abstracto" es apenas una forma sublimada y más compleja de admitir la propia incapacidad para cambiar el curso de la historia. Conviene recordar, además, que en nuestros países los desafíos que las reformas plantean a las clases dominantes dieron lugar a feroces contrarrevoluciones que ahogaron en un baño de sangre tales tentativas. Se equivoca quien cree que el reformismo es un debate cortesano y caballeresco

acerca de los bienes públicos y el rumbo gubernamental. Quien invoca a la reforma en América latina conjura en su contra a todos los monstruos del *establishment*: los militares y los paramilitares; la policía secreta y la CIA; la Embajada norteamericana y la "prensa libre"; los "combatientes por la libertad" y los terroristas organizados y financiados por las clases dominantes de aquí y de allá. En América Latina el camino de las reformas está lejos de ser un paseo por un prado rebosante de flores. Para nuestras derechas, las reformas no son un sustituto sino un catalizador de la revolución, y por eso no ahorran sangre para combatirlas.

Sucesivos presidentes latinoamericanos optaron por desestimar el camino de las reformas profundas y gobernar según las reglas del posibilismo, "tranquilizando" a los mercados y satisfaciendo puntualmente cada uno de sus reclamos. Los resultados están a la vista en Argentina y Brasil. Es cierto que no hay parangón alguno entre las trayectorias de ambos presidentes, ni entre figuras tan distintas, social y moralmente, como Lula y De la Rúa. Tampoco puede haber paralelismo alguno entre el partido justicialista o la Alianza (esa insípida mezcla del diletantismo radical y el oportunismo frepasista) y el PT, que fuera, antes de su lamentable capitulación bajo el gobierno de Lula, una de las construcciones políticas más promisorias e importantes a nivel mundial. Pero, como dolorosamente lo comprueba la experiencia brasileña, ni un liderazgo respetable ni un gran partido de masas garantizan el rumbo correcto de una experiencia política. El gobierno de Lula se ha internado por el camino equivocado al final del cual, pese a lo que sinceramente cree el presidente brasileño, no se encuentra una nueva sociedad más justa y democrática –cuya búsqueda fue lo que dio nacimiento al PT hace poco más de veinte años– sino una estructura capitalista más injusta y menos democrática que la anterior. Un país donde la dictadura del capital, revestida con un leve ropaje pseudo-democrático, será más férrea que antes, demostrando dolorosamente que George Soros tenía razón cuando le advertía al pueblo brasileño que, ganase

quien ganase la elección presidencial de 2002, de todos modos gobernarían los mercados.

La izquierda en la oposición

Las fuerzas de izquierda, en el gobierno como en la oposición, se enfrentan pues a formidables desafíos. Las últimas, como opositoras a una variedad de gobiernos burgueses, porque deben honrar la propuesta gramsciana de construir partidos, movimientos y organizaciones genuinamente democráticos y participativos y, por cierto, políticamente eficaces, capaces de prefigurar, aunque sea en sus rasgos más generales, la naturaleza de la ciudad futura que pretenden fundar. Esto implica la necesidad de replantearse, desde una perspectiva actual e innovadora, la crucial problemática leninista de la organización, abandonada en los últimos años por el auge de posturas ideológicas y políticas cautivadas por las infinitas posibilidades transformadoras que, supuestamente, abría el sentimiento espontáneo de las masas o la potencia constituyente de la multitud. La sentencia de Lenin cuando decía, poco después de haber publicado el *¿Qué hacer?*, que "el proletariado, en su lucha por el poder, no tiene más arma que la organización" es tan pertinente y correcta hoy como ayer[23].

A la vez que construyen sus propias organizaciones, las clases explotadas tienen también que ser capaces de plasmar sus aspiraciones en un programa de gobierno. Si, como veremos en el siguiente capítulo, los valores fundamentales del socialismo remiten a cuestiones generales y a concepciones filosóficas universales y permanentes, los proyectos concretos de salida del neoliberalismo en los cuales estos se encarnen deben responder a las especificidades de la coyuntura y las determinaciones del espacio y el tiempo. El avance en el establecimiento de una sociedad socialista no puede producirse de la

23 Una discusión a fondo sobre el problema de la organización en la actual coyuntura se encuentra en nuestro estudio introductorio a la nueva edición del *¿Qué hacer?* de Lenin (Boron, 2004b).

misma manera en Burundi que en Brasil. En la elaboración de este proyecto la izquierda debe demostrar su capacidad para sintetizar la enorme diversidad de reivindicaciones –económicas, sociales, culturales e identitarias– del campo popular en una fórmula integral y totalizante que dé cuenta de la pluralidad de situaciones que caracterizan a las distintas clases y formaciones sociales subalternas. El neoliberalismo, al desencadenar una fragmentación sin precedentes de la vida social, ha complejizado asimismo la cuestión de la representación política. Si en el pasado del capitalismo periférico el "universo popular" era relativamente simple – siendo sus componentes principales un sector obrero, el campesinado y una masa marginal urbana–, lo que permitía la eficaz articulación de sus intereses en un partido de clase, en la situación actual el panorama social de nuestros países se asemeja notablemente a la descripción que Antonio Gramsci hiciera de las regiones agrarias del sur de Italia en *La cuestión meridional*. En ese texto el fundador del Partido Comunista Italiano decía que el *mezzogiorno* era una "inmensa disgregación social", donde antiguas formaciones sociales habían sido pulverizadas por el avance del capitalismo y su colisión con los restos de un orden señorial en descomposición. Y es precisamente en este punto donde la función ideológica y conectiva del partido –concebido, otra vez siguiendo a Gramsci, como "el intelectual colectivo" de las clases y capas populares– aparece con toda su importancia. A este le compete la doble tarea de sintetizar este heteróclito conjunto de intereses, demandas y aspiraciones vehiculizadas por una miríada de movimientos sociales en una fórmula unitaria de transformación social; y gestar una estructura de relaciones capaz de articular las luchas puntuales y sectoriales –libradas casi siempre con ejemplar abnegación– en una gran estrategia que supere las limitaciones de los particularismos y localismos y que posea la capacidad para cuestionar eficazmente la dominación burguesa. Si de algo estamos seguros es de que esta no habrá de desvanecerse por la radicalidad de las demandas de las fuerzas sociales em-

peñadas en lograr una reivindicación particular, ya sea que se trate de la lucha contra el sexismo, el racismo o la depredación ecológica. La sociedad capitalista puede absorber estas pretensiones sin que por eso se disuelva en el aire su estructura básica asentada sobre la perpetuación del trabajo asalariado. Y la mera yuxtaposición de estas reivindicaciones, por enérgicas que sean, no será suficiente para dar paso a una nueva sociedad.

Singular relevancia adquiere en estas circunstancias la "batalla de ideas". Como si todo lo anterior no fuera una tarea enorme, la izquierda en la oposición debe también demostrar su capacidad para neutralizar el accionar de los aparatos ideológicos de la burguesía y hacer llegar su mensaje y su discurso al conjunto de la población, que por cierto no tiene sus oídos bien predispuestos para escuchar un mensaje socialista. Antes bien, los prejuicios cultivados e inculcados con habilidad por los publicistas de la derecha –que con sus medios de comunicación dominan casi sin contrapeso la escena mediática de la región– la tornan profundamente refractaria ante cualquier discurso que hable de socialismo o comunismo. Ante sus ojos eso equivale a violencia y muerte, y, pese a que la izquierda ha sido víctima de ambas cosas en la historia reciente de nuestra región, se la acusa de ser la representante y portadora de esas desgracias. La víctima se convierte así, por impulso de la manipulación ideológica, en la victimaria de la sociedad. La eficacia de esta propaganda radica, no en menor grado, en un importante componente de resignación y pesimismo que sería errado desconocer y que plantea la futilidad de cualquier tentativa de superar el capitalismo. La osadía podría ser seguida por un baño de sangre, se nos dice, y nadie quiere esto. De ahí que en amplios segmentos de las clases y capas populares el escapismo –el milenarismo de las sectas evangélicas, la autoayuda psicológica, el fanatismo deportivo, etc.– aparezca como una alternativa, falsa sin duda, pero que no es así percibida por quienes no encuentran futuro alguno bajo el actual orden social. El desafío a la credibilidad de la izquierda es, por lo tanto, considerable.

Agréguese a esto una cuestión adicional: la necesidad de combatir, en el seno de la izquierda, toda una serie de tendencias derrotistas y liquidacionistas que proliferan en épocas de crisis. Una expresión aclamada de esta tendencia la encontramos en la obra anteriormente referida de Hardt y Negri (2000). En la que se propone la inverosímil interpretación de un imperio "posmoderno" desembarazado ya de sus arcaicos lastres imperialistas y de sus viejas obsesiones de dominación territorial. La extraordinaria acogida que tuvo este texto, potenciado por la astuta promoción que la derecha hizo de esta obra a través de todos sus medios de comunicación y aparatos ideológicos, es un dato preocupante dado que el remate político que se extrae del mismo no es otro que la futilidad de la lucha antiimperialista, ¡precisamente cuando el imperialismo transita por la etapa más agresiva de la historia! Semejantes conclusiones se derivan de la teorización, también referida anteriormente, de John Holloway (2002) con su apasionada exhortación a las clases populares para que se abstengan de tomar el poder –¡como si estuvieran próximas a hacerlo!– y su vaporosa propuesta de construir un quimérico antipoder que no puede sino suscitar la sonrisa sardónica y confiada de los burgueses. Entre nosotros, decía Mariátegui hace unos ochenta años, "el marxismo no puede ser calco y copia". Agregaríamos hoy que mucho menos puede ser "calco y copia" de los discursos de la derecha.

La izquierda en el poder

En relación a la izquierda "gobernante", los retos son de otro tipo. Tal como ya ha sido señalado, la victoria de Lula constituye un hecho histórico que tiene pocos antecedentes en la segunda mitad del siglo xx: por supuesto, en primer lugar, el triunfo de la Revolución Cubana en enero de 1959; luego el de Salvador Allende en las elecciones de septiembre de 1970 en Chile; más tarde, la victoria insurreccional –infelizmente malograda después– de los sandinistas en julio de 1979; luego, la irrupción del Zapatismo en México en enero de 1994; posteriormente,

las victorias electorales de Evo Morales y Rafael Correa en Bolivia y Ecuador; finalmente, la incógnita que se abre en Paraguay con la victoria de Fernando Lugo.

Volviendo al caso de Brasil, era fundamental ganar las elecciones brasileñas de 2002 y acceder al gobierno. Pero mucho más importante era construir el poder político suficiente como para "gobernar bien", entendiéndose por esto honrar el mandato popular que exigía poner fin a la pesadilla neoliberal y avanzar en la construcción de una sociedad diferente. No obstante, todo indica que en ese país se produjo una inexplicable rendición incondicional de Lula y el PT ante el poderío de los mercados.

El PT fue el primer partido que tuvo que hacerse cargo del gobierno después del rotundo fracaso de las políticas inspiradas en el Consenso de Washington, con el expreso mandato de poner en marcha un programa posneoliberal de reconstrucción. En Argentina, pionera en materia de infortunios, el derrumbe del neoliberalismo fue obra de la gran insurgencia popular desencadenada el 19 y 20 de diciembre de 2001. Esta demostró tener la capacidad de derrocar a un gobierno entreguista y reaccionario, pero, tal como ocurriera con similares experiencias en otros países, el protagonismo de la multitud –tan alabado en algunas recientes teorizaciones de la izquierda posmoderna– no fue suficiente para crear una alternativa política que abriera las puertas al posneoliberalismo. El gobierno de Néstor Kirchner declaró sus buenas intenciones, actuó consecuentemente en algunos frentes (como los derechos humanos, la depuración de la Corte Suprema y una cautelosa reorientación de la política internacional de la Argentina), pero en el área económica su apego a los cánones de la ortodoxia es un pesado lastre que ha terminado por frustrar las expectativas creadas por su encendida retórica antineoliberal. En Brasil, en 2002, tres de cada cuatro electores rechazaron en las urnas la continuidad de las políticas neoliberales simbolizadas en el candidato oficial, José Serra, quien fue vapuleado por su adhesión a un modelo económico que había concitado el repudio masivo de la ciudadanía. El mandato popular fue a favor de un cambio, y Lula lo

ratificó en su primer discurso público como presidente cuando afirmó: "la palabra clave es cambio". Sin embargo, nada cambió en Brasil. En términos económicos, tanto el discurso oficial llamativamente alineado con el Consenso de Washington –con una sobreactuación por parte de los máximos responsables del área económica que, por momentos, recuerda a la que imperaba en la Argentina de Menem– como las políticas implementadas desde Brasilia permiten concluir que lo ocurrido a partir de la asunción del nuevo gobierno no fue sino una insensata profundización del rumbo neoliberal.

¿Podrá Lula torcer esta dirección y, ya promediando su segundo gobierno, satisfacer el mandato popular? No es imposible, pero hoy parece muy poco probable. Hay una corriente de opinión en Brasil que asegura que no hay retorno del extravío en que ha caído el gobierno del PT. Sin embargo, en una presentación que hiciera ante el Consejo Internacional del Foro Social Mundial en Porto Alegre, en enero de 2005, Lula dijo que era prematuro juzgar su gestión de gobierno al promediar su mandato, y dio a entender que no debería descartarse la posibilidad de una futura reorientación de su política económica. Pero ese cambio no se produjo, entre otras cosas porque las poderosas "fuerzas del mercado" hace tiempo consolidaron una correlación de fuerzas tan desfavorable para Brasilia que las buenas intenciones del presidente están condenadas a no trascender el plano de lo enunciativo. Porque el tiempo corría en su contra, y a favor de los mercados. Además, ya no se trataba, como en 1989, de poner este país a salvo de la peste neoliberal que lo amenazaba bajo la sonrisa seductora de Collor de Melo; o de rescatarlo de sus primeros estragos, como en 1998. La misión que tenía por delante Lula era mucho más compleja porque la famosa "destrucción creadora" del capitalismo –tan exaltada por Schumpeter– ya había ocurrido y era preciso abocarse a una ciclópea tarea de reconstrucción económica y social. Y esta exigía audaces políticas de reforma económica y social que introdujeran los cambios esperados y, al mismo tiempo, en una dialéctica inseparable, fortalecieran las bases sociales y la movilización política

de vastos sectores de las clases subalternas, sin las cuales las políticas ensayadas desde Brasilia estaban destinadas a sucumbir inexorablemente ante los imperativos del mercado. Pero ni las ideas que prevalecían en el Planalto ni, mucho menos, los hombres encargados de llevarlas a la práctica estaban excesivamente entusiasmados por lanzar un experimento de ese tipo. Lo que hicieron fue profundizar el rumbo neoliberal que venía del pasado.

Retos semejantes se le plantean al presidente Hugo Chávez en Venezuela, debiendo transitar por el estrecho desfiladero delimitado, por un lado, por una profunda revolución en las conciencias y en el imaginario popular –tema que ha sido subestimado en los análisis tradicionales de una izquierda dogmática que todavía no ve en el presidente venezolano sino a otro militar más– y, por el otro, por esa verdadera espada de Damocles que significa la riqueza petrolera de Venezuela y, simultáneamente, su condición de abastecedor estratégico de EE.UU. Luego de una serie de inevitables vacilaciones iniciales, la Revolución Bolivariana ha venido dando muestras de haber encontrado un rumbo de salida del neoliberalismo, rumbo que, digámoslo al pasar, sigue erizado de acechanzas y amenazas de todo tipo, como lo demuestra la crónica de estos últimos años. En efecto, EE.UU. no puede permitir que el "mal ejemplo" venezolano cunda en la región. Atacar sistemáticamente el analfabetismo, asegurar por primera vez el acceso a la salud de toda la población, favorecer una solución política y no militar del conflicto interno colombiano (oponiéndose a las pretensiones de la Casa Blanca de resolverlo *manu militari*), auspiciar nuevas formas de cooperación económica como las entabladas con Cuba y otros países de la región, liquidar el ALCA y proponer en su lugar el ALBA, combatir ideológicamente al neoliberalismo, contrarrestar la influencia ideológica de los medios de comunicación controlados por el imperialismo, potenciar la capacidad de autoorganización de los sectores populares y someter la investidura presidencial y sus políticas a frecuentes plebiscitos para que sea el pueblo quien decida es completamente inaceptable para EE.UU., un pésimo ejemplo que es necesario erra-

dicar cuanto antes por cualquier medio, legal o ilegal, pacífico o violento. Todo esto no es "democrático" y, por lo tanto, debe ser eliminado. "Democrático" era Aznar, no Chávez, que decidió ir a la guerra en Irak a pesar de que más del 90% de la población estaba en contra de esa medida. Para resumir: la complacencia del *establishment* local e internacional demuestra que Lula está en el mal camino, como lo está la Concertación en Chile; la animosidad de esos mismos grupos hacia el presidente Chávez indica que está transitando por el camino correcto. El aplauso en Davos es síntoma inequívoco de un extravío; la ovación en Porto Alegre, señal de una victoria.

En todo caso, al pensar en las alternativas de salida del neoliberalismo conviene recordar aquí, una vez más, el caso cubano. Si pese a los formidables obstáculos que se le han presentado durante casi medio siglo –¿podemos imaginarnos el deterioro que habría sufrido la vida social en países como Argentina, Brasil y México, para no hablar sino de las economías más robustas de la región, si hubieran tenido que soportar un bloqueo como el que se le impuso a Cuba desde los inicios de la revolución?–, si pese a todo ello Cuba pudo avanzar significativamente en la construcción de una sociedad que garantiza un acceso universal a un amplio conjunto de bienes y servicios, ¿qué no podrían haber hecho aquellos países, dotados de muchos más recursos de todo tipo y alejados de la enfermiza obsesión norteamericana con la isla caribeña? Si pese a la beligerancia permanente de EE.UU. Cuba logró garantizar para su población estándares de salud, alimentación, educación y derechos generales (de la mujer, los niños, los discapacitados, etc.) que, como el mismo Noam Chomsky lo asegurara, ni siquiera se obtienen en algunos países del capitalismo desarrollado, ¿cuáles serían los insalvables obstáculos que impiden, en países que disfrutan de circunstancias muchísimo más favorables, acceder a logros semejantes? ¿Está América Latina condenada a ser, por toda la eternidad, el continente más injusto que existe sobre la faz de la tierra?

La respuesta no se halla en fatalismos económicos de ningún tipo, un conveniente pretexto las más de las ve-

ces, sino que nos remite a la política y, más precisamente, a la debilidad de la voluntad política. La formidable vitalidad de la voluntad política de la Revolución Cubana, del pueblo y el gobierno de Cuba, contrasta con la enfermiza fragilidad que exhiben, en este punto, la abrumadora mayoría de los gobiernos de la región, carentes de osadía y dóciles ante las presiones del imperialismo. Sin una decidida voluntad de cambiar el mundo, este seguirá siendo lo mismo. Pero quien pretenda acometer esa tarea deberá saber dos cosas: primero, que al hacerlo se enfrentará con la tenaz y absoluta oposición de las clases y grupos sociales dominantes, que no dejarán recurso por utilizar, desde la seducción y persuasión hasta la violencia más atroz, para frustrar cualquier tentativa transformadora. De allí nuestra grave preocupación por ciertas formulaciones de los zapatistas, como "la democracia de todos", que denotan un alarmante romanticismo con respecto a la reacción de las clases y grupos desplazados del poder, a los explotadores, los monopolios, la prensa que manipula y embrutece a la población, los paramilitares, los torturadores, etc. ¿Serán, ellos también, sujetos de esta gran construcción colectiva de la democracia poscapitalista? (Boron, 2001). Segundo, que no hay tregua posible en este combate: si el gobernante que presuntamente intenta cambiar el mundo es halagado por la "prensa libre", los "gurúes" de Wall Street y sus papagayos locales y, en general, la opinión "bienpensante" de nuestros países –que en realidad piensa poco y mal– es porque su accionar ha caído en la irrelevancia o, hipótesis perversa, porque se ha pasado al bando de sus enemigos. Las clases dominantes del imperio y sus aliados jamás se resignarán a perder sus prerrogativas, sus privilegios y su poder. Si no atacan a un gobierno con tintes progresistas no es porque se hayan convencido de la superioridad ética, económica y política del socialismo sino porque se han dado cuenta de que su eventual oponente ha depuesto las armas y ya no les hace daño. Como decía José Martí, ha sonado "la hora de los hornos y no habrá más que ver que la luz".

Capítulo III

El socialismo del siglo xxi: notas para su discusión

¿Dónde iremos a buscar modelos? La América española es original. Original han de ser sus instituciones y su gobierno. Y originales los medios de fundar unas y otro. O inventamos o erramos.

Sociedades americanas
Simón Rodríguez

El propósito de este texto es aportar algunos elementos para la discusión sobre el socialismo del siglo xxi, conscientes de que las formas específicas que asumirá su construcción serán muy variadas y resultantes de la lucha de los pueblos más que de cuidadosas disquisiciones conceptuales o de directivas emitidas por un comando central. En principio es pertinente recordar dos enseñanzas que se desprenden de los escritos de Marx: la primera, extraída de la experiencia de la Comuna de París, cuando decía que la Comuna había sido "la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo" (Marx, 1966: 511). Descubierta, claro está, en su concreción práctica, pues ya había sido precozmente conjeturada en el plano de la teoría por Marx y Engels en *La ideología alemana*, un texto que ambos habían escrito más de un cuarto de siglo antes. Pero una cosa era pronosticar

desde la teoría la necesidad histórica de la dictadura del proletariado, como el astrónomo que postula la existencia de un planeta aún no detectado al observar los movimientos de los demás, y otra muy distinta era ver esa idea encarnada en los sujetos políticos que protagonizaron la insurrección de París el 18 de marzo de 1871. Fue también por esta razón que ambos autores, en el Prefacio a la edición alemana del *Manifiesto del Partido Comunista*, publicado en 1872, comentaban que "dado el desarrollo colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años y, con este, el de la organización del partido de la clase obrera; dadas las experiencias, primero, de la revolución de febrero [de 1848] y después, en mayor grado aún, de la Comuna de París, que eleva por primera vez al proletariado, durante dos meses, al poder político, este programa ha envejecido en algunos de sus puntos" (Marx y Engels, 1966). Se imponía actualizar el programa, como también se impone hoy, dado que el de comienzos del siglo xx sufrió los embates del tiempo y debe ser reexaminado y revisado. Pero, tanto antes como ahora, esta reelaboración debe partir de la convicción, también reafirmada por Marx y Engels en ese texto, de que "los principios generales expuestos en este *Manifiesto* siguen siendo hoy, en su conjunto, enteramente acertados" (Marx y Engels, 1966: 12-13). Lo mismo ocurre con el socialismo del siglo xxi como concepto que redefine el proyecto socialista en correspondencia con las transformaciones operadas a lo largo del siglo xx y la dispar suerte corrida por sus distintas experiencias revolucionarias[24]. Pero una cosa es imagi-

---

24 Va de suyo que en un tratamiento más extenso este tema debería ser prologado por un examen de las experiencias de construcción del socialismo en el siglo xx. De lo contrario reflexionaríamos como si fuéramos Adán en el primer día de la creación del mundo. Un tema central en dicho examen sería dilucidar si todas las experiencias del siglo pasado fracasaron (tesis que sostienen entre otros John Holloway, Michael Hardt y Antonio Negri) o si hubo algunas que sí fracasaron pero otras que fueron derrotadas, como por ejemplo la de Salvador Allende y la Unidad Popular en Chile. Además, ¿en que categoría ubicarían estos críticos experiencias como las de Cuba, China y Vietnam? Por supuesto, la consideración de estas cuestiones excede

narlo o concebirlo en la pureza de su abstracción teórica y otra muy diferente observar la forma que puede estar asumiendo en su concreción histórica. Y no se puede, ni se debe, confundir una cosa con la otra.

La segunda enseñanza aludida más arriba apunta a la relación entre teoría y praxis, sagazmente descripta por el joven Marx en su crítica a Hegel cuando escribió que "así como la filosofía encuentra en el proletariado sus armas *materiales*, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas *espirituales*, y tan pronto como el rayo del pensamiento muerda a fondo en este candoroso suelo popular, se llevará a cabo la emancipación de los *alemanes* como *hombres*" (Marx, 1958: 15; énfasis en el original). El "rayo del pensamiento" sólo puede ser, obviamente, el pensamiento crítico, impugnador del orden social existente. Pero su productividad histórica sólo se realiza cuando esas ideas logran arraigarse en el imaginario de hombres y mujeres que luchan por la construcción de una nueva sociedad. Si ese pensamiento permanece ensimismado narcicísticamente y no se encarna como "guía para la acción" de un sujeto político, su destino será convertirse en una sala más del museo donde se amontonan las ideas que nunca se convirtieron en fuerza social y que jamás hicieron el menor aporte para cambiar el mundo. Lenin captó en toda su profundidad una de las facetas de la relación entre teoría y praxis, felizmente sintetizada en la fórmula que utilizara en el *¿Qué hacer?*, "sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria", y cuya vigencia sólo se ha acentuado con el paso del tiempo. La otra faceta, en cambio, no fue objeto de su reflexión, si bien sus planteamientos permiten conjeturar lo que Lenin habría dicho acerca de una teoría revolucionaria incapaz de encontrar un sujeto que se apropiase de ella. En ese caso, fácil es inferirlo, dicha teorización devendría en "letra muerta", correría el destino del latín y terminaría recluida en herméticos cenáculos de sectas privadas

---

con creces los límites de este trabajo, pero no queríamos dejar pasar inadvertido este crucial asunto.

de toda potencialidad transformadora[25]. La propuesta de un socialismo del siglo xxi privado de la capacidad para hundirse en "el candoroso suelo popular" del que hablaba el joven Marx podría llegar a correr ese riesgo, y convertirse en un juego de lenguaje para uso exclusivo de una pequeña secta de iniciados.

El tema, no por casualidad, está siendo objeto de una intensa y creciente discusión. Si hacemos una rápida consulta en Google y consideramos el número de páginas existentes a finales de febrero de 2008 sobre el "socialismo del siglo xxi", veremos que aparecen listadas aproximadamente unas 995.000 páginas que responden a dicha cuestión[26]. La literatura existente es por lo tanto sumamente abundante, y crece a un ritmo incontenible semana tras semana. Más interesante todavía: la abrumadora mayoría de los textos contenidos en esas páginas se originaron luego de que el presidente Hugo Chávez Frías instalara el tema en el debate público a mediados de 2005. Desde entonces, este se ha convertido en una referencia imprescindible de cualquier discusión sobre el futuro del capitalismo, sobre todo en los países de América Latina pero también, si bien de modo más atenuado, en gran parte del Tercer Mundo. Gran mérito el de Chávez al haber instalado un tema que había sido desterrado del lenguaje político, inclusive de las izquierdas. Junto con palabras tales como imperialismo, clases, dominación, explotación, o expresiones como "lucha de clases", la palabra socialismo había desaparecido del discurso político en el preciso momento en que su necesidad se tornaba más imperiosa que nunca. Por suerte, ya hemos comenzado a salir de esa situación y en la batalla de ideas podemos anotarnos una significativa victoria. No sabemos si esto sirve como para pasar a la ofensiva, pero por lo menos hemos dejado de estar a la defensiva.

---

25 Hemos examinado este tema in extenso en nuestro "Estudio introductorio. Actualidad del *¿Qué hacer?*" (Boron, 2004b).

26 La misma consulta efectuada el 14 de julio de 2008 señala la existencia de aproximadamente 5.480.000 páginas dedicadas al tema.

Dado el volumen de la bibliografía existente, nos limitaremos a examinar algunas ideas que nos parecen centrales y que quisiéramos dejar como aporte para un futuro trabajo de elaboración colectiva. No tienen pretensión alguna de exhaustividad sino que, por el contrario, deben ser comprendidas como una parcial contribución a un debate en curso tendiente a lograr una definición cada vez más precisa del horizonte socialista de las luchas emancipatorias de nuestra época[27].

Abordaremos esta reflexión a partir de una distinción tripartita entre:

- Los valores y principios medulares, que deben vertebrar un proyecto que se reclame como genuinamente socialista.
- El programa de ese proyecto, es decir, el tránsito desde el universo de los valores a la agenda concreta de la construcción del socialismo y las políticas públicas requeridas para su implementación.
- Finalmente, el tema del "sujeto histórico" (o los sujetos) de ese proyecto, y sus características distintivas.

Analizaremos por separado cada uno de estos tres puntos.

Valores

Se trata de un tema clave, porque un proyecto socialista no puede manifestar la menor ambigüedad axiológica en relación a la sociedad burguesa: su crítica debe ser radical e intransigente. A la luz de las experiencias que tuvieron lugar durante la fase "keynesiana" del capitalismo –sus límites y la posterior reversibilidad sufrida a manos de la reacción neoconservadora de los ochenta– nadie puede seriamente alimentar la menor ilusión acerca de

27 Un participante clave en este debate es István Mészáros, pero la amplitud de su contribución excede con creces lo que podríamos tratar en estas breves páginas. Ver su monumental *Beyond capital* (Mészáros, 1995) y su breve pero aleccionador ensayo *Socialismo o barbarie* (2005).

la capacidad de lograr reformas profundas y especialmente duraderas en la estructura de este tipo de sociedad. La involución que sufrió como consecuencia de la contrarrevolución de los años ochenta y el ulterior auge del neoliberalismo demuestran, más allá de toda duda, que los avances que se habían producido en los años de la posguerra –y que dieran lugar a múltiples teorizaciones sobre "el fin de las ideologías", el agotamiento de la lucha de clases, las virtudes de la irrestricta movilidad social ascendente, el triunfo de la democracia liberal, etc.– estuvieron muy lejos de ser conquistas irreversibles que alumbraron el nacimiento de un nuevo tipo histórico de sociedad, confusión esta en la que caen muchos de los teóricos de la así llamada "sociedad de la información". Y si el programa neoliberal (y neoconservador en lo político y cultural) no se cumplió en su totalidad, no es menos cierto que en la mayoría de los países europeos se registraron retrocesos en materia de legislación laboral, derechos económicos y sociales y derechos ciudadanos en general. Esta reversión ha confirmado, una vez más, la extraordinaria resiliencia del capitalismo y su capacidad para retornar a la "normalidad" de su funcionamiento explotador, expoliador y opresivo una vez que se disipan las coyunturas amenazantes que, en los años de la posguerra, lo obligaran a hacer pasajeras concesiones a las clases subalternas. Componente estratégico de esa coyuntura fue la amenazante presencia de la Unión Soviética. Y es que, a pesar de su doctrina oficial de la "coexistencia pacífica", justamente criticada por el Che en numerosas intervenciones orales y escritas, la sola existencia del ejemplo soviético y posteriormente de la revolución china obligó a las burguesías metropolitanas a aceptar reivindicaciones que antes de 1917 hubieran sido respondidas apelando a los servicios de la gendarmería.

Superación del economicismo

Dicho lo anterior, es preciso subrayar que un socialismo renovado de cara al siglo xxi no puede quedar reducido a la construcción de una nueva fórmula económica, por

más resueltamente anticapitalista que esta sea. El Che tenía toda la razón cuando afirmó que "el socialismo como fórmula de redistribución de bienes materiales no me interesa"[28]. De lo que se trata es de la creación de un hombre y una mujer nuevos, de una nueva cultura y un nuevo tipo de sociedad, caracterizados por la abolición de toda forma de opresión y explotación, el primado de la solidaridad, el fin de la separación entre gobernantes y gobernados, y la reconciliación del hombre con la naturaleza. En términos similares se expresa François Houtart cuando identifica cuatro principios que, según su análisis, deberían orientar la construcción de este nuevo socialismo (Houtart, 2007): el predominio del valor de uso sobre el valor de cambio, teniendo en cuenta que la primacía de este último es la que impone la lógica del mercado –y, por ende, la ley del valor– en la totalidad de la vida social, lo que, tal como planteara Franz Hinkelammert, en términos prácticos significa el fin del sujeto y el sometimiento de la humanidad entera a la lógica destructiva del capitalismo; una nueva relación no predatoria con la naturaleza, agredida brutalmente por el capitalismo al considerarla una mercancía más, lo que requiere avanzar aceleradamente hacia su total desmercantilización; la democratización de todas las esferas de la vida social, comenzando por la economía –que, al decir de Lenin, es "la política concentrada"– y siguiendo por todas las instituciones de la sociedad, entre las cuales sobresale por su trascendencia y gravitación práctica el estado; y el principio de la interculturalidad, esto es, el enriquecimiento recíproco de todas las culturas mediante su diálogo permanente.

En una perspectiva similar, el presidente Hugo Chávez afirmó, en una entrevista que se le realizara en

---

28 Ya en su momento Mariátegui había expresado una idea muy similar, pero referida en su caso a la conciencia del proletariado, cuando escribió que "un proletariado sin más ideal que la reducción de las horas de trabajo y el aumento de los centavos del salario no será nunca capaz de una gran empresa histórica". El economicismo remata inexorablemente en este tipo de conciencia, irremediablemente inepta para la construcción del socialismo. Ver José Carlos Mariátegui (1969b: 116).

octubre de 2005 y que fuera ampliamente reproducida en Internet, que según él el socialismo del siglo xxi debería contener por lo menos cuatro rasgos esenciales[29]. En primer lugar, uno de carácter moral, recuperando el sentido ético de la vida destruido por ese "sórdido materialismo de la sociedad burguesa" del que hablara Marx. En ese texto el líder bolivariano convoca a "luchar contra los demonios que sembró el capitalismo: individualismo, egoísmo, odio, privilegios". El socialismo debe defender la ética, la generosidad, la dignidad y la autonomía de los sujetos sociales. En segundo lugar, debe proponer una democracia de tipo participativo y protagónica, potenciando la soberanía popular. En tercer lugar, la conciliación de la libertad con la igualdad, puesto que la primera sin la segunda, en una sociedad de excluidos y explotados, se convierte en un privilegio de minorías. Para el socialismo la justicia social es un componente esencial de su proyecto, la virtud primera que debe tener toda organización social poscapitalista. Finalmente, considerando lo estrictamente económico, el nuevo socialismo requiere cambios en dirección del asociativismo, la propiedad colectiva, el cooperativismo y una amplia gama de experiencias de autogestión y cogestión, así como diversas formas de propiedad pública y colectiva.

En suma, se trata de un nuevo socialismo que podría sintetizarse en la siguiente fórmula: propiedad colectiva (no necesariamente estatal) de los medios de producción + democratización fundamental de todas las esferas de la vida social. Lenin, en su tiempo, dijo que el socialismo era igual a soviets + electrificación. La democratización fundamental amplía el contenido de los soviets al proyectar el protagonismo popular y la participación sobre el conjunto de la vida social y no sólo sobre la esfera propiamente política. En cuanto a la electrificación, un imperativo insoslayable en su época, la actualidad plantea nuevos desafíos que van más allá

29 Un primer esbozo lo presentó Chávez en el V Foro Social Mundial de Porto Alegre, el 30 de enero de 2005. Ver Chávez Frías (2005).

de lo que una mente tan lúcida como la de Lenin podía imaginar y que exigen la superación del productivismo que durante décadas marcara con rasgos indelebles el viejo proyecto socialista.

Lo que el socialismo del siglo xxi no debe ser

El destacado teórico marxista canadiense Michael Lebowitz se ha referido a este tema en un escrito sumamente sugestivo e importante, no exento de algunas interpretaciones que seguramente suscitarán fuertes polémicas (Lebowitz, 2006). El propio presidente Chávez se refirió a este en su programa dominical, "¡Aló Presidente!", el 25 de febrero de 2007, con estos términos:

> Precisamente el socialismo, Michael Lebowitz, en este libro […] invita a construirlo y da unos lineamientos muy interesantes, muy interesantes. Seres humanos y socialismo. No se puede construir el socialismo sobre los defectos de la nueva sociedad, que nace defectuosa. Siempre la nueva sociedad nace defectuosa, es decir, nace con los vicios de la vieja sociedad; pero el socialismo, que es un proceso de construcción de largo plazo, debe ir progresivamente eliminando o venciendo los defectos de esa vieja sociedad, que se infiltran en la nueva. Aquí Michael Lebowitz habla de lo siguiente: un solo camino, la propia práctica; lo que dije hace poco, la praxis revolucionaria. La dialéctica, teoría y praxis, no nos quedemos en la pura teoría, no podemos quedarnos en el puro debate, en las lecturas, hay que ir a practicar, hacer praxis revolucionaria […] Hablando de ese tema, me ha llegado este nuevo... están saliendo ahora libros por todos lados sobre el socialismo. Se ha despertado una inquietud en el mundo, se creía al socialismo perdido ya, pasó a la historia; ¡no!, ¡no!

En relación al perfil valorativo del socialismo del siglo xxi, Lebowitz plantea que, así como Marx reconsideró sus concepciones sobre el estado y la revolución luego de la Comuna de París (1871), nosotros debemos repensar el socialismo a la luz de las experiencias del siglo xx. En pocas palabras, Lebowitz (2006) enumera lo que,

según él, son los rasgos que *no* deberían caracterizar al socialismo del futuro. Ellos son los siguientes:

a) el socialismo del siglo xxi *no* es estatismo ni puede dar lugar a una sociedad estatista, "donde las decisiones se impongan desde arriba y donde toda iniciativa sea potestad de los funcionarios del gobierno o de los cuadros de vanguardia que se auto-reproducen". Agrega que, debido a que el socialismo tiene como su horizonte el desarrollo integral de la persona humana, su construcción "requiere una sociedad democrática, participativa y protagónica. Una sociedad dominada por un estado todopoderoso no genera seres humanos aptos para instaurar el socialismo".

Este es un punto que merece ser discutido en profundidad: por una parte, porque en grandes sectores de la izquierda la confusión entre socialismo y estatismo ha sido una constante a lo largo de todo el siglo pasado. Y, evidentemente, al confundirlos hacían caso omiso de las advertencias de Marx y Engels acerca de la naturaleza y el carácter transitorio del estado. Pero los fundadores del materialismo histórico –y junto con ellos todo el marxismo clásico, incluyendo figuras de la talla de Lenin, Trotsky y Luxemburgo, entre otros– se equivocaron cuando supusieron que el período de transición entre el capitalismo y el comunismo –y eso es precisamente el socialismo– sería de breve duración. Y no sólo eso: también subestimaron la virulencia de la reacción adversa de las grandes potencias capitalistas, mientras que sobrestimaron la unanimidad de acción, o el internacionalismo, de los proletarios de todo el mundo, que no sólo no se unieron, como exhortaban Marx y Engels en el *Manifiesto*, sino que, como lo demostró la Primera Guerra Mundial, se encolumnaron detrás de sus propias burguesías en una de las mayores carnicerías de la historia. Por todas estas razones, sintetizadas en estas pocas palabras, es que el estado, especialmente en el socialismo (pero también en las sociedades capitalistas), lejos de diluirse, acentuó su presencia hasta adquirir proporciones extraordinarias. Y cuando una institución

como esta alcanza tan notables dimensiones, su propia dinámica tiende a producir algunos "efectos colaterales" incompatibles con el progreso del socialismo. Uno de ellos es la creciente alineación de la ciudadanía, que frente al patrimonio público –que debería ser valorado como propiedad de todo el pueblo– adopta muy a menudo actitudes que reflejan un profundo desinterés y un larvado individualismo que se sintetiza en expresiones tales como "esto no es mío, es del estado", como si en el socialismo la propiedad del estado no fuera al mismo tiempo propiedad de todo el pueblo. Por otra parte, la hipertrofia cuantitativa del estatismo, exigida tanto por las crecientes necesidades del capital en las economías capitalistas como por la hostilidad del imperialismo en contra de los ensayos socialistas, implica también un preocupante cambio cualitativo: la creciente burocratización de las estructuras estatales, una tendencia inevitable y para colmo tendencialmente incompatible con la lógica de la democracia socialista. En los últimos años de su vida, Lenin reflexionó largamente sobre el tema de la burocracia en la construcción del socialismo, y sería provechoso que sus análisis fuesen discutidos nuevamente en la actual coyuntura.

Por consiguiente, si bien estamos de acuerdo con Lebowitz, es preciso introducir una calificación a este primer *no* que nos plantea en su trabajo, porque el fortalecimiento del estatismo en los procesos de construcción socialista casi invariablemente es un reflejo de la lucha de clases a nivel mundial y, en el caso de Cuba, de la continuada agresión imperialista a lo largo de casi medio siglo, que no deja otra alternativa que fortalecer el estado y, principalmente, su aparato militar. De lo que se trata entonces es de establecer de qué forma el perfeccionamiento de las instituciones democráticas del socialismo del siglo xxi, que no son las de la democracia burguesa, podría tener la capacidad de contrarrestar los efectos más perniciosos del reforzamiento del poder estatal a causa de la sistemática agresión que el imperialismo descargará sobre cualquier tentativa de avanzar en dirección del socialismo.

b) En segundo lugar, nuestro autor bien dice que el socialismo "*no* es populismo. Un estado que provee los recursos y las soluciones a todos los problemas de la gente no fomenta el desarrollo de las capacidades humanas, al contrario, estimula a la gente a adoptar una actitud pasiva, a esperar que el estado y los líderes den respuesta a todos sus problemas".

Claramente, el socialismo no es populismo en la medida en que, a diferencia de este, estimula y favorece la organización autónoma de las clases y capas populares y el desarrollo de su conciencia revolucionaria. De todos modos, no hay que perder de vista que fomentar las capacidades humanas no es algo que se pueda hacer de la noche a la mañana, sobre todo luego de 500 años de embrutecimiento de las masas producido por la sociedad capitalista. Ni que, además, en una primera etapa, solucionar los problemas de poblaciones que han estado sumidas en la ignorancia, hambreadas y sin ninguna clase de cuidado médico por siglos, se convierte en un objetivo insoslayable pero no por eso alcanzable de un día para otro. Lo que debe evitarse es la aparición y cristalización de actitudes pasivas y no participativas, de forma tal que la población no espere que todos sus problemas sean resueltos por el estado. Actitudes como estas constituyen un grave obstáculo en la construcción del "hombre nuevo" y de la nueva cultura del socialismo.

c) Continúa Lebowitz diciendo que una sociedad socialista *no* puede ser totalitaria. Dado que "los seres humanos son diferentes y tienen diferentes necesidades y habilidades, su desarrollo por definición requiere del reconocimiento y respeto de las diferencias. Las presiones del estado o las de la comunidad para homogeneizar las actividades productivas, las alternativas de consumo o estilos de vida no pueden ser la base para que surja lo que Marx reconocía como la unidad basada en el reconocimiento de las diferencias"[30].

---

30 Una reflexión interesante y polémica, que debería ser objeto de un serio debate, es la que plantea Edgardo Lander en ocasión de la

d) Finalmente, nuestro autor sostiene que el productivismo en que cayeron gran parte de los experimentos socialistas del siglo xx, a la larga terminó socavando las posibilidades de construir una sociedad socialista. Por eso tiene razón Lebowitz cuando afirma que el "socialismo *no* puede ser el culto por la tecnología. Esta fue una patología para el marxismo, y que se manifestó en la Unión Soviética como minas, fábricas y granjas colectivas inmensas, que supuestamente lograban los beneficios de la economía de escala", pero al precio de burocratizar el proceso de toma de decisiones, desincentivar el protagonismo popular y destruir el medio ambiente.

En relación con esto es pertinente recordar, una vez más, las palabras del Che acerca del socialismo como un proyecto integral, irreductible a cualquier clave economicista o productivista[31].

---

creación del Partido Socialista Unificado de Venezuela. Señala en su nota que "entre los debates vitales sobre la experiencia de lo que fue *el socialismo que realmente existió* en el siglo xx, están los asuntos del papel del Estado y del partido y sus relaciones con la posibilidad de la construcción de una sociedad democrática. Un Estado-partido que copó cada uno de los ámbitos de la vida colectiva, terminó por asfixiar toda posibilidad de debate y disidencia, y con ellos la posibilidad misma de la pluralidad y la democracia. Es por ello que entre los debates medulares para un orden socialista democrático que no repita los contenidos autoritarios de la experiencia del siglo pasado están los referidos al papel del Estado, al carácter del Estado, a las relaciones entre el Estado y la pluralidad de formas de organización y sociabilidad que se agrupan bajo la idea de sociedad" (Lander, 2006). Su invitación fue recogida por numerosos intelectuales y políticos: es preciso revisar ese capítulo de la historia de los socialismos realmente existentes y en esa empresa introducir algunas distinciones que no aparecen en el texto de Lander y que son de gran importancia. No fue lo mismo la experiencia soviética que la cubana, y sería injusto a más de impropio intelectualmente subsumirlas en una misma categoría.

31 Dadas ciertas confusiones reinantes en relación con estos temas, vale la pena aclarar que la crítica al productivismo no significa para nada desentenderse de las imperiosas necesidades que una economía socialista tiene de ser productiva y eficiente, condiciones indispensables para elevar las condiciones materiales de vida de la población. El productivismo, en cambio, puede ser definido como la ciega e irracional confianza depositada en el desarrollo de las fuerzas productivas, concebidas como capaces de resolver por sí solas todas las necesidades de la nueva sociedad. El deterioro del medio ambiente o

e) Asimismo, Lebowitz concluye que el socialismo del siglo xxi debe estar signado por una fuerte "*disposición a luchar contra la lógica del capital*". La experiencia del siglo xx enseña que "el deseo de desarrollar una sociedad que sirva al pueblo no es suficiente –hay que estar dispuesto a romper con la lógica del capital para realizar un mundo mejor". En otras palabras, lograr lo que Houtart planteaba en su texto: la primacía del valor de uso sobre el valor de cambio –puesto que este último es el vehículo principal mediante el cual se mercantiliza el conjunto de la vida social– exige una firme decisión de impedir que la lógica del capital se apodere de nuestras vidas y de la naturaleza. Esto supone no sólo un gobierno con ideas claras y voluntad firme sino también una conciencia socialista y revolucionaria ampliamente desarrollada en las masas populares. Por tanto, concluye Lebowitz que "no se puede hacer socialismo desde arriba, a través de los esfuerzos y enseñanzas de una vanguardia que toma todas las iniciativas y desconfía del auto-desarrollo de las masas", o simplemente desalienta su autoorganización.

Proyecto

En el apartado anterior analizamos brevemente la problemática de los valores y destacamos la incuestionable superioridad ética del socialismo en relación al capitalismo, tema que no debe olvidarse pese a que muy a menudo es dejado de lado. Esto se observa cuando inclusive algunos partidarios del socialismo creen defenderlo eficazmente apelando a su mayor "racionalidad" económica o a su capacidad para evitar el absurdo despilfarro propio del capitalismo; o subrayando el carácter más democrático del estado socialista, cuestiones estas

---

el despotismo tecnocrático dentro de la empresa socialista han sido dos de los subproductos más perniciosos del productivismo. Sería un gravísimo error pensar, por otra parte, que la productividad y la eficiencia son rasgos que sólo definen a una economía capitalista.

que no por ser ciertas deben hacernos olvidar la preeminencia axiológica del socialismo como forma superior de civilización fundada en el predominio de valores altruistas, solidarios, radicalmente democráticos, y en el respeto a la naturaleza y la sociodiversidad.

No obstante, dicho lo anterior, se trata de ver ahora la forma en que el ideal socialista, o la utopía movilizadora del socialismo, se encarna históricamente en una agenda concreta de transformación social. Por ejemplo, en un proyecto socialista como el que caracterizó a la Revolución Rusa desde sus comienzos, el tema de la sustentabilidad ecológica se encontraba por completo ausente, y en gran medida puede decirse lo mismo en relación a la cuestión de la emancipación de la mujer. No porque se ignorase la importancia de ambas cuestiones, sino porque se suponía que el fin de la anarquía de la producción capitalista preservaría eficazmente el medio ambiente, y que la liberación del yugo del patriarcado se produciría automáticamente como resultado de la derrota de la burguesía y del inicio de la transición socialista. Nada de ello ocurrió, y es precisamente por eso que tiempo atrás escribíamos que la renovación y actualización de la agenda concreta del proyecto socialista es imprescindible para las fuerzas que bregan por la superación histórica del capitalismo[32]. Nuevas demandas, urgencias y necesidades sociales se generaron a lo largo del último siglo, y, a menos que ellas sean adecuadamente encaradas con políticas concretas, el socialismo del siglo xxi quedará relegado al terreno de las ideas despojadas de toda resonancia práctica. Ya advertía Rosa Luxemburgo que, si ello llegara a ocurrir, las fuerzas socialistas se debilitarían y empequeñecerían a punto tal de perder toda clase de gravitación en la vida social, degradadas a la condición de minúsculas sectas esotéricas que predican discursos incomprensibles y carentes de productividad social.

32 Examinamos este tema con todo detalle en Boron (2000).

El caso de la economía centralmente planificada

Así, una vez establecida la historicidad del proyecto socialista –por contraposición a la inmanencia de sus valores esenciales–, podría pensarse, en línea con los aportes de los autores anteriormente mencionados, que rasgos tales como "la planificación central" de la economía, que en el pasado fue interpretada como consustancial con el socialismo, hoy aparecen claramente como producto de una época y que no existen mayores razones para que sean mantenidos en el futuro. Si en el marco del desplome del estado zarista, la Primera Guerra Mundial y la salvaje agresión perpetrada en contra de la joven república soviética, la socialización de la economía fue asimilada con la total estatización de las actividades económicas, hoy en día esa receta no sólo es inadecuada sino, además, contraproducente para la consolidación de un proyecto socialista en las condiciones actuales de la economía mundial.

Volviendo una vez más a Rosa Luxemburgo, fue ella quien señaló la importancia de no hacer de una necesidad virtud. Si el modelo de la estatización total de la economía fue una necesidad impuesta por determinadas circunstancias históricas, esto no significa que deba ser la única alternativa para un proyecto socialista. Y esta conclusión es válida aun si se tiene en cuenta, en contra de la opinión del saber convencional de las ciencias sociales y de los ideólogos y publicistas liberales de viejo y nuevo cuño, que en su tiempo ese modelo fue altamente exitoso: hizo posible un formidable desarrollo de las fuerzas productivas y convirtió al país más atrasado de Europa a comienzos del siglo xx en una gran potencia industrial y militar; y, por añadidura, logró que la Unión Soviética tomara el liderazgo en la conquista del espacio exterior en la segunda mitad de la década del cincuenta. Sin embargo, sus logros en una fase de industrialización extensiva, en la cual el énfasis estaba puesto en la producción de bienes de capital, no fueron suficientes para responder eficazmente a los nuevos desafíos planteados

por la tercera revolución industrial, con el consiguiente desarrollo de la microelectrónica, las telecomunicaciones, la informática y todas las aplicaciones industriales derivadas de estos adelantos científicos. Y, gradualmente, la Unión Soviética fue perdiendo terreno frente a sus rivales capitalistas hasta llegar a su inglorioso derrumbe final, cuando todo el edificio político construido por la primera revolución proletaria de la historia, un acontecimiento extraordinario en la vida de las naciones, se desplomó sin un solo disparo, y ante la increíble indiferencia de la población.

El tema de la magnitud e implicaciones de estos grandes cambios económicos mereció una aguda observación del Comandante Fidel Castro en su discurso del 17 de noviembre de 2005 en la Universidad de La Habana en conmemoración del sexagésimo aniversario de su ingreso a esa casa de estudios. Afirmó en aquella oportunidad algo que debería ser objeto de profunda reflexión:

> Somos idiotas si creemos, por ejemplo, que la economía –y que me perdonen las decenas de miles de economistas que hay en el país– es una ciencia exacta y eterna, y que existió desde la época de Adán y Eva. Se pierde todo el sentido dialéctico cuando alguien cree que esa misma economía de hoy es igual a la de hace 50 años, o hace 100 años, o hace 150 años, o es igual a la época de Lenin, o a la época de Carlos Marx. A mil leguas de mi pensamiento el revisionismo, rindo verdadero culto a Marx, a Engels y a Lenin (Castro Ruz, 2005a: 20-21).

Fidel tiene razón: la economía de hoy no es la de hace 50 años atrás. No lo son ni el paradigma productivo, ni las modalidades de circulación de las mercancías, ni las características del sistema financiero ni el entrelazamiento mundial del capital y el de este con los estados de los capitalismos metropolitanos. Por lo tanto, las políticas económicas del socialismo deben necesariamente partir del reconocimiento de estas nuevas realidades. Y, al mismo tiempo, tener la humildad y la sensatez necesarias como para desconfiar de fórmulas librescas, *prêt à porter*, que se presentan como válidas en todo tiempo y

lugar para la construcción del socialismo. En esa misma plática a los universitarios, Fidel decía que "uno de nuestros mayores errores al principio, y muchas veces a lo largo de la Revolución, fue creer que alguien sabía cómo se construía el socialismo" (Castro Ruz, 2005a: 30). Lección esta importantísima, no sólo por provenir de quien proviene, sino porque desafía la tendencia pertinaz en la izquierda de reducir la construcción del socialismo a la aplicación de una receta, un modelo, una fórmula. Por eso no podría ser más sabia y oportuna la advertencia de Simón Rodríguez insertada al comienzo de este capítulo: o inventamos o erramos. La revolución socialista será creación histórica o no será. En este sentido, vale parafrasear nuevamente la poesía de Antonio Machado diciendo algo así como "socialista no hay modelo, se hace el modelo al andar". Se lo hace en la praxis histórica concreta de la construcción del socialismo y en las condiciones irrepetibles –originales, como dijo Rodríguez– bajo las cuales cada uno de estos procesos tiene lugar.

Decíamos anteriormente que, por las razones ya señaladas, la estatización total de la economía es, en las condiciones actuales, inadecuada y contraproducente. Inadecuada, porque las transformaciones de la economía mundial, dominada sin contrapesos por la lógica del capital, requieren disponer de un amplio arsenal de respuestas flexibles, inmediatas, especializadas y "glocales", es decir, que tomen en cuenta tanto el contexto global como el local y el nacional, lo cual es incompatible con la rigidez, la lentitud, la generalidad y el enfoque eminentemente nacional de la planificación integral. Atento a esta realidad, Raúl Castro, en el discurso del 24 de febrero de 2008 pronunciado con motivo de las conclusiones de la sesión constitutiva de la VII Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular, comentaba que una de las limitaciones del centralismo planificador era "la tendencia a aplicar la misma receta en todas partes. Como resultado de ello, y quizás su peor consecuencia, muchos piensan que cada problema exige medidas de alcance nacional para resolverse". En esa misma intervención abogaba por una reforma del esta-

do tendiente a crear una estructura estatal "más compacta y funcional, con menor número de organismos de la administración central del estado y una mejor distribución de las funciones que cumplen", con lo cual se permitirá "reducir la enorme cantidad de reuniones, coordinaciones, permisos, conciliaciones, disposiciones, reglamentos, circulares, etc., etc. Contribuirá además a concentrar algunas actividades económicas decisivas hoy dispersas en varios organismos, y hacer un mejor empleo de los cuadros" (Castro Ruz, 2008).

Como vemos, la dirigencia cubana hace una lectura apropiada de las circunstancias actuales y, dentro de ellas, de las características que deben asumir la estructura y el funcionamiento de la organización estatal y de la economía cubana. Es más: en ese mismo discurso, Raúl sostuvo también que "en diciembre hablé del exceso de prohibiciones y regulaciones, y en las próximas semanas comenzaremos a eliminar las más sencillas. Muchas de ellas tuvieron como único objetivo evitar el surgimiento de nuevas desigualdades, en un momento de escasez generalizada, incluso a costa de dejar de recibir ciertos ingresos" (Castro Ruz, 2008). Pero hoy algunas condiciones han cambiado y esas "prohibiciones y regulaciones" desencadenan efectos exactamente contrarios a los buscados.

A su vez, un esquema centralizado de dirección y control de la vida económica resulta contraproducente en la medida en que alimenta una vigorosa tendencia a instaurar el predominio de una burocracia que progresivamente se va desentendiendo y descomprometiendo de la construcción de una nueva sociedad, convirtiéndose en cambio en celosa custodia de sus privilegios. Las lecciones que se desprenden del derrumbe de la Unión Soviética aportan elementos irrebatibles sobre este tema.

Para resumir: si la planificación centralizada y la estatización completa de la economía soviética eran el único camino que se abría luego de las jornadas de octubre de 1917, nada indica que hoy, casi un siglo más tarde, ese sea el único sendero por el cual deban marchar quienes luchan por la construcción de una nueva sociedad. En el ya

mencionado discurso de Raúl se planteó reiteradamente la necesidad de avanzar en el terreno de las alternativas al modelo actual, citando en su apoyo el mensaje de Fidel del 18 de febrero en el cual el Comandante decía que "los problemas actuales de la sociedad cubana requieren más variantes de respuestas para cada problema concreto que las contenidas en un tablero de ajedrez". Aferrarse a un viejo modelo, aunque haya sido exitoso en el pasado, cuando se han extinguido las condiciones nacionales e internacionales que lo hacían posible y razonable, equivale a internarse en una ruta que culmina inexorablemente en un mayúsculo y penoso fracaso.

Romper las cadenas del "otro pensamiento único"

El neoliberalismo impuso el "pensamiento único" sintetizado en la fórmula del Consenso de Washington. Pero hay otro "pensamiento único": el de una izquierda detenida en el tiempo y que carece de la audacia para repensar y concretar la construcción del socialismo rompiendo los moldes tradicionales derivados de la experiencia soviética. ¿Por qué no pensar en un ordenamiento económico más flexible y diferenciado, en el que la propiedad estatal de los recursos estratégicos y los principales medios de producción –cuestión esta no negociable– conviva con otras formas de propiedad pública no estatal, o con empresas mixtas en las que algunos sectores del capital privado se asocien con corporaciones públicas o estatales, o con firmas controladas por sus trabajadores en asociación con los consumidores, o con cooperativas o formas de "propiedad social" de diverso tipo –como las que se están impulsando en la Venezuela bolivariana– pero ajenas a la lógica de la acumulación capitalista? Por supuesto, no se trata de un experimento sencillo. Está sujeto a múltiples contradicciones, pero ¿quién dijo que la construcción del socialismo sería, como en su momento lo observara Lenin, algo tan simple como bajarse de un pulcro tren alemán cuando un no menos atildado conductor del convoy anunciase: "¡Estación de la revolu-

ción socialista. Todos abajo!". Este esquema es factible a condición de que exista un estado fuerte, dotado de una gran legitimidad popular y muy bien organizado. Si se reúnen estos requisitos, la articulación entre estos diferentes tipos de empresas puede concretarse sin poner en peligro el avance del socialismo.

Lo anterior remite a otra cuestión, usualmente mal interpretada, y es la siguiente: muchos piensan, especialmente en la izquierda, que cualquier reforma económica es necesariamente neoliberal. Ante estas insinuaciones conviene recordar una reflexión de José Carlos Mariátegui cuando con gran perspicacia dijera que "la herejía es indispensable para comprobar la salud del dogma" (2007: 10). El absurdo de anatemizar cualquier reforma como una herejía o una traición al socialismo –entendido este como un dogma inalterable no sólo en el plano de los principios, lo que está bien, sino también en el de los proyectos históricos, lo que está mal– salta a la vista, porque significaría la consagración de un suicida inmovilismo, la negación de la capacidad de autocorrección de los errores y una renuncia al aprendizaje colectivo, condiciones estas imprescindibles para el permanente perfeccionamiento del socialismo. ¿O es que se piensa que el socialismo puede instituir una política y un modelo de organización económica y social para sostenerlos imperturbablemente a lo largo del tiempo, más allá del devenir de los acontecimientos históricos? ¡Eso es metafísica, no marxismo! Por algo Marx y Engels ya advertían, en *La ideología alemana*, que "para nosotros el comunismo no es un *estado* de cosas que debe implantarse con arreglo a unas premisas imaginadas, o un ideal al que ha de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos *comunismo* al movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual" (Marx y Engels, 1968: 54). Nótese bien: "movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual". Y en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Marx observaba algo que debería llamar a la reflexión a los partidarios del inmovilismo pseudorevolucionario: "las revoluciones proletarias como las del siglo xix se critican constantemente a sí mismas, se

interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzarlo de nuevo desde el principio, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos" (Marx, 1973: 236). Nótese bien las palabras que utiliza: "se critican constantemente a sí mismas [...] vuelven sobre lo que parecía terminado para comenzarlo de nuevo": ¿no es esta la actitud de un auténtico revolucionario? ¿O será que sus marcas distintivas son la autocomplacencia y el conformismo? En otro pasaje igualmente luminoso de ese mismo libro Marx afirmaba que "la revolución social del siglo xix no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo xix debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido" (Marx, 1973). Es preciso que nos despojemos de esa "veneración supersticiosa del pasado" que nos obnubila y nos impide repensar críticamente la Revolución Rusa y su proyecto económico; repensar octubre en toda su tremenda grandeza y, también, en las limitaciones que desencadenaron su penoso final. Ajustadas así las cuentas con nuestro propio pasado, podremos enfrentar abiertamente los desafíos de nuestra época con la creatividad y la audacia, a la vez teórica y práctica, propias del marxismo.

Por consiguiente, este y no otro debe ser el significado de una política de reformas *dentro del socialismo*; no para volver al capitalismo sino para perfeccionar el socialismo y dar un paso más en dirección a la sociedad comunista. Arrojar por la borda esta necesidad de impulsar un continuo perfeccionamiento de la obra revolucionaria es el camino más seguro para garantizar el fracaso de un proyecto socialista.

Fiel a las enseñanzas de Marx y Engels, Fidel decía en su discurso pronunciado en la Universidad de La Ha-

bana que "estamos marchando hacia un cambio total de nuestra sociedad. Hay que volver a cambiar, porque tuvimos tiempos muy difíciles, se crearon esas desigualdades, injusticias, y lo vamos a cambiar sin cometer el más mínimo abuso, sin quitarle un peso a nadie" (Castro Ruz, 2005a). Esto se haría, según el Comandante, "sin cometer un abuso, sin matar a nadie de hambre, sólo con sencillísimos principios: la libreta tiene que desaparecer; los que trabajan y producen más recibirán más, comprarán más cosas; los que trabajaron durante décadas recibirán más y tendrán más cosas. Y el país tendrá mucho más, pero no será una sociedad de consumo, será una sociedad de conocimientos, de cultura […] Ninguno de nosotros se ha vuelto neoliberal; pero les vamos a demostrar irrefutablemente las crisis de sus teorías"[33] (Castro Ruz, 2005a).

Nos parece que estas líneas sintetizan notablemente los desafíos que debe enfrentar el avance en la construcción del socialismo en Cuba y, por extensión, en los países que están iniciando este recorrido. No podemos olvidar que un proyecto de este tipo debe garantizar la elevación de las condiciones de vida materiales y espirituales de las grandes mayorías nacionales. En el caso cubano, el criminal bloqueo norteamericano ha conspirado muy eficazmente en contra de este objetivo, pero sería un gravísimo error pensar que todos los problemas de la economía cubana se explican por la persistencia de esa política imperialista. Estamos convencidos de que su maligna efectividad podría reducirse considerablemente si se adoptasen nuevas políticas, especialmente diseñadas para enfrentar los graves problemas

33 El tema de la libreta, y la necesidad de un replanteamiento radical del funcionamiento de la economía cubana, apareció también en el ya mencionado discurso de Raúl, en uno de cuyos pasajes afirmaba que "cualquier cambio referido a la moneda debe hacerse con un enfoque integral en el que se tengan en cuenta, entre otros factores, el sistema salarial, los precios minoristas, las gratuidades y los millonarios subsidios que actualmente suponen numerosos servicios y productos distribuidos de una forma igualitaria, como los de la libreta de abastecimiento, que en las actuales condiciones de nuestra economía resultan irracionales e insostenibles" (Castro Ruz, 2008).

que afectan las condiciones de vida de grandes sectores de la población, como los bajos salarios, el transporte, la vivienda, la creciente desigualdad económica y social, la insuficiencia de la oferta alimentaria y la baja productividad del sector público, entre otros males reiteradamente señalados con preocupación por la dirigencia revolucionaria. En la actualidad, la legitimidad de la Revolución descansa sobre dos pilares: el liderazgo de Fidel, como heredero indiscutible del legado martiano, y los logros obtenidos especialmente en los campos de la salud y la educación. Pero ninguno de estos dos pilares es eterno y, como afirmara el propio Fidel en el ya mencionado discurso, una revolución como esta, que ha probado ser imbatible desde afuera al resistir medio siglo de agresión imperialista, podría llegar a sucumbir producto de sus propios errores; o a suicidarse si no tiene la audacia necesaria para encarar los cambios que se requieren para garantizar su supervivencia y la consolidación del socialismo[34].

Es preciso recordar que la construcción de un proyecto socialista (y en América Latina, la simple promoción de una tímida reforma social) abre las puertas del

---

34 Muchos observadores y admiradores de la Revolución Cubana no dejan de sorprenderse por la escasa discusión que ha suscitado, al menos vistas las cosas desde afuera, el discurso de Fidel en la Universidad de la Habana y al cual nos hemos referido extensamente en estas páginas. Es más, por momentos se nota una cierta autocomplacencia y algo de triunfalismo al publicitar las elevadas tasas de crecimiento económico registradas en Cuba en los últimos años, pero que, al igual que ocurriera en otros países, poco tienen que ver con un paralelo mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores populares. El riesgo de todo esto es la consolidación de un abismo que separa al país legal e institucional, con brillantes cifras de desempeño macroeconómico, del país real que continúa padeciendo los problemas ya señalados. El resultado de esta separación entre lo oficial y lo real podría llegar a ser la generalización de una sensación de incredulidad y desencanto populares, lo que a su vez podría convertirse en un apropiado caldo de cultivo de actitudes contrarrevolucionarias en un futuro no muy lejano. Una excelente tentativa reciente de discutir la realidad cubana a fondo se encuentra en Julio César Guanche (2008). Un texto anterior de Fernando Martínez Heredia, *El corrimiento hacia el rojo*, también permite penetrar en el análisis de los problemas más urgentes y graves de la Cuba actual (Martínez Heredia, 2001).

infierno de donde salen todos los demonios imaginables con el objeto de sabotear el experimento y destruirlo acudiendo a cualquier clase de recurso. Por lo tanto, la complejidad propia de la necesidad de articular diferentes formas de propiedad social o pública –entre las cuales la estatal seguiría siendo la más importante, pero de ninguna manera la única– no es mayor que la que exige el sostenimiento, contra viento y marea, de un esquema de dirección y control centralizados cuya eficacia práctica ha sido irrefutablemente invalidada por los avatares de la experiencia y, en un terreno más abstracto, por el propio desarrollo de las fuerzas productivas y, más específicamente, por la informática. Por supuesto, esta compleja articulación de diversas formas de propiedad no está exenta de problemas, pero se trata de dificultades de otro orden y no de las que se derivan de un pertinaz estancamiento económico alimentado, entre otras razones, por la "lentitud de reflejos" de una conducción centralizada cada vez más imposibilitada –a pesar de su patriotismo, su militancia y sus esfuerzos– de controlar eficazmente la totalidad de la vida económica de un país, y de hacerlo cumpliendo con requisitos impostergables de eficiencia y productividad necesarios para elevar las condiciones materiales y espirituales de vida de las clases y capas populares y sentar las bases materiales para la construcción del socialismo. Es necesario agregar, por otra parte, que en Cuba *ya existen diversas formas de propiedad*; no es que estas surgirían de las reformas económicas socialistas que se deberían implementar, sino que ya están en funcionamiento. Más aún, algunas de esas formas de propiedad no estatal se sitúan en el borde mismo de la legalidad y, según el mencionado discurso de Fidel, presentan un significativo componente de corrupción que no hace otra cosa que deslegitimar los inmensos logros de la revolución. Es preciso asumir esta realidad y actuar sin más dilaciones para enfrentar eficazmente este problema[35].

---

35 En relación a esto, Fidel ofrecía algunos ejemplos que por su capacidad didáctica merecen ser citados en toda su extensión: "¿Cono-

En síntesis: será necesario elaborar, en función de las condiciones históricas concretas de cada país, lo que sería un proyecto socialista aquí y ahora. No hay un proyecto único ni un modelo ideal a imitar. A propósito de este tema, conviene recordar *in extenso* un pasaje de José C. Mariátegui en "Aniversario y balance", en el cual el notable marxista peruano sostenía que "la palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituirle su sentido estricto y cabal. La revolución latino-americana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente la revolución socialista. A esta palabra agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: antiimperialista, agrarista, nacionalista revolucionaria. El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos [...] No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva" (Mariátegui, 1969a: 247-249). De esto se trata, precisamente.

Sujetos

Claramente, en plural. No existe un único sujeto –y mucho menos un único sujeto preconstituido– de la

---

cían –les pregunta a los estudiantes– todas estas desigualdades de las que estoy hablando? ¿Conocían ciertos hábitos generalizados? ¿Conocían que algunos ganaban en el mes 40 o 50 veces lo que gana uno de esos médicos que está allá en las montañas de Guatemala, miembro del contingente 'Henry Reeve'? Puede estar en otros lugares distantes de África, o estar a miles de metros de altura, en las cordilleras del Himalaya salvando vidas, y gana el 5%, el 10% de lo que gana un ladronzuelo de estos que vende gasolina a los nuevos ricos, que desvía recursos de los puertos en camiones y por toneladas, que roba en las tiendas en divisa, que roba en un hotel cinco estrellas, a lo mejor cambiando la botellita de ron por una que se buscó, la pone en lugar de la otra y recauda todas las divisas con las que vendió los tragos que pueden salir de una botella de un ron más o menos bueno. ¿Cuántas formas de robo hay en este país?" (Castro Ruz, 2005a).

transformación socialista. Si en el capitalismo del siglo xix y comienzos del xx podía postularse la centralidad excluyente del proletariado industrial, los datos del capitalismo contemporáneo y la historia de las luchas de clases sobre todo en la periferia del sistema demuestran el creciente protagonismo adquirido por masas populares que en el pasado eran tenidas como incapaces de colaborar en la instauración de un proyecto socialista. Campesinos, indígenas, sectores marginales urbanos eran, en el mejor de los casos, acompañantes en un discreto segundo plano de la presencia estelar de la clase obrera. La historia latinoamericana, desde la Revolución Cubana hasta aquí, ha demostrado que, al menos en los capitalismos periféricos (para no entrar en una discusión sobre los desarrollados, que no son objeto de esta discusión), el exclusivismo protagónico del proletariado industrial no fue confirmado por los hechos. Baste recordar la caracterización del "pueblo" hecha por Fidel Castro en *La historia me absolverá* (2005b), o el papel de esas masas populares urbanas y rurales en los levantamientos que tuvieron lugar en Bolivia y Ecuador (que se tradujeron posteriormente en las victorias electorales de Evo Morales y Rafael Correa), o el heroísmo de esas masas en la derrota del golpe de estado de abril de 2002 en contra de la Revolución Bolivariana para apreciar, en toda su magnitud, la multiplicación de los sujetos de la resistencia y oposición al capitalismo.

Pueblo

De ahí la importancia de la noción de "pueblo" utilizada por Fidel en su alegato, texto en el cual resuenan con fuerzas las ideas del joven Marx sobre la emancipación integral del proletariado. En efecto, Fidel rompe allí con una vetusta tradición al decir:

> Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta […] a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia

> por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación [...] Y ahí están los 600 mil cubanos sin trabajo, los 500 mil obreros del campo, los 400 mil obreros industriales y braceros, los 100 mil pequeños agricultores, los 30 mil maestros, los 20 mil pequeños comerciantes, los 10 mil profesionales jóvenes [...] A este pueblo [...] no le íbamos a decir "Te vamos a dar", sino "¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad!" (Castro Ruz, 2005b: 59-61).

Se desprende de estas palabras una concepción del campo popular ajena al exclusivismo "obrerista" que tantos daños hiciera a la izquierda latinoamericana, al impedirle siquiera "ver" –¡no digamos incorporar a su construcción política!–, ver a esa enorme masa de campesinos, indígenas y pobres del campo y la ciudad condenados a la invisibilidad y la negación por la condición periférica del capitalismo latinoamericano y el colonialismo intelectual de la izquierda tradicional, con algunas honrosas excepciones como la de José Carlos Mariátegui y el Che, y que constituye la inmensa mayoría de nuestras sociedades. Aquello que Fidel propone en su discurso implica precisamente una ruptura con las concepciones tradicionales del marxismo embalsamado y acartonado de aquellos años acerca del sujeto de las luchas emancipadoras. Plantea, en cambio, una visión amplia, abarcadora, reconciliada con las necesidades urgentes de la coyuntura que exige la unificación de todas las fuerzas sociales oprimidas y explotadas por el capitalismo y no su dispersión en un archipiélago de organizaciones políticas y sociales cuya desunión confirma su propia irrelevancia. La política de alianzas del Movimiento 26 de Julio haría de esta verdadera renovación teórica el fundamento mismo de su actuación práctica y de su exitosa culminación el 1 de enero de 1959.

En la actualidad, el capitalismo no sólo somete a su yugo al proletariado industrial, sino que, como lo recuerda François Houtart, la subsunción real y formal de la enorme mayoría de la población del planeta a la lógica del capital ha expandido extraordinariamente el número

y la diversidad de actores sociales que hoy se encuentran en contradicción con la burguesía. Un cálculo aproximado revela que en estas condiciones se encuentran directamente involucradas unas tres mil millones de personas. Si el viejo proletariado industrial se redujo en número y se fragmentó en múltiples fracciones, lo cierto es que nunca como hoy hubo tantas clases y grupos sociales subordinados al despotismo del capital y, bajo ciertas circunstancias, movilizables para combatirlo.

Sin duda estas transformaciones del capitalismo reflejan también la derrota de los proyectos llamados a sustituirlo y superarlo históricamente. Pero, como recordara con agudeza el gran marxista británico Ralph Miliband (1985: 20-35), "si hoy tenemos, en algunas partes, capitalismos democráticos, *welfare state*, sociedades más abiertas y un recortado despotismo del capital en la economía, es porque la clase obrera de Occidente impugnó al capitalismo y trató por lo menos de reformarlo". Es cierto: no se lanzó a "tomar el cielo por asalto", consumando su revolución, y además sus proyectos reformistas fueron desigualmente exitosos. Pero su protagonismo y su vocación transformadora han sido indiscutibles, y sus resultados están a la vista". En otras palabras: el proletariado industrial clásico, teorizado por Marx y Engels en la segunda mitad del siglo XIX, no pudo o no supo cumplir con su "misión histórica" en los capitalismos desarrollados; pero lo intentó repetidas veces y sólo sucumbió luego de haber sido ahogado en sangre por dos guerras mundiales y el fascismo.

Dicho esto, podríamos preguntarnos si es que queda algún papel para la clase obrera. La teoría hegemónica en las ciencias sociales, claramente tributaria de los preceptos del pensamiento liberal, no sólo ha descartado el papel de la clase obrera, sino que ha eliminado por completo de su horizonte de análisis la relevancia de las clases sociales (¡ni qué hablar de la lucha de clases!). Pero tal como les ocurriera a los teólogos medievales con las leyes que regían el mundo de la naturaleza, las leyes de movimiento de la sociedad burguesa no desaparecerán por el capricho de un concepto, una moda intelectual o

la superficial ingeniosidad de quienes han reemplazado el análisis materialista de la sociedad por un vistoso juego de palabras que, en su vacuidad, no hace otra cosa que ocultar la naturaleza insanablemente explotadora y opresiva de la sociedad capitalista. Si aquellos combatían a Galileo diciendo que no era la tierra sino el sol y los planetas los que giraban a su alrededor, los "posmodernos" de las ciencias sociales combaten con igual ardor a quienes creen que las clases sociales y sus luchas siguen siendo el principal motor de la historia. Tal como afirmamos en un texto escrito hace ya algunos años, "la proliferación de actores sociales no decreta la abolición de las leyes de movimiento de la sociedad de clases: sólo significa que la escena social y política se ha complejizado. El aumento en el número, así como la diversificación de la calidad de los actores sociales, de ninguna manera supone la desaparición de las clases sociales ni el ocaso de su conflicto como el eje dinámico fundamental de las sociedades capitalistas" (Boron, 2005a).

La centralidad de la clase obrera no es un asunto estadístico. Poco tiene que ver con su volumen o proporción en el seno de una sociedad capitalista. Su centralidad tiene que ver con su singular inserción en el proceso productivo y su irremplazable papel en la valorización del capital, lo cual hace que sólo esa clase pueda eventualmente reunir las condiciones necesarias para subvertir el orden burgués. El hecho de que para el cumplimiento de su misión histórica necesita del concurso de otras clases y grupos sociales es tan evidente que ya desde los tiempos del *Manifiesto del Partido Comunista* Marx y Engels se encargaron de dejarlo claramente planteado. Pensar de otra manera el papel del proletariado significaría postular la fatal inexorabilidad de la revolución socialista, algo completamente ajeno al espíritu del marxismo.

Ahora bien: es preciso tener en cuenta que cuando hoy hablamos de proletariado nos enfrentamos a dos situaciones distintas. Por un lado, al encogimiento de las filas del proletariado industrial clásico; por el otro, a la extraordinaria ampliación y creciente heterogenei-

dad que caracterizan a esta clase como producto de las transformaciones experimentadas por el modo de producción capitalista. En el primer sentido, hay menos proletarios "clásicos" que antes, en el mundo desarrollado tanto como en la periferia; pero en otro sentido podría decirse que jamás ha habido en la historia del capitalismo tantos proletarios como hoy, si bien de un nuevo tipo. Es esto lo que tiene *in mente* Frei Beto cuando habla del "pobretariado" latinoamericano y su papel en la transformación de nuestras sociedades. Un "pobretariado" constituido por obreros industriales; por ex obreros caídos en la desocupación crónica e irreversible; por el enorme universo de los informales urbanos y rurales; por los sectores medios empobrecidos y proletarizados; por las masas campesinas e indígenas sometidas a la lógica mercantil; por los jóvenes que no tienen futuro en el capitalismo. En fin, por hombres y mujeres para quienes este sistema no abriga esperanza alguna.

Estos cambios en la anatomía de las clases populares explican, en gran medida, la crisis en que cayeron sus estructuras tradicionales de mediación: partidos y sindicatos no lograron hasta ahora adaptarse a la nueva realidad, y su vacío fue crecientemente ocupado por nuevos movimientos sociales. Estos movimientos expresan una realidad distinta, pero no contradictoria, al continuado protagonismo de las clases sociales, y la correcta apreciación de sus potencialidades transformadoras no puede hacerse subestimando las posibilidades que aquellas todavía conservan. Las reivindicaciones de los vecinos de las barriadas populares, de las mujeres, de los jóvenes, de los ecologistas, de los pacifistas y de los defensores de los derechos humanos no pueden ser plenamente comprendidas si no se las integra al marco más comprehensivo del conflicto de clases y la dominación burguesa, aunque esto no significa que la productividad de los movimientos pueda ser reducida a un eje clasista que las determina y condiciona. Estos nuevos sujetos no son un mero espejismo, un epifenómeno de la lucha de clases, sino que expresan nuevos tipos de contradicciones y reivindicaciones generadas por la renovada complejidad y

conflictividad de la sociedad capitalista. Pero la dinámica de los movimientos sociales sería prácticamente indescifrable si no la situáramos en el contexto más global de las relaciones de clase y sus contradicciones estructurales. ¿Cómo comprender la lucha de las agrupaciones vecinales de la periferia que demandan luz y agua, sin tomar en cuenta que fue el modo en que la burguesía ha acumulado, dominado y especulado sobre el territorio lo que condenó a millones de latinoamericanos a vivir en la indigencia? ¿Cómo interpretar las demandas de los organismos defensores de los derechos humanos, si olvidáramos por un instante que en estos países la burguesía y el imperialismo han promovido reiteradamente políticas ferozmente antipopulares para preservar un orden social escandalosamente injusto? ¿Cómo entender el rechazo que la burguesía siente por los "verdes", si desconociéramos que su propuesta conservacionista es profundamente antagónica con la racionalidad predatoria del capitalismo? Un último ejemplo: las transiciones políticas latinoamericanas. En un comienzo se constituyó un consenso bastante amplio entre los especialistas, que subrayaba la centralidad de los nuevos movimientos sociales en la marcha desde el autoritarismo hacia la democracia. A poco andar, sin embargo, la evidencia demostró que quienes estaban desempeñando los papeles protagónicos de la transición no eran sino los viejos actores clasistas: los empresarios, la banca extranjera, el imperialismo, el movimiento obrero. Los movimientos sociales cedieron rápidamente su lugar de privilegio a los actores colectivos cuyo certificado de defunción había sido extendido prematuramente.

Por otra parte, debe tenerse en cuenta que, si bien es imprescindible reconocer las profundas transformaciones que afectaron a las clases y capas populares: atomización, fragmentación, heterogeneización, no es menos cierto que en el vértice de la pirámide social los procesos en marcha solidificaron a la burguesía y sus diversas fracciones, a punto tal que estas fueron capaces de unificar sus estrategias y tácticas a escala planetaria, tal como lo refleja su reunión anual en Davos. Es

decir que, lejos de desaparecer la lucha de clases, lo que ha ocurrido es que el sujeto popular se ha fraccionado y desintegrado, mientras que su adversaria, la burguesía, se benefició de un proceso inverso y se presenta ante el mundo cada vez más coherente y unificada. En todo caso, para los socialistas y para quienes anhelamos la construcción de un mundo socialista, los procesos que alteraron la fisonomía del universo popular nos plantean nuevos y arduos retos.

La creciente complejidad de los capitalismos contemporáneos ha creado nuevas líneas de conflicto, que coexisten articuladamente con el persistente y agravado antagonismo de clases. Y este sigue siendo, tanto en los capitalismos centrales como en la periferia del sistema, la "falla geológica" fundamental de nuestras sociedades. En relación con esto, y para no detenerme excesivamente sobre este punto, quisiera concluir citando una vez más un trabajo de Ralph Miliband, quien sostuvo:

> De ninguna manera quiere todo esto decir que los movimientos de mujeres, negros, pacifistas, ecologistas, homosexuales y otros no sean importantes, o no puedan tener efecto, o que deban renunciar a su propia identidad. De ninguna manera. Sólo significa que el principal (no el único) sepulturero del capitalismo sigue siendo la clase obrera organizada. Esta constituye el necesario e indispensable "instrumento de cambio histórico". Y si, como se dice constantemente, la clase obrera organizada se rehúsa a encargarse de la tarea, entonces la tarea no se hará. [Pero] nada ha sucedido en el mundo del capitalismo avanzado y en el mundo de la clase trabajadora que autorice a una visión de tal futuro (Miliband, 1985: 26).

En conclusión, la construcción del "sujeto" del socialismo del siglo xxi requiere reconocer, antes que nada, que no hay uno sino varios sujetos. Que se trata de una construcción social y política que debe crear una unidad allí donde existe una amplia diversidad. Que los lenguajes, las culturas, las tradiciones, mentalidades e ideologías de estos componentes del campo popular son muy diversos, y que la labor de sintetizarlos en una fórmula orga-

nizativa y política coherente es una tarea de una enorme complejidad. Que en esta empresa nada se gana apelando a conceptos vagos y metafísicos –y a la larga desmovilizadores– como la "multitud" de Michael Hardt y Antonio Negri; o a construcciones igualmente metafísicas como las de Ernesto Laclau, en las que el discurso tendría la potencia divina de crear el sujeto (¡con lo cual la tarea de producir el cambio histórico sería sencillísima, pues bastaría con un inteligente armado discursivo para crear un vigoroso sujeto transformador!); o a caracterizaciones muy caras a la tradición liberal, como la "ciudadanía", por ejemplo, que encubre las condiciones concretas de ciudadanas y ciudadanos. Tampoco ayudarían las invocaciones abstractas del "pueblo" o de la "soberanía popular", criticadas ambas por Fidel en su ya citado discurso en el juicio del Moncada. O peor aún sería cometer la aberración de pensar que estos nuevos sujetos políticos pueden prescindir de plantearse una estrategia para la toma del poder, que, como nos recuerdan los grandes clásicos del pensamiento marxista, *es el tema central de cualquier revolución*. En todo caso, conviene recordar con Miliband que, si bien los nuevos movimientos sociales y los intelectuales posmodernos "dudan de la clásica centralidad de la clase obrera […] las fuerzas conservadoras en estas sociedades no lo dudan. Para ellas, los principales antagonistas siguen siendo la clase obrera organizada y la izquierda" (Miliband, 1991: 114). Convendría tomar nota de esta observación del marxista británico.

Partidos y movimientos sociales

Un asunto que no podríamos dejar de considerar al examinar la problemática de los sujetos es la falsa oposición que suele plantearse entre partidos y movimientos sociales. Lamentablemente, en los últimos tiempos esta oposición radical se arraigó muy profundamente en el imaginario de numerosos actores sociales y políticos de América Latina y el Caribe. La consecuencia de este maniqueísmo fue que, mientras los partidos políticos de izquierda fueron todos ellos satanizados y considerados

sin hacer distingo alguno –y por lo tanto cometiendo una enorme injusticia con algunos que lucharon ejemplarmente contra las dictaduras que asolaron a nuestros países en los años setenta y ochenta– como aparatos burocratizados, desmovilizadores y claudicantes, los movimientos sociales fueron exaltados como excelsas organizaciones inmunes a las deformaciones burocráticas, las ambigüedades, los personalismos y las mezquindades que, según esta poco feliz interpretación, caracterizarían a los partidos de izquierda de la región. Demás está decir que esta simplificación no resiste el menor análisis y que cualquiera mínimamente informado sobre la realidad sociopolítica de nuestros países sabe que los vicios que se achacan, muchas veces con justa razón, a los partidos también afectan, en mayor o menor medida, a los movimientos sociales. Sus proclamas a favor de la horizontalidad y el "basismo" no siempre encuentran una traducción real en la vida concreta de estos movimientos y no pocas veces son un discurso divorciado de los hechos. Y las "nuevas formas de hacer política" con que los movimientos sociales muchas veces se presentan en la escena pública para diferenciarse de la vieja politiquería partidaria suelen dar lugar más pronto que tarde a la resurrección de odiosas prácticas que se creían exclusivas de los partidos.

En otras palabras: partidos y movimientos representan dos modos de articular los intereses del campo popular, modos que no son contradictorios sino complementarios, entre otras cosas porque juegan en distintos escenarios: los partidos en el marco de las instituciones políticas y los movimientos en el seno de la sociedad civil. Si estos demostraron poseer una potencial capacidad para establecer una conexión más estrecha con su propia base y representar de manera más inmediata sus intereses, adolecen en cambio de una enorme dificultad a la hora de sintetizar la multiplicidad de particularismos que ellos encarnan en una fórmula política y en una estrategia unificada que pueda enfrentar con éxito la estrategia unificada de la burguesía. Por eso el partido sigue siendo, en palabras de Gramsci, el "prín-

cipe colectivo" popular que debe cumplir con esa función sintetizadora e integradora que unifique la enorme fragmentación del campo popular y que, más allá de las justas críticas que pueda merecer, sigue siendo un componente irreemplazable de todo proceso emancipatorio. Movimientos que rehúsen siquiera pensar en tomar el poder y partidos que se desentiendan de la necesidad de representar genuina y democráticamente la amplia diversidad de intereses, valores, aspiraciones y esperanzas de las clases y capas subalternas son una receta perfecta para la perpetuación del dominio de la burguesía y el capital imperialista. Movimientos que se estancan en la mera expresión catártica de su identidad, desprovistos de un proyecto de poder (sea por la vía insurreccional o la institucional), no hacen otra cosa que fortalecer la tiranía de las clases dominantes; y lo mismo puede decirse de los partidos que, víctimas de una suerte de "cretinismo institucionalista", piensan que se puede conquistar el poder jugando exclusivamente dentro de las instituciones estatales establecidas por la burguesía. Tanto los partidos como los movimientos parecen ignorar que esta jamás apuesta todas sus cartas en un solo escenario, sino que continuamente combina tácticas y estrategias que utilizan tanto los canales institucionales (las elecciones y todas las instituciones políticas del estado) como los canales extra-institucionales: la calle, las movilizaciones, la propaganda política, los medios de comunicación de masas, los sabotajes, los *lock-outs* patronales, la fuga de capitales, la huelga de inversiones, los chantajes a los gobernantes, etcétera. En una palabra, la burguesía no se enfrenta con los falsos problemas que suelen abrumar y paralizar al campo popular, esterilizado y desmovilizado en improductivas discusiones acerca de si movimientos sí o movimientos no, o partidos sí o partidos no. Profunda conocedora del poder y sus secretos, la burguesía utiliza todas las armas disponibles en su arsenal haciendo caso omiso de sus características, mientras sus opositores se desangran dirimiendo primacías entre unas y otras y quedando, por eso mismo, a merced de sus enemigos de clase.

Conciencia revolucionaria

Queda en pie una tercera incógnita, nada teórica por cierto: ¿cómo determinar la madurez de la conciencia revolucionaria del campo popular? En el discurso pronunciado en la Universidad de Concepción, en Chile, durante su visita a ese país en 1971, Fidel se refirió a este tema y, por añadidura, a la compleja dialéctica que entrelaza reforma y revolución. Lo hizo en los siguientes términos:

> La revolución tiene distintas fases. Nuestro programa de lucha contra Batista no era un programa socialista ni podía ser un programa socialista, realmente, porque los objetivos inmediatos de nuestra lucha no eran todavía, ni podían ser, objetivos socialistas. Estos habrían *rebasado el nivel de conciencia política de la sociedad cubana en aquella fase*; habrían rebasado el nivel de las posibilidades de nuestro pueblo en aquella fase. Nuestro programa cuando el Moncada no era un programa socialista. Pero *era el máximo de programa social y revolucionario* que en aquel momento nuestro pueblo podía plantearse (Castro Ruz, 1972; énfasis propio)[36].

¿Qué enseñanzas se pueden extraer de estas palabras? Por lo pronto una: la obligación que tienen las fuerzas populares de determinar con precisión cuál es el nivel de conciencia política real y de posibilidades reales de lucha de nuestros pueblos en esta peculiar coyuntura de su desarrollo histórico. O, en las palabras del joven Marx con que iniciáramos este trabajo, establecer las condiciones reales –no las que se postulan dogmáticamente desde una defectuosa lectura de la teoría marxista– en que se encuentra ese "candoroso suelo popular", bombardeado desde hace siglos por toda clase de prejuicios, mitos, supersticiones, tradiciones culturales e ideologías que obstaculizan el surgimiento de una conciencia clara y lúcida sobre su propia situación.

Otra lección: que el "rayo del pensamiento" tenga el voltaje suficiente como para producir la chispa que

---

36 Hemos examinado este tema, a propósito del triunfo de Evo Morales en Bolivia, en Boron (2005b).

incendie la pradera. Esto es que, además de proporcionar de modo sencillo y persuasivo una explicación de la crisis actual y las mortales amenazas que se ciernen sobre la humanidad, suministre también una ruta sensata y realista de escape. Uno de los elementos que más favorece la estabilidad de la dominación imperialista en estos tiempos no es tanto la poca conciencia sobre el holocausto social y ecológico que está causando el capitalismo, como el lúgubre fatalismo y la resignación que produce la no visualización de ninguna ruta de escape, de que "no hay alternativas", como pregona incesantemente el pensamiento único. El "rayo del pensamiento", es decir, el marxismo actual, tiene que demostrar que sí hay alternativas y que puede ser esa "guía para la acción" que reclamaba Lenin. Nadie piensa en escapar de una prisión a menos que pueda imaginar un punto de fuga y una estrategia de escape. El neoliberalismo obtuvo un decisivo triunfo en la batalla ideológica al convencer a nuestras sociedades, y sobre todo a las clases y capas populares, de que tal punto no existe.

El sentido de la "batalla de ideas" es precisamente ese: demostrar que hay vida después del neoliberalismo, que otro mundo es posible y que la historia todavía no ha dicho su última palabra. Pero para esto es preciso que las fuerzas políticas y sociales de izquierda tengan claridad teórica para "leer" correctamente la coyuntura nacional e internacional y determinar con precisión la correlación de fuerzas en pugna; eficacia organizativa para atraer, encuadrar y organizar la resistencia y las luchas del campo popular; y capacidad didáctica para diseminar el pensamiento crítico en el conjunto de las clases y capas subalternas[37]. De lo contrario, pueden caer en un

37 Este último punto, el papel "educativo" del partido, tan señalado por Lenin como por Gramsci, debería ser objeto de especial atención en el caso de Cuba. Son varios los que han constatado, sobre todo a partir del derrumbe de la Unión Soviética, el desprestigio en que ha caído el marxismo en amplios segmentos de la juventud cubana al identificarlo con la "ideología oficial" del extinto régimen soviético. El pertinaz bombardeo propagandístico del imperio sobre la isla y el hecho de que dos de las tres generaciones que hoy conviven en Cuba están constituidas por personas que nacieron luego del triunfo de la

"revolucionarismo retórico" tan desacertado como estéril y que sólo ha servido para que la izquierda sectaria practique su pasatiempo favorito: inventariar y denunciar a la legión de líderes "traidores" y organizaciones renegadas que a lo largo de la historia abortaron con su indecisión y cobardía la infinidad de procesos revolucionarios que, según su frondosa imaginación, se hallaban en curso en los más apartados rincones del planeta.

Conclusiones

Decíamos anteriormente que esta es una coyuntura muy peculiar de nuestro desarrollo histórico. ¿Por qué? Porque pocas veces como ahora las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución asumieron trayectorias tan divergentes como las que enseña la historia reciente de América Latina. Objetivamente: empobrecimiento, exclusión y creciente opresión de las clases y capas populares en todas nuestras sociedades; profundización de la explotación y la depredación humana y medioambiental; desenfrenada agresividad del saqueo imperialista, con una sucesión interminable de guerras de rapiña mientras el sistema internacional se derrumba desde el África subsahariana hasta la propia Europa en Kosovo, mientras persiste el bloqueo contra Cuba y se multiplican las presiones y los chantajes sobre los gobiernos de Bolivia, Ecuador, Nicaragua y Venezuela. Sin embargo, esta dolorosa maduración de las condiciones objetivas para la revolución tropieza con el retraso en el desarrollo de los

---

revolución le otorgan a la "batalla de ideas" una centralidad estratégica imposible de soslayar. La deficiente formación marxista de la juventud cubana fue agudamente denunciada en la ya citada obra de Fernando Martínez Heredia, *El corrimiento hacia el rojo* (2001). Este diagnóstico plantea, a su vez, el interrogante respecto de si el Partido Comunista de Cuba está convenientemente preparado para responder a tan formidables desafíos. Confiamos en que sí, pero sin duda no podrá hacerlo apelando a sucedáneos contemporáneos de los desacreditados manuales de "marxismo-leninismo" que durante tantos años actuaron como intérpretes oficiales del marxismo en Cuba, con las consecuencias que ahora se lamentan. Una crítica devastadora de estos manuales, de su espíritu profundamente antagónico con el marxismo, se encuentra en Ernesto "Che" Guevara (2006).

factores subjetivos, debido a la eficaz dominación ideológica del neoliberalismo potenciada por su control casi absoluto de los medios de comunicación de masas. Estos distintos itinerarios de los factores objetivos y subjetivos pueden ocasionar que las clases populares no acudan puntualmente a la cita con la revolución, desperdiciándose así una inmejorable oportunidad[38].

En todo caso, y volviendo a lo que Fidel afirmaba, cabría preguntarse en relación a los casos de Bolivia, Ecuador, Nicaragua y Venezuela: ¿son los proyectos de sus grupos dirigentes expresión del "máximo social y revolucionario" que, bajo las prevalecientes condiciones de conciencia y organización, puede plantearse con realismo en estos países? ¿Han subestimado o sobrestimado la conciencia política de los sectores populares? ¿Están estos pueblos dispuestos a "ir por más", acele-

38 Este tema, el de la "llegada tarde" de las clases subalternas a su cita con la revolución, fue motivo de grandes debates en las dos primeras décadas del siglo xx. Algunos autores, Lenin entre ellos, planteaban que pasado cierto punto la maduración de las condiciones objetivas desencadenaba un proceso de putrefacción de todo el cuerpo social. Rosa Luxemburgo, en su clásico *¿Reforma o revolución social?*, recuperando lo de Lenin y algunas observaciones de Engels, concluía que, si el proletariado no llegaba a tiempo a su cita con la revolución y conquistaba el socialismo, el resultado sería la barbarie. Criticaba, además, a quienes sostenían que la conquista del poder político por el proletariado sería "prematura" porque las condiciones no estaban maduras para encarar esa empresa con mínimas chances de éxito. A esto Rosa respondía que es imposible evitar la conquista "prematura" del poder político por el proletariado "porque esos ataques 'prematuros' del proletariado precisamente son un factor, y uno de los más importantes, para crear las condiciones *políticas* de la victoria definitiva". El mismo Gramsci retomó esta problemática de la puntualidad de la cita del proletariado con la revolución en sus observaciones acerca de lo nuevo (la revolución socialista) que no termina de nacer y lo viejo, la sociedad burguesa, que no termina de morir. En esa coyuntura, anotaba con justeza, pueden producirse toda clase de fenómenos atroces y aberrantes. Una rápida ojeada a la política contemporánea produciría una impresionante galería de "fenómenos atroces y aberrantes", o de personajes típicos de tales situaciones, como George W. Bush, Silvio Berlusconi, José M. Aznar, para no mencionar los esperpentos que ha producido América Latina en tiempos recientes, desde Carlos S. Menem y Alberto Fujimori hasta Carlos Andrés Pérez, pasando por los sangrientos déspotas de los años setenta y ochenta (los Videla, Pinochet y compañía) y otros de la misma ralea, aunque convenientemente maquillados.

rando la transición hacia un régimen poscapitalista, o se encuentran aún entrampados en la lógica del sistema y sienten que sus gobiernos "avanzan demasiado rápido" o "quieren ir demasiado lejos"?[39]. Es obvio que no hay respuestas desde la teoría para estos interrogantes. El veredicto final lo emitirá la historia como resultado de la praxis combativa de sus clases populares.

Resumiendo, Fidel decía también en Chile:

> Un revolucionario verdadero siempre busca el máximo de cambios sociales. Pero buscar un máximo de cambio social no significa que en cualquier instante se pueda proponer ese máximo, sino que en determinado instante y en consideración al nivel de desarrollo de la conciencia y de las correlaciones de fuerzas se puede proponer un objetivo determinado. Y una vez logrado ese objetivo proponerse otro objetivo más hacia delante. El revolucionario no tiene compromisos de quedarse en el camino (1972: 90).

En otras palabras, y esta es una de las grandes paradojas de la vida política, una revolución rara vez comienza como tal y la lucha por el socialismo del siglo xxi no será una excepción a esta regla. Además, el logro de ciertas metas no significa eternizarse en las mismas, sino que debe ser concebido como una plataforma desde la cual intentar nuevas y más ambiciosas conquistas. La secuencia verificada no sólo en la experiencia cubana sino también en la soviética es que los revolucionarios casi invariablemente levantan un elemental conjunto de reivindicaciones que apenas si podrían llamarse "reformistas". Esta es la historia del programa del 26 de Julio y también del de los bolcheviques en vísperas de la Revolución Rusa. Su consigna: "Pan, tierra y paz" no era para nada revolucionaria. Pero la genialidad de Lenin consistió en saber captar con gran precisión el estado

---

39 En relación a este punto el presidente Hugo Chávez Frías comentó, luego de la derrota en diciembre de 2007 de su propuesta de reforma constitucional, que la trascendencia de la misma no había sido adecuadamente explicada y que por esa razón prevaleció, en amplios sectores del electorado chavista que no concurrió a votar, la convicción de que el gobierno bolivariano "estaba yendo demasiado lejos".

de ánimo de las grandes masas obreras y campesinas rusas, su "nivel de posibilidades" y la situación de su conciencia política.

Para concluir: dados los antecedentes expuestos anteriormente sería imperdonable pensar que el socialismo del siglo xxi podría ver la luz, en un capitalismo cada vez más salvaje y agresivo, al margen de un proceso revolucionario. Proceso que podrá tener características muy diferentes según los países y los tiempos históricos, y que muy posiblemente tendrá en sus comienzos un rostro apenas reformista; pero que, más allá de ello, tendrá que materializar lo que Barrington Moore una vez denominara, en su célebre obra, una "ruptura violenta con el pasado" (Moore, 1975). Sin tal ruptura no hubo revoluciones burguesas, como lo atestiguan los casos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Y allí donde esa ruptura no se produjo, lo que sobrevino fue el fascismo: Italia, Alemania, España, Portugal. Las formas de esta ruptura con el pasado podrán variar de país en país en función de la correlación de fuerzas que opongan revolución y contrarrevolución, pero la necesidad de esa fractura es una constante que no puede ser removida. Un proyecto socialista digno de ese nombre tropezará, más pronto que tarde, con ese dilema. O rompe con las estructuras del pasado o la revolución en ciernes se estanca y es derrotada. Además debe recordar que, aunque no se proponga sino romper superficialmente con el pasado, su sola existencia conjurará en su contra los más feroces demonios de la contrarrevolución. Tal como lo hemos reiterado en numerosas oportunidades, en América Latina, patio interior del imperialismo, aun las más modestas reformas desencadenan feroces procesos contrarrevolucionarios. No será otra la respuesta con que se enfrente cualquier tentativa de implantar un socialismo *aggiornado* de cara al siglo xxi. Pero si los sujetos de la insurgencia adquieren acabada conciencia de su protagonismo histórico y encuentran un formato organizativo que potencie sus fuerzas, no habrá obstáculo que no estén en condiciones de barrer.

Bibliografía

Anderson, Perry 2008 "Apuntes sobre la coyuntura" en *New Left Review*, Nº 48, enero-febrero.

Baron, Ana 2006 "Cristina defendió el capitalismo y cuestionó otra vez el papel del FMI" en *Clarín* (Buenos Aires) 19 de septiembre.

Basualdo, Eduardo M. 2004 "Notas sobre la burguesía nacional, el capital extranjero y la oligarquía pampeana" en *Realidad Económica* (Buenos Aires: IADE) Nº 201.

Basualdo, Eduardo M. y Arceo, Enrique (comps.) 2006 *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales* (Buenos Aires: CLACSO).

Boron, Atilio A. 2000 *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo* (Buenos Aires: FCE).

Boron, Atilio A. 2001 "El nuevo orden imperial y cómo desmontarlo" en Seoane, José y Taddei, Emilio (comps.) *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).

Boron, Atilio A. 2002 *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO).

Boron, Atilio A. 2003a *Estado, capitalismo y democracia en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).

Boron, Atilio A. 2003b "Brasil 2003: ¿los inicios de un nuevo ciclo histórico?" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 9, enero-abril.

Boron, Atilio A. 2004a "La izquierda latinoamericana a comienzos del siglo XXI: nuevas realidades y urgentes desafíos" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 13, enero-abril.

Boron, Atilio A. 2004b "Estudio introductorio. Actualidad del *¿Qué hacer?*" en Lenin, V.I. *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg).

Boron, Atilio A. 2005a *Estado, capitalismo y democracia en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).

Boron, Atilio A. 2005b "La encrucijada boliviana" en *Rebelión*, 28 de diciembre.

Boron, Atilio A. 2007a "La verdad sobre la democracia capitalista" en *Socialist Register 2006. Diciendo la verdad* (Buenos Aires: CLACSO/CCC).

Boron, Atilio A. 2007b "Aristóteles en Macondo: notas sobre el fetichismo democrático en América Latina" en Hoyos Vázquez, Guillermo (comp.) *Filosofía y teorías políticas entre la crítica y la utopía* (Buenos Aires: CLACSO).

Castro Ruz, Fidel 1972 *Fidel en Chile. Textos completos de su diálogo con el pueblo* (Santiago: Quimantú).
Castro Ruz, Fidel 2005a "Esta revolución no la pueden destruir ellos, pero sí nuestros defectos y nuestras desigualdades" en *Rebelión*, 6 de diciembre.
Castro Ruz, Fidel 2005b *La historia me absolverá* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg).
Castro Ruz, Raúl 2008 "Mientras mayores sean las dificultades, más exigencia, disciplina y unidad se requieren" en *Granma* (La Habana). En <www.granma.cu> 25 de febrero.
Chávez Frías, Hugo 2005 "Presidente Chávez define el socialismo del siglo xxi" en <www.aporrea.org/ideologia/a17224.html>.
Chibber, Vivek 2005 "¿Reviviendo el estado desarrollista? El mito de la 'burguesía nacional'" en *Socialist Register 2005. El imperio recargado* (Buenos Aires: CLACSO).
Chomsky, Noam 2004 "Los dilemas de la dominación" en Boron, Atilio A. (comp.) *Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales* (Buenos Aires/La Habana: CLACSO/Editorial de Ciencias Sociales).
Chomsky, Noam 2005 "Las elecciones de 2004 y la opinión pública norteamericana" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Nº 15, septiembre-diciembre.
Chonchol, Jacques 2004 "La reforma agraria en América Latina" en *Revista América Latina* (Santiago).
Clarín 2006 "Declaraciones del presidente de Brasil: Lula dice que es viejo para ser de izquierda" (Buenos Aires) 13 de diciembre.
Crouch, Colin 2004 *Post-democracy* (Cambridge: Polity Press).
Cueva, Agustín 1976 *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (México DF: Siglo XXI).
Frank, André Gunder 1964 *Capitalism and underdevelopment in Latin America. Historical studies of Chile and Brazil* (Nueva York: Monthly Review Press).
Gago, Verónica 2006 "América Latina está viviendo el momento de una ruptura. Entrevista a Toni Negri y Giuseppe Cocco" en *Página/12* (Buenos Aires) 14 de agosto.
Galetti, Pablo 2004 "¿Qué significa hoy 'burguesía nacional'?" en *Realidad Económica* (Buenos Aires: IADE) Nº 201.
Garcés, Homar 2006 "El socialismo del siglo xxi" en *Argenpress*. En <www.argenpress.info> 31 de enero.
Sader, Emir y Gentili, Pablo (comps.) 2003 *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social* (Buenos Aires: CLACSO).
Giarracca, Norma y Levy, Bettina (comps.) 2004 *Ruralidades latinoamericanas. Identidades y luchas sociales* (Buenos Aires: CLACSO).

Guanche, Julio César (comp.) 2008 *En el borde de todo, el hoy y el mañana de la Revolución Cubana* (La Habana: Ocean Sur).
Guevara, Ernesto "Che" 2006 *Apuntes críticos de la economía política* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales/Ocean Press).
Hardt, Michael y Negri, Antonio 2000 *Imperio* (Buenos Aires: Paidós).
Holloway, John 2002 *Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder* (Buenos Aires: Herramienta).
Houtart, François 2007 "Un socialismo para el siglo xxi. Cuadro sintético de reflexión". Ponencia presentada en las Jornadas "El Socialismo del siglo xxi", Caracas, junio.
Houtart, François y Polet, François 1999 *L´autre Davos. Mondialisation des résistences et des luttes* (Lovaina: CETRI).
Jacoby, Russell 1999 *The end of utopia. Politics and culture in an age of apathy* (Nueva York: Basic Books).
Katz, Claudio 2004a *El porvenir del socialismo* (Buenos Aires: Herramienta).
Katz, Claudio 2004b "Argentina: burguesías imaginarias y existentes" en <www.rebelion.org> 8 de febrero.
Katz, Claudio 2006 "Socialismo o neodesarrollismo" en <www.rebelion.org> 28 de noviembre.
Kohan, Néstor 2002 *Marx en su Tercer Mundo. Hacia un socialismo no colonizado* (Buenos Aires: Biblos).
Lander, Edgardo 2006 "Creación del partido único, ¿aborto del debate sobre el Socialismo del siglo xxi?" en *Aporrea* <www.aporrea.org/ideologia/a28743.html>.
Lebowitz, Michael 2006 *Construyámoslo ahora. El socialismo para el siglo xxi* (Caracas: Centro Internacional Miranda).
Londoño, Juan Luis y Székely, Miguel 1997 "Persistent poverty and excess inequality: Latin America, 1970-1995", BID, Washington DC.
Mariátegui, José Carlos 1969a "Aniversario y balance" en *Ideología y Política* (Lima: Amauta).
Mariátegui, José Carlos 1969b "Mensaje al Congreso Obrero" en *Ideología y Política* (Lima: Amauta).
Mariátegui, José Carlos 2007 *Defensa del marxismo* (Buenos Aires: Quadrata).
Martínez Heredia, Fernando 2001 *El corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas).
Martínez Heredia, Fernando 2005 "Movimientos sociales, política y proyectos socialistas" en *En el horno de los 90* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
Marx, Karl 1958 "Crítica a la filosofía del derecho de Hegel. Introducción" en Marx, Karl y Engels, Friedrich *La Sagrada Familia* (México DF: Grijalbo).

Marx, Karl 1966 "La guerra civil en Francia" en Marx, Karl y Engels, Friedrich *Obras escogidas en dos tomos* (Moscú: Progreso) Tomo I.
Marx, Karl 1973 *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* en Marx, Karl y Engels, Friedrich *Obras escogidas en doce tomos* (Buenos Aires: Ciencias del Hombre).
Marx, Karl y Engels, Friedrich 1958 *La sagrada familia* (México DF: Grijalbo).
Marx, Karl y Engels, Friedrich 1966 "Manifiesto del Partido Comunista" en *Obras escogidas en dos tomos* (Moscú: Progreso) Tomo I.
Marx, Karl y Engels, Friedrich 1968 *La ideología alemana* (Montevideo: Pueblos Unidos).
Meiksins Wood, Ellen 1995 *Democracy against capitalism* (Cambridge: Cambridge University Press).
Mészáros, István 1995 *Beyond capital* (Londres: Merlin Press).
Mészáros, István 2005 *Socialismo o barbarie* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
Miliband, Ralph 1985 "El nuevo revisionismo en Gran Bretaña" en *Cuadernos Políticos* (México DF) Nº 44, julio-diciembre.
Miliband, Ralph 1991 *Divided societies* (Oxford/Nueva York: Oxford University Press).
Monedero, Juan Carlos 2005 "Socialismo del siglo xxi: modelo para armar y desarmar" en *Red Voltaire*. En <www.voltairenet.org> 16 de septiembre.
Moore, Barrington 1975 *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia* (Barcelona: Península).
Panitch, Leo y Gindin, Sam 2005 "Capitalismo global e imperio norteamericano" en *Socialist Register 2004. El nuevo desafío imperial* (Buenos Aires: CLACSO).
Patomäki, Heikki 2002 *Democratising globalisation. The leverage of the Tobin Tax* (Londres: Zed Books).
Petras, James 2006 "Propuesta para el nuevo orden social, económico y cultural" en <www.rebelion.org> 21 de mayo.
Pinto, Aníbal 1957 *Chile. Un caso de desarrollo frustrado* (Santiago: Editorial Universitaria).
Pla, Alberto J. 1971 *La burguesía nacional en América Latina* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina).
Polanyi, Karl 1992 (1944) *La gran transformación* (México DF: FCE).
Puerta, Jesús 2006 "Socialismo y desarrollo endógeno" en *Participación y socialismo*, N° 2, abril-mayo.
Reddy, Sanjay 2007 "Contar pobres: la verdad acerca de las estadísticas mundiales sobre pobreza" en *Socialist Register 2006. Diciendo la verdad* (Buenos Aires: CLACSO/CCC).
Regalado Álvarez, Roberto 2005 "La izquierda latinoamericana hoy" en *Cuadernos del CEA* (La Habana).

Rodríguez Yebra, Martín 2006 "Kirchner hizo promesas en Wall Street" en *La Nación* (Buenos Aires) 21 de septiembre.
Roffinelli, Gabriela y Kohan, Néstor 2003 "Entrevista a Samir Amin: He sido y sigo siendo comunista" en <www.rebelion.org> 27 de septiembre.
Rostow, Walter W. 1961 *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista* (México DF: FCE).
Rougier, Marcelo 2004 "Tribulaciones de una gran empresa privada en la Argentina. El (o)caso de SIAM, 1965-1975" en *Realidad Económica* (Buenos Aires: IADE) Nº 201.
Schorr, Martín y Wainer, Andrés 2005 "La crisis del Mercosur. El proyecto de país de la 'Burguesía Nacional' en la Argentina" en *Realidad Económica* (Buenos Aires: IADE) Nº 215.
Schvarzer, Jorge 2004 "De nuevo sobre la burguesía nacional: una nota con fines didácticos" en *Realidad Económica* (Buenos Aires: IADE) Nº 201.
Schweinitz Jr., Karl de 1964 *Industrialization and democracy. Economic necessities and political possibilities* (Nueva York: The Free Press of Glencoe).
Tavares, Laura 2003 "La política social en tiempos de ajuste neoliberal" en *Ajuste neoliberal e desajuste social da América Latina* (Río de Janeiro: Vozes).
Toussaint, Eric 2004 *La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos* (Buenos Aires: CLACSO).
UNICEF 2007 *Estado mundial de la infancia 2007* (Nueva York: UNICEF).
Valdés Gutiérrez, Gilberto 2006 "Desafíos de la sociedad más allá del capital" en <www.emancipación.org>.
Vattimo, Gianni 2006 *Ecce comu* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
Weber, Max 1982 *Escritos políticos* (México DF: Folios).
Zibechi, Raúl 2003 "Un debate fuera de tiempo. ¿Globalización o burguesía nacional?" en ALAI-AMLATINA, 9 de octubre. En <http://alainet.org/listas/info/alai-amlatina>.

Este libro se terminó de imprimir en la
Imprenta de las Madres, Hipólito Yrigoyen 1584,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de octubre de 2008.
Primera impresión, 1.500 ejemplares.

Impreso en Argentina